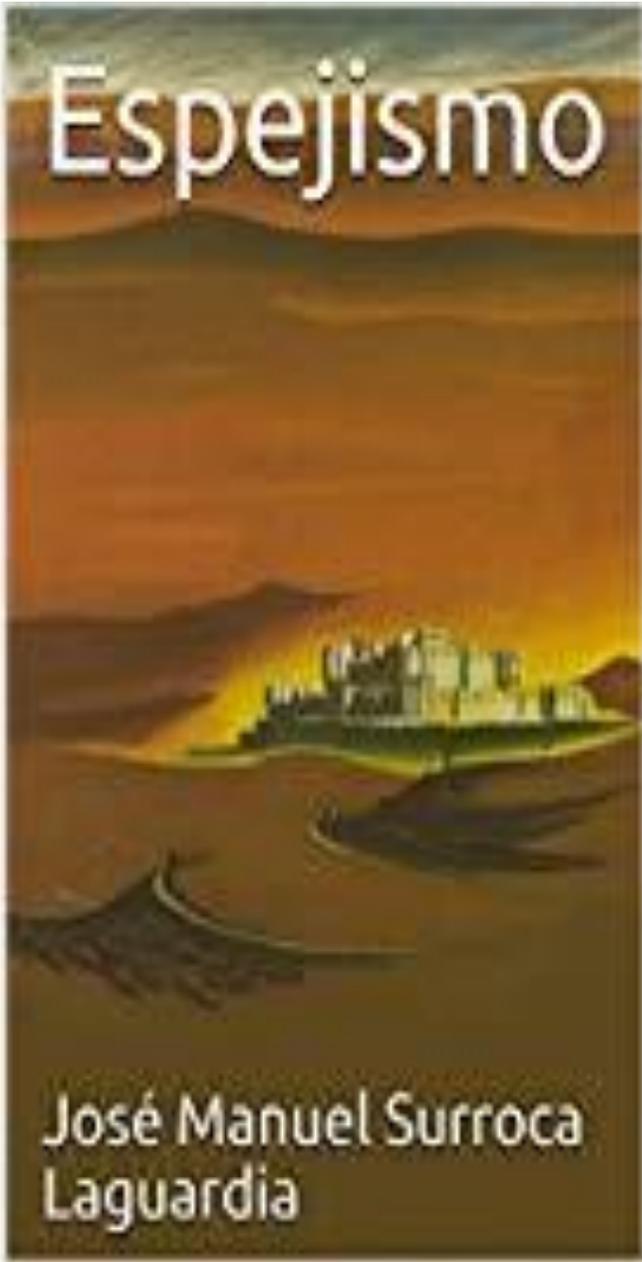


Espejismo



José Manuel Surroca
Laguardia

ESPEJISMO

José Manuel Surroca Laguardia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.

José Manuel Surroca Laguardia

Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.

Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

Dedicatoria.

A Manuel y Natividad, mis padres.

Espejismo “Apariencia seductora y engañosa”

Capítulo 1

Martes, 5 de junio de 1945

Cuando Lolo, Pedro, César y el “Pipa” saltaron por encima del pequeño murete que protegía el pequeño huerto de don Conrado, el maestro del pueblo, la suerte de los melones estaba echada. Los cuatro muchachos eran de la “piel del diablo” en opinión de su dómine, expresión que utilizaba frecuentemente para definir a estos cuatro mozalbetes que, en vez de dedicarse a atender a sus enseñanzas, se entretenían en poner en práctica una variada lista de travesuras que le revolucionaban la clase: tirar bolitas de papel masticado contra el mapa de España, lanzar granos de arroz con cerbatanas de caña, soltar toda clase de pequeños animalillos en el aula, o bien, estorbando o molestando a algún compañero. De esta forma, sus clases se convertían en un constante tira y afloja entre el maestro y sus alumnos. De poco o nada servían los golpes, que a menudo les aplicaba sobre las palmas abiertas de sus manos, con la enorme y gruesa regla de madera milimetrada.

El plan, consistía en desenterrar con sumo cuidado los melones, cortar con una pequeña navaja sus raíces del suelo, y cubrirlo de nuevo cuidadosamente de forma que, a simple vista, no fuera posible deducir la fechoría. Entre apagadas risas y comentarios en voz baja, para no ser oídos desde el otro lado del muro de piedra, los cuatro jinetes del Apocalipsis, con una eficacia

destructora digna de mejores causas, fueron, uno tras otro, cortando el cordón umbilical que unía a los melones a la madre tierra. En total, cerca de veinte magníficos ejemplares, situados en dos perfectos bancales y a los que el viejo maestro había dedicado gran cantidad de tiempo e ilusionada dedicación, veían cortado su futuro de convertirse en unos dulces y sabrosos melones. Los pequeños “Atilas” dejaron todo aparentemente como lo habían encontrado, y una vez terminada la “faena” salieron del huerto tan sigilosamente como habían entrado. Una vez fuera, y tras asegurarse de que no habían sido vistos por nadie, echaron a correr hacia el pueblo a la máxima velocidad que les permitían sus jóvenes piernas. Cuando se consideraron a salvo, se detuvieron y comenzaron a imaginar las divertidas consecuencias de su actuación. Se imaginaban la cara de su maestro cuando con el paso de los días, los melones no solo no crecerían, sino que bien al contrario, se marchitarían y morirían de manera inexplicable.

La campana de la iglesia comenzó a tañer las campanadas de las siete de la tarde. Era la hora establecida, para que cada cual se fuera a su casa, lo que hicieron contentos y satisfechos por las fechorías cometidas. Los cuatro eran de la misma edad, trece años, salvo César que era un año menor. Formaban una auténtica piña, y eran el terror de niños y mayores, con una merecida fama de polvorillas en todo el pueblo. Sus bromas y travesuras eran más temidas que una plaga.

Alberuela del Campo, provincia de Zaragoza, en pleno desierto monegrino, estaba situada sobre un pequeño altozano desde el que podía divisarse la enorme soledad desértica de los Monegros. Relativamente cercana a la capital de la provincia, en sus inicios fue una importante alquería, propiedad de un árabe rico, en la que estableció la residencia de su familia y la de sus

numerosos servidores. Con el paso del tiempo, la alquería fue creciendo en habitantes y en parcelas de cultivo, convirtiéndose en un poblado relativamente importante, conforme se fueron incorporando nuevas gentes, procedentes de otros lugares, y que vieron en el lugar, un sitio adecuado donde poder alimentar a sus familias. Aunque fundamentalmente de secano, en su término municipal existían pozos acuíferos, que permitía mantener fértiles huertos, primorosamente cuidados. Durante el paso de los tiempos, su población pasó por épocas de mayor o menor población, hasta llegar a los tiempos actuales. Según el censo actualizado del ayuntamiento, la población actual era de quinientas dieciséis personas, distribuidas en ciento treinta y ocho casas, con economía fundamentalmente basada en la agricultura y en la ganadería.

De las huertas, obtenían un amplio abanico de productos: patatas, cebollas, judías, tomates, acelgas, borrajas, etc. destinados generalmente al consumo propio. De todos ellos, hacían acopio para el invierno, mediante la fabricación de conservas, según métodos tradicionales que se pasaban de padres a hijos, durante generaciones, obteniendo no poca fama en la comarca. Los campos, por aquello de la falta de agua, estaban dedicados en su mayoría al cultivo de cereal. Grandes extensiones de trigo y cebada dominaban el plano paisaje, como correspondía a un terreno con cultivos predominantemente de secano. La mayoría de las casas del pueblo tenían, en la parte opuesta a la entrada, espacios vallados o cerrados con muros de obra, utilizados como corrales donde se criaban gallinas, gallos, palomas, conejos y cerdos, alimentados a base de salvado, patata, trigo y como no, con los desperdicios y restos de comida. Las cosechas, si la climatología lo permitía, eran abundantes, aunque de pequeño grano y poco peso, proporcionando a sus propietarios, los

ingresos suficientes para pasar el año de forma digna. La experiencia, les había enseñado a guardar en tiempos de bonanza para aliviar aquellos otros en los que la cosecha, no permitía obtener lo suficiente.

Se accedía al pueblo por la llamada carretera de Zaragoza, mal asfaltada, llena de baches, en su mayoría rellenos de tierra y piedras y una especie de engrudo de alquitrán, que formaba parte de lo que en tiempos se conoció como el Camino Real de — 10— Zaragoza, que llegaba hasta Lérida, articulando las comunicaciones entre poblados, a modo de gran arteria que recorría todo el antiguo reino. La carretera cruzaba el pueblo de este a oeste. Además de los vehículos a motor, transitaban por ella con alguna frecuencia, pequeños rebaños de corderos o cabras de paso a sus lugares de pasto, o como en determinadas épocas, principios de verano, cuando los pastores trasladaban grandes rebaños hacia los verdes pastos de los Pirineos. También transitaban por ella, agricultores a lomos de mulas y borricos y que en ciertas ocasiones tiraban de carros cargados con grano o productos de la huerta, que sus propietarios llevaban a vender a Sariñena o a Zaragoza.

Una vez al mes, se organizaba en Alberuela, un mercado en el que se ofrecía gran variedad de productos, al que acudían gentes desde los pueblos cercanos para comprar o vender los productos propios. De vez en cuando, una o dos veces al año, la compañía *Pathé Cinema de Barcelona*, hacía su presencia en el pueblo con un viejo camión Hispano Suiza, provisto de todo lo necesario para organizar un improvisado cine en la plaza del pueblo donde al anochecer, se proyectaba alguna película de *Charlot*, del *Gordo y el Flaco*, de *Kit Carson*, o, y en este caso, tras superar la evaluación de la correspondiente censura realizada por don Emilio, el cura, se proyectaban películas en las que actuaban los

actores de moda como, *Gary Cooper*, *Ginger Rogers*, *Spencer Tracy* o cualquier otro actor o actriz famoso de la época, para delicia de grandes y chicos. Por cinco céntimos, se podían pasar dos horas y media sentados en la silla que cada uno se había traído de casa, asistiendo a la proyección de una o dos películas, que les permitía olvidar, al menos por unos momentos, la dureza que la vida les imponía, viviendo como propias, las vidas que los actores les proponían desde la pantalla. Como es natural, la ocasión se celebraba, como un día de fiesta. Para las sesiones cinematográficas, las mujeres solían arreglarse un poco, antes de dirigirse a la plaza donde se proyectaban las películas. Los mozos, aprovechaban la ocasión para tirar los tejos a alguna mozalbeta que tuvieran entre ojo y ojo y gastar alguna que otra broma. Los hombres, se hacían acompañar del porrón o de una bota de vino, conteniendo los caldos que ellos mismo producían y elaboraban. En el descanso, era obligado el resopón. Entre trago y trago, una *chullica* de jamón serrano, acompañada de un taco de queso, o un trozo de longaniza seca. En el ambiente, se podía respirar la inconfundible fragancia de *Varón Dandy*, la colonia que a buen seguro, fue regalo de boda, o de algún acontecimiento familiar.

Gente sencilla y socarrona, de gustos sencillos, olvidados de todos y de todo, acostumbrados a sobrevivir gracias al sudor de su propio esfuerzo, habían aprendido a no esperar nada de nadie. Y eso se notaba, en el alto grado de participación con el que se empleaban en la realización de los proyectos comunes. Todo el mundo estaba en primera línea. Cada cual, aportaba sin escatimar, cuanto estaba a su alcance: esfuerzo, economía, conocimientos, medios. Su aislamiento había creado un pequeño universo autosuficiente. Era un oasis en mitad de un desierto.

Alberuela contaba con una iglesia, construida en el siglo XVI sobre los restos de la antigua mezquita, que databa del siglo XI, construida por el propietario de la alquería que posteriormente dio origen al pueblo. Tenía un retablo magnífico. Aunque de pequeño tamaño, su ábside se sostenía sobre cuatro columnas. La nave central estaba flanqueada por magníficas cristalerías que representaban los hechos de los Apóstoles. Esta iglesia, estaba al cargo de don Emilio, el cura del pueblo, quien ya era un hombre mayor, absolutamente intransigente en lo tocante a la moral pública, convertido en un celoso guardián de la fe cristiana, azote de judíos y no creyentes. Mantenía un permanente enfrentamiento con don Moisés, de origen judío y tan intransigente como el propio cura, en cuestiones de fe. Eran como el hambre y las ganas de comer. El profundo desencuentro, que no enemistad, entre don Emilio y don Moisés, proporcionaba en ocasiones, tema de comentario divertido a los habitantes del pueblo y en otras, enfrentamientos dialécticos sobre temas de religión o de política, que entretenían a quienes tenían la suerte de estar presentes en esos momentos de acaloramiento.

Al igual que en otros pueblos, en Alberuela no había Cuartel de la Guardia Civil, y si en alguna ocasión era necesaria su presencia por cualquier motivo, se acudía a Sariñena, donde sí lo había. El Sargento que estaba al mando, realizaba de vez en cuando visitas a Alberuela, para informarse sobre los asuntos y chismorreos que se contaban o circulaban por el pueblo. Esta actuación, en vez de hacerla en el Ayuntamiento, la hacía en el bar del pueblo, donde además de que la gente tenía la lengua más suelta, naturalmente, era invitado por el propietario del bar o por cualquier cliente presente en ese momento. Una vez “informado”, realizaba la obligada visita al Ayuntamiento y al señor cura, más que

nada, por cumplir con el protocolo y visitar a las autoridades.

También de vez en cuando, hacía su ronda por el pueblo, una pareja de la Guardia Civil a caballo, quienes lo recorrían, acompañados por el griterío de la chiquillería. Los de la benemérita, trataban de evitar por todos los medios, que las cabalgaduras se asustaran y propinaran alguna coza a alguno de los chiquillos, cuando éstos se acercaban demasiado, mediante gritos y amenazas, incluida la fusta, conminándoles a que se apartaran. Ni que decir tiene, que nunca lo conseguían. Rara vez paraban en el bar, y si lo hacían, estaban el tiempo justo para aliviar su sed o hambre, y luego seguir su ruta.

Pero aquel día, Alberuela del Campo, andaba un tanto revuelta, debido a una singular noticia que se había producido, relacionada con la alcaldía del pueblo. Hacía ya un poco más de seis años que Alberuela estaba sin alcalde, por fallecimiento del titular por causas naturales, durante la guerra civil. Ya habían pasado seis años desde que esta había terminado, sin que todavía se hubiese notificado por parte del Gobierno Civil de Zaragoza el nombramiento de nuevo alcalde que, según costumbre, solía recaer en algún habitante del pueblo, que tuviera un cierto prestigio en el mismo. La tardanza en el nombramiento, dio que hablar y pensar a la gente, y fue origen de que entre los habitantes de Alberuela corriera de boca en boca, una serie de nombres como posibles elegidos, creando con ello, un estado de divertida expectación. El nombre de don Francisco Álvarez, encabezaba la lista de forma abrumadora, como el máximo candidato al cargo. Sin embargo, como el nombramiento se demoraba ya en exceso, finalmente, la gente fue dando el asunto al olvido. Por ello, don Manuel Parra Viñuales, secretario del ayuntamiento, se hizo

cargo provisionalmente de las labores de Alcalde en Funciones, firmando los pocos papeles en los que era necesaria la firma de la máxima autoridad y que de vez en cuando, se iban produciendo.

La vieja DKW del Servicio de Correos, que traía la correspondencia que se recibía en Alberuela, había traído una carta con el membrete del Gobierno Civil, dirigida al Secretario del Ayuntamiento y en la que se informaba que, tal y como establecía la ley vigente en aquellos momentos de provisionalidad, recién terminada la contienda civil, se designaba como alcalde de Alberuela a don Feliciano García Navarro (el cual no figuraba en ninguna de las listas vox populi), excombatiente de la División Azul y que se había distinguido en varias acciones bélicas, hasta el punto de haber sido mencionado en varios partes de guerra por su heroísmo. Repatriado desde Stalingrado debido a una herida en el hombro izquierdo, por la que perdió parte de su movilidad, se le concedió una “paga vitalicia” regresando a su pueblo natal, donde poseía casa y algunas tierras.

El nombramiento cogió a todo el mundo por sorpresa. Y al que más, al propio Feliciano, que cuando fue informado de su nombramiento, se declaró incapaz, negándose en redondo a desempeñar el cargo. El no tenía estudios ni ganas de hacer el ridículo. Lo suyo era trabajar en el campo. Su presencia en la División Azul, se debió nada más que a motivos de estricta economía. Ni la política ni los ideales políticos tenían cabida en su cabeza. Además era conocedor de que su nombre no había “sonado” entre sus convecinos, lo que todavía reforzaba más su decisión de no aceptar el nombramiento.

En consecuencia, al día siguiente de recibir el pliego con su nombramiento, se vistió con el uniforme azul, se colgó las tres medallas que le habían dado y a las

seis de la mañana, ya estaba esperando en la parada del autobús, procedente de Sariñena con destino a Zaragoza, adonde se dirigía para hablar con el Gobernador Civil y presentar su dimisión con “carácter irrevocable”.

El Gobernador le recibió aprovechando un hueco de su agenda tras dos horas de espera, cosa que finalmente ocurrió, más que nada, por respeto al uniforme que portaba el solicitante, que en aquellos tiempos, era signo de afecto al régimen, y por tanto, abría algunas puertas.

Tras el introito cortés, el Gobernador escuchó respetuosamente la exposición de Feliciano, sin interrumpirle en ningún momento. Cuando terminó, le dio dos palmadas en la espalda, diciéndole que «su actitud, le honraba, y demostraba además, lo acertado de su elección, pero que los pueblos de la España reconquistada a las hordas rojas y ateas, debían quedar en manos de hombres con probada fidelidad, para evitar pasados desmanes y volver a caer en las andadas y que lo de leer y escribir, era, en aquellos momentos, menos importante que la fidelidad al Caudillo y que de eso estaba más que demostrado, poseía el bachiller con calificación *cum laude*». Hizo una seña a su asistente, y antes de que Feliciano pudiera abrir la boca para decir algo, se encontró al otro lado de la puerta, no solo no dimitido, sino totalmente reafirmado en su cargo.

Pero de algo sí había valido el viaje: tenía la absoluta certeza de que el Gobernador no tenía ni idea de quién era él ni donde quedaba Alberuela del Campo, hasta que el asistente le trajo una carpeta roja y miró en su interior. Así es que volvió nuevamente al pueblo, donde lo esperaban con cierta expectación, por ver en que había quedado la cosa.

Realmente, al pueblo le preocupaba poco quien fuera a ser Alcalde, pero la espontánea reacción de Feliciano, fue acogida instantáneamente con simpatía y respeto por el resto de convecinos, por lo inusual e insólito del caso.

Cuando llegó al pueblo, entradas ya las ocho de la noche, se dirigió directamente al ayuntamiento, donde le esperaba el secretario don Manuel. Este, inválido de nacimiento con malformaciones en las dos piernas debía desplazarse mediante una silla de ruedas. Hombre callado y culto, era el alma del ayuntamiento en lo que a organización interna se refiere. Como ya se ha dicho, desde el fallecimiento del anterior alcalde, ejercía las labores de Alcalde en Funciones, cargo que realizaba a la perfección.

La noticia de la llegada de Feliciano, corrió como la pólvora por el pueblo, por lo que al poco de su llegada, ya se había concentrado en el Salón de Plenos del Ayuntamiento una docena de personas. Allí mismo les explico a todos lo sucedido con el Gobernador Civil en Zaragoza, y entre sonrisas, palmadas en la espalda y socarrones pésames, le animaron a aceptar con resignación el cargo, haciéndole ver y sentir, que el pueblo estaba encantado con su nombramiento. Pero Feliciano no estaba por la labor de ejercer de alcalde por decreto, por lo que llamando la atención de todos les dijo:

— Escuchadme todos. —dijo— Quiero proponer algo.

Todos volvieron sus miradas hacia la larga mesa de roble de la presidencia, rodeada de sillas del mismo material y presidida en su parte central por otra de respaldo más alto, en la que se había sentado Feliciano

para darle un aire más solemne a su proposición. Se hizo un expectante silencio.

— Todos sabéis mi opinión sobre este nombramiento. Yo no creo ser el más indicado para ser alcalde vuestro. Durante el tiempo que estuve en Rusia con la División Azul, pasé por muchos pueblos rusos en los que había alcaldes que no sabían leer ni escribir. Cuando llegábamos a uno, lo primero que hacía el oficial que mandaba la tropa, era dirigirse al ayuntamiento y preguntar por el alcalde para entregarle un papel, donde escrito en ruso, se le daban instrucciones para que nos facilitara comida, alojamiento, etc. Como es lógico, nosotros conocíamos lo que en esa notificación se indicaba. El alcalde, cogía aquel papel y lo miraba y se lo remiraba por todos los lados para finalmente reconocer ante el oficial, que no sabía leer y que le comunicara verbalmente lo que en él se decía. Como podéis imaginar, en el primer pueblo nos limitamos a comunicarle lo que decía el documento, pero en los pueblos siguientes, la lista se fue agrandando y al final era un auténtico abuso. No quiero decir con esto que yo sea analfabeto ni mucho menos, ni que esto que os estoy contando, nos fuera a pasar, a Dios gracias, pero podrían darse otras situaciones que vinieran a ser similares a las que os cuento. Así es que lo que tengo claro, es que yo no quiero ni puedo ser vuestro alcalde. Pero sobre todo, que no quiero. Una cosa más os voy a decir. En mi visita a Zaragoza, algo me ha quedado tan claro como el agua: Y es que este pueblo, es absolutamente desconocido para las autoridades de la capital. Tan es así, que por aquí, como sabéis, por no pasar, no ha pasado ni la guerra, o por mejor decir, ha pasado de refilón. Y muy pocos pueblos en España pueden decir esto.

Los asistentes en el Salón de Plenos estaban asombrados y confusos. Entendían lo que les quería decir

Feliciano y su estado de ánimo. Pero no alcanzaban a adivinar a donde quería llegar. En el ambiente se notaba un cierto estado de expectación contenido, como intuyendo que la propuesta que planeaba hacer el recién nombrado alcalde, iba a provocar una situación inesperada.

— Teniendo en cuenta esto que os he dicho, os propongo lo siguiente: En primer lugar, y dado que así lo quieren las autoridades, dejemos que sigan creyendo en Zaragoza que el Alcalde soy yo. Al fin y al cabo, mi nombramiento no es nada más que un nombre en una lista donde al lado del nombre del pueblo, figura el nombre del alcalde. Y nada más. Y ahora mi propuesta. Aprovechando esta situación de desconocimiento, ¿por qué no organizar unas elecciones como se hacía en tiempos de la República? Elijamos entre los que quieran presentarse, al nuevo Alcalde. Y tengámosle como tal. Vosotros sabéis que durante estos años atrás, han circulado de boca en boca una serie de nombres para la alcaldía. Tal vez, ahora podríamos proponerlos de verdad y celebrar unas elecciones. En cuanto a Zaragoza, ¿quien se les va a decir? ¿Cómo se van a enterar? ¿Acaso creéis que van a venir a Alberuela del Campo a ver cómo nos va?

Un profundo silencio se hizo dueño del Salón de Plenos. Don Manuel, el secretario, se quedó mirando a Conrado, quien le miraba con la misma expresión de perplejidad, sin llegar a creerse ambos lo que acababan de oír. Todos se habían quedado mudos, bobos, incapaces de reaccionar. Se miraban unos a otros con miradas incrédulas. ¿Habían oído bien? ¿Había propuesto unas elecciones? Comenzaron a producirse algunos murmullos, primero en voz baja, y luego, poco a poco, fueron aumentando de volumen, llenando todo el Salón.

En un principio la idea les pareció descabellada, fuera de lugar, pero luego, una vez que cada cual la fue asimilando, les empezó a parecer, por simple, brillante. Los murmullos fueron subiendo de nivel. Todo el mundo intercambiaba opiniones y durante unos momentos se olvidaron de quien, desde la tribuna, había lanzado la propuesta.

Feliciano, sonriente, contemplaba desde su posición, como poco a poco su propuesta, de forma increíble, había calado en el ánimo de los presentes, y cómo de forma progresiva, las voces de todos hablando a la vez, se habían adueñado del Salón de Plenos.

Pasaron cinco minutos y el ambiente se iba calentando de forma gradual. Hasta se empezaron a oír los primeros nombres de los posibles candidatos y los consiguientes comentarios a favor o en contra de tal o de cual candidato. Por un momento, Feliciano pensó, no sin un cierto sentimiento de tristeza, que había sido el alcalde más efímero de la historia, pues además de no ejercer como tal ni un segundo, su propuesta de elegir alcalde a otra persona había sido, al parecer, aceptada con entusiasmo total, no habiéndose producido ninguna opinión en contra de su propuesta, con el que contentar su propio ego. Abandonado de la atención de todos, sentado en su silla, pensó en marcharse silenciosamente, dejando el Salón de Plenos en el que ya todos planteaban abiertamente, como proceder con las elecciones. En ese instante, le vino a la memoria la escena final de algunas de las películas de Charlot, cuando éste, se alejaba de la cámara, caminando con su peculiar andar y haciendo girar el bastón en su mano, hasta perderse en el infinito, dejando al espectador con un nudo en la garganta. La subida al estrado de don Manuel el secretario, sacó de sus pensamientos a Feliciano, y gesticulando con el brazo

en alto, logró llamar la atención de sus conciudadanos, que rápidamente, hicieron silencio en el acto.

— ¡Silencio! ¡Atención! ¡Un momento! Esto solo ha sido una simple propuesta, que nos ha cogido a todos de sorpresa, ¡qué digo sorpresa! ¡Nos ha cogido en pañales! y que hemos de sopesar. Mucho cuidado, porque hemos mentado la soga en casa del ahorcado. Ante todo, calma, vecinos. Hemos de pensar en las consecuencias que conllevaría para todo el pueblo celebrar elecciones a alcalde, cuando está expresamente prohibida esta práctica democrática en los momentos actuales, en los que hay establecida una Dictadura Militar en el Gobierno de la Nación. La situación es del todo irregular. Casi esperpéntica. Pero... por lo demás, hay mucho sentido en lo que ha propuesto Feliciano. Siempre y cuando, todo esto no salga de las lindes del pueblo. Si algo de esto llegara a saberse en Zaragoza, no pasarían ni tres horas para que se nos presentara el ejército y quedáramos todos detenidos, y hasta es posible que este pueblo fuera tomado y puesto en cuarentena. Pero también os digo, que si ello llegara a suceder, sería la primera vez que en Zaragoza tuvieran noticia de nuestra existencia. No me parece mala idea lo de elegir a nuestro alcalde, que por otro lado es lo más natural del mundo. Pero para seguir adelante, hay que hacerlo bien y ¡de puntillas! En primer lugar, creo que deberíamos convocar a todo el pueblo para mañana en este mismo lugar, y repetir la propuesta de Feliciano, para someterla a votación entre los conciudadanos, una vez que hayamos analizado los pros y los contras, y sobre todo las posibles repercusiones.

— ¿Y podrán votar las mujeres? —pregunto alguien medio oculto situado al fondo del Salón, atrayendo hacia sí la mirada furibunda de todas las mujeres presentes en el local.

— Claro que sí, Fermín, claro que pueden votar ¿Por qué no iban a votar? —Fermín, soltero recalcitrante, era conocido por sus ideas contrarias a las mujeres, con las que parecía estar en continua guerra, no desaprovechando ocasión que se le presentara para zaherir al sexo débil.

— Y los jóvenes, ¿desde qué edad pueden votar? — preguntó otro desde un lado del salón.

— Todo eso ya se hablará con más calma, si os parece, y de muchas cosas más, pero todo eso mañana ¿De acuerdo? —dijo don Manuel.

Un murmullo de aprobación se extendió por todo el Salón de Plenos. Finalmente, don Manuel, musitó algo al oído de Feliciano, quien en su calidad de alcalde convocó a los presentes y al resto del pueblo para el día siguiente a las ocho y media de la noche en el mismo lugar.

Todo el mundo salió del Consistorio en animada conversación, y durante un buen rato, los rumores de las conversaciones de los grupos que se habían formado, pudieron escucharse en la plaza España, antes del Ayuntamiento, según obligaba una reciente orden gubernamental. Poco a poco, los grupos fueron disolviéndose y la calma volvió al lugar.

Nadie parecía ser consciente de ello, pero se habían dado los primeros pasos para que tuviera lugar un episodio de extraordinaria importancia, en un desconocido y olvidado rincón de la piel de toro, perdido en un polvoriento desierto, aparentemente sin formar parte de la nómina de la nueva España Imperial, y que tal vez por eso, podría producir, aunque fuera por un momento, a modo de espejismo, una corriente de aire

fresco en las mentes y corazones de los habitantes de Alberuela.

Capítulo 2

Viernes, 8 de junio de 1945

Conrado entró en el aula con su proverbial puntualidad acostumbrada: las nueve de la mañana, ni un minuto antes ni un minuto después. La clase, formada por chicos y chicas con edades de 6 a 14 años, se levantó de sus asientos con gran estrépito.

— ¡Buenos días, don Conrado! —exclamaron.

— Buenos días chicos. Seguid sentados, sin armar mucho ruido —dijo

Sacó de su cartera una carpeta llena de papeles y una agenda. Levantó su mirada y contemplo a su nutrido y variopinto grupo de alumnos. Veinticuatro en total. Los alumnos de menor edad, ocupaban las primeras mesas, más cercanas al maestro. Los mayores, ocupaban la parte restante. Al fondo, y en mesas contiguas, se encontraban Lolo, Pedro, Cesar y el “Pipa”, inseparables para todo. Los vio excesivamente formales y aquello le extrañó. Usualmente los pillaba fuera de su pupitre, enredando o escondiendo algo. Todos se prepararon para iniciar la clase.

Normalmente, comenzaba poniendo una tarea a los mayores, con el fin de que pudieran aprovechar el tiempo, mientras él se dedicaba a los más pequeños. Eran los inconvenientes de la Escuela Única, implantada en todas las escuelas del medio rural del país. Conrado,

levantó su vista y de pronto, una idea le vino a la cabeza. Fue como un relámpago, pero en ese mismo instante, había decidido cambiar el programa del día. En vez de continuar con la clase prevista, impresionado todavía por lo sucedido la tarde anterior en el ayuntamiento, decidió dedicar la jornada a darles a sus alumnos, unas nociones sobre democracia y formas de gobierno.

Durante la noche no le había sido posible conciliar el sueño. No podía creer que una propuesta como la efectuada la tarde anterior en el Salón de Plenos, pudiera adueñarse de su voluntad y condicionar tanto sus sensaciones y sus actos, ¡y todo por la posibilidad de vivir un momento de normalidad democrática! «Desde luego —pensó— no sería un día perdido».

— Podéis recoger los libros y guardarlos en la cartera. Hoy vamos a hacer una excepción, y vamos a hablar sobre las diferentes formas de gobierno que rigen a las naciones.

Los alumnos se miraron unos a otros, intercambiando miradas de sorpresa y alegría: se iban a librar de la Geografía, las Matemáticas y la Gramática. ¡Casi nada! No se lo podían creer.

— ¿Sabe alguien que significa Democracia? —Se miraron unos a otros con cara de asombro y haciendo gestos de ignorancia.

— El gobierno del pueblo para el pueblo —dijo alguno de la última fila de bancos, a la vez que todos volvían su mirada hacia él.

— ¡Lolo! ¡Muy bien, extraordinariamente bien! — dijo don Conrado, sin dar crédito a lo que había escuchado de boca de aquel demonio. No hubiera podido imaginar que aquel muchacho supiera algo que no fuera producir desastres.

— ¿Dónde lo has aprendido? Me resulta difícil entenderlo, la verdad. Perdona Lolo, pero tengo que reconocer que me has cogido absolutamente desprevenido. —dijo sinceramente atribulado.

Toda la clase acogió con grandes risas las palabras del maestro, y el que más reía era el propio Lolo, encantado de haber producido tan evidente sorpresa en su maestro.

— De mi abuelo. Se pasa todo el día hablando de política. Siempre que puede, nos cuenta cosas de la república y de la guerra de Cuba. Son siempre las mismas historias, y que a fuerza de repetir uno se las aprende.

— Muy bien. ¿Y comprendes lo que realmente significa, que un país se gobierne de forma democrática? —dijo don Conrado.

— No. Eso no me lo ha contado.

— Bien os lo explicaré yo. Como sabéis, España ha pasado una terrible guerra civil, es decir una guerra entre españoles. Si todas las guerras son terribles, las guerras civiles son todavía más horribles. Nosotros no nos hemos enterado mucho porque por aquí apenas ha pasado. Quiero decir que, debido a que estratégicamente, no ha sido necesario para ninguno de los bandos contendientes, luchar por la posesión de Alberuela del Campo, no hemos sufrido las terribles consecuencias de las acciones armadas y que no son otras que destrucción y muerte. La guerra que ha vivido el país, nosotros, Alberuela, la hemos escuchado más que sufrido, reduciéndose a escuchar el ruido de los bombardeos y a ver pasar alguna vez por la carretera, camiones que trasladaban soldados, de un lado para otro. Tal vez no comprendáis esto, pero sois, somos, unos privilegiados con respecto a otros niños y pueblos de España que han

perdido sus familias y sus casas, quedando en la más absoluta de las miserias y del abandono. Este hecho, también os puede dar una idea de la importancia que tiene nuestro pueblo para el conjunto de la nación, si ni tan siquiera las calamidades nos visitan. ¿Sabes Lolo que tipo de Gobierno hay hoy día en España? ¿Lo sabe alguien?

— Una Dictadura Militar —dijo Lolo, mientras el resto permanecía en silencio.

Don Conrado contemplaba a sus alumnos, totalmente entregados y pendientes de sus palabras. ¡Hasta el grupo del Apocalipsis estaba atento! No había duda que la intervención de Lolo había logrado integrar al grupo en la clase. Por su parte, los cuatro muchachos se habían olvidado de los melones. Al menos de momento.

— Exacto. La expresión Dictadura Militar, como veis está formada de dos palabras: Dictadura y Militar. La palabra Dictadura nos llega de la antigua Roma donde se consideraba una magistratura superior que utilizaban los romanos en tiempos de peligro para la República, de forma que puestos de acuerdo Cónsules y Senado, se designaba a un magistrado con el título de *Dictator*, que ostentaba el gobierno como Soberano. Este magistrado ostentaba todos los poderes. Cuando el peligro desaparecía, se le retiraba la autoridad y la normalidad volvía a presidir la vida de Roma. Como podéis ver, para los romanos no tenía exactamente la significación que hoy damos a esta palabra, es decir, el que posee y ejerce el poder absoluto, sin concesiones, sin limitaciones y sin control, el poder puro y duro. Militar, del latín *milites*, indica la naturaleza del que ejerce la dictadura. Franco es militar y su poder se basa en el apoyo que le brinda el estamento militar. En una Dictadura, sea del tipo que sea, las libertades y derechos de los ciudadanos están

secuestrados. No existen. O están mediatizados y adaptados al Dictador. Un ciudadano, es culpable mientras no se demuestre que es inocente. Justo lo contrario que en una Democracia, en la que uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Como ha dicho muy bien Lolo, Democracia es el gobierno del pueblo para el pueblo. Es decir, todo poder reside en el pueblo, único capacitado para otorgar legitimidad a los gobernantes, para que ejerzan el gobierno en su nombre, mediante leyes y actuaciones justas y siempre en beneficio del pueblo, teniendo presente en todo momento la igualdad de todos sus gobernados ante la ley, la cual también dimana del pueblo al ser redactada por quienes ejercen el gobierno de forma legítima en su nombre. ¿Alguna duda?

Durante unos segundos, todo el mundo permaneció callado, al cabo de los cuales, Lolo levanto su mano derecha. Don Conrado le animo a expresar su pregunta con un movimiento de cabeza.

— Alguna vez he oído a mi abuelo decir que la Democracia es una forma de Dictadura. —intervino Lolo.

El viejo maestro, se pasó las dos manos por la cabeza, en un acto reflejo. Estaba absolutamente embargado y emocionado ante una situación abstracta que parecía sacada de un relato de Luigi Pirandello. Bajo las mangas de su camisa sentía como se erizaba el vello de sus brazos. Por un lado, un país bajo una Dictadura Militar en su momento de expresión más dura, reciente aún la terminación de la guerra civil que la instaló en el poder. Y dentro de ese inmenso mecanismo ego centrista e inhibidor de voluntades, en un humilde pueblo desconocido de Aragón, se habían desatado torbellinos apasionados ante una inocente propuesta de un alcalde que no quería el cargo que, por decreto, el Gobierno le había asignado, proponiendo unas elecciones para

designar a otro en su lugar, hasta el punto en el que un humilde maestro de escuela, arrebatado, mantenía con sus alumnos unas disertaciones sobre sistemas políticos que, de llegar a conocimiento del Sistema, significarían su aniquilación inmediata. Y sin embargo, todo estaba tranquilo, y el mundo seguía su andadura como la cosa más natural del mundo. El sol seguía brillando en el firmamento y, fuera, se oían los trinos y gorgoritos de los pájaros. « ¡Debemos de estar todos locos! » pensó.

— Lo que tu abuelo quiere decir, tiene que ver con el uso interesado que los humanos hacemos de las ideas, lo cual no quiere decir que la idea en sí, sea mala o negativa. El hombre, trata en todo momento de poner el poder al servicio de sus intereses, en vez de hacerlo al servicio del interés general. Seguramente habréis oído aquella expresión que dice que el “pez grande se come al pez chico”. El poderoso, precisamente por tener múltiples intereses y medios de todo tipo, económicos, políticos, etc., trata de influenciar en los que gobiernan para que las leyes que desarrollen, les favorezcan. Pero debéis de tener una cosa clara. La Democracia no es perfecta porque los hombres no somos perfectos, y porque es precisamente el hombre, el encargado de aplicar sus principios, es por lo que en algunas ocasiones, no podemos sustraernos a lo que os acabo de comentar. Pero aún con este riesgo, es el mejor, porque es el único sistema que se dota a sí mismo, de mecanismos que pueden poner coto a los desmanes que los gobernantes puedan cometer durante y después del ejercicio de sus funciones. Cosa que no ocurre con las Dictaduras, donde el poderoso, elimina sin contemplaciones al débil, ya que no existen mecanismos de control que pongan límite y acoten sus excesos, según su propia voluntad.

Hizo un inciso y miró su reloj. Eran las diez y cinco de la mañana y había llegado la hora del recreo.

Curiosamente, no se habían producido las consiguientes reclamaciones por parte del alumnado pidiendo la hora del recreo. Esta vez, les cogió por sorpresa cuando don Conrado les anunció que podían salir al patio del recreo y posterior continuación, donde seguirían hablando sobre las formas en las que el pueblo manifiesta su poder, es decir, hablarían de las elecciones. Los muchachos salieron ordenadamente del aula, y momentos después la algarabía en el patio del recreo era exactamente la misma que todos los días. Don Conrado, respiró tranquilo.

En el patio del recreo le estaba esperando don Manuel el secretario, en su silla de ruedas. A su lado estaba su hermana, que era la encargada de transportarlo de un lado para otro. Era mayor que su hermano y permanecía soltera, con la vida dedicada a su hermano tal y como había prometido a su madre en su lecho de muerte. Todos los días le ayudaba a levantarse y a ponerse sobre la silla. Después de desayunar lo llevaba al Ayuntamiento y una vez allí, se volvía hacia su casa para seguir con las tareas domésticas. Don Manuel, aparte del problema de sus piernas, poseía una gran salud física lo que le permitía servirse por sí mismo y desplazarse por las diferentes estancias del ayuntamiento y realizar desplazamientos cortos, incluso por las calles del pueblo. Solo cuando necesitaba desplazarse a algún lugar que por sus características no podía hacerlo solo, como subidas o bajadas, necesitaba la ayuda de otra persona, por lo general su hermana, pero en muchas otras ocasiones, se prestaba cualquier vecino del pueblo. Luego, a la hora de comer su hermana venía a buscarlo para llevarlo a casa. Tras la comida, nuevamente lo llevaba al ayuntamiento hasta la hora de cenar. Cuando lo vio, le hizo una seña para que se acercara.

— Buenos días Conrado —le dijo

— Hola Manuel. ¿Cómo estás?

— Bien, bien. ¿Qué te pareció lo de ayer tarde en el Salón de Plenos?

— Increíble. No dejo de pensar en ello. Nos hemos debido de volver locos. En las circunstancias actuales pensar en elecciones es de majaretas, ¿no te parece?

— Pues sí. Pero la gente ha acogido entusiasmada la propuesta de Feliciano. ¿Tú te esperabas eso?

— ¿Yo?, ide ningún modo! Pero no sé, es algo extraño. Parece como si se hubiera removido algo dentro de mí. ¿Querrás creer que hoy en clase, hemos dejado las materias que tocaban para hoy, y les estoy dando una clase sobre los sistemas de gobierno de las naciones, Dictaduras, Democracias, etc.? ¿Puedes creerlo?

— ¿Que si puedo creerlo? Ya me contarás. Me he pasado toda la noche revisando libros de derecho, y hasta he confeccionado una especie de reglamento electoral...

— ¡No me digas, Manuel! ¿Pero que nos está pasando? Chico, no sé cómo les habrá ido a los demás. ¡Ojala sean más sensatos que nosotros, y esta tarde solo estamos los dos en el Salón de Plenos del Ayuntamiento! Creo que sería lo mejor para todos. Ya está bien con dos idealistas como tú y como yo. No quiero ni pensar si esta tarde el Salón está a tope y se decide seguir adelante con todo...

— Sí. Pero no sé por qué, me temo que estará a tope. Estas cosas cuando prenden, prenden. Y no hay quien las pare. De todas formas....pero bueno, ya veremos lo que pasa. Hasta esta tarde no creo que debamos pensar mucho en ello.

— ¿Has visto a Feliciano hoy?

— Sí. Y te puedo asegurar que está más tranquilo que la yegua del tío Anchuras. ¿Será posible? ¡La que ha montado en el pueblo el bueno de Feliciano, y tan pancho! Desde luego, hay que tenerlos bien puestos para hacer lo que ha hecho.

Don Conrado, empujó la silla de ruedas de don Manuel y ambos se dirigieron al bar del pueblo, para tomar, como todos los días, su copita de orujo con vino dulce, excepcional reconstituyente para todos los días del año, mientras seguían comentando la noticia que monopolizaba los comentarios del pueblo. Al poco de estar, se les agregó don Francisco, quien solía acompañarles en ocasiones y que venía acompañado en esta ocasión por Anselmo, el hijo del boticario.

Anselmo, tenía treinta y tres años y había estudiado Farmacia en Zaragoza, como su padre, terminando la carrera en febrero de 1936 pocos meses antes del inicio de la contienda civil. A sus 24 años se vio involucrado en la guerra, en el bando de los “rebeldes”. Debido a sus estudios, fue enrolado con el empleo de Alférez y al término de la guerra había ascendido al grado de Teniente. No participó en acciones bélicas, permaneciendo durante los años del conflicto en retaguardia, en funciones de administración de un bien tan escaso como las medicinas. Cuando terminó la guerra, aún debió de permanecer dos años más en el ejército. Finalmente, hacía un par de años que había regresado al pueblo, para hacerse cargo de la farmacia que regentaban sus padres en Alberuela.

A esas horas, don Francisco solía tomar un poco de jamón, acompañado de un vaso de vino tinto. No compartía la costumbre de sus amigos de tomar el revuelto sin acompañarlo de algún alimento sólido. Anselmo, se tomó un café de puchero, aliñado con una gota de leche junto con un bollo. Los cuatro estaban

asombrados, y por qué no, ilusionados ante la posibilidad de celebrar elecciones. Valoraban más, el poder elegir por sufragio universal al futuro alcalde, que el nombre del elegido. Los treinta minutos del recreo estaban llegando a su fin, y en consecuencia, para Conrado, la reunión en la cantina.

— Bueno chicos. Tengo que tocar la campana para seguir con la clase. Ahora les voy a hablar de elecciones. Lo dicho, estoy loco. Pero fijaros, estoy satisfecho de cómo se está desarrollando la clase. No hubiera podido imaginar nunca que unos zarríos de críos, tengan tantas ganas de saber sobre estos temas. Es verdaderamente emocionante. ¿Y a que no sabéis quien es el que tiene más conocimiento de estas cosas? No lo adivinaréis nunca. — Don Manuel hizo un gesto para indicar que no tenía ni idea.

— ¡Lolo! ¿Qué os parece?

— ¿Lolo? ¿El hijo de Santiago el Tieso? ¡Jóder! Esto sí que es una sorpresa. Y luego tú poniendo al pobre zagal a bajar de un burro. Pues ya puedes jurar que es raro, sí. Nunca sabes demasiado de las personas ¿eh? Bueno ahí te quedas, maestro. Suerte.

— Oye Manolo. ¿No nos estaremos buscando la ruina?

— Chico ya no lo sé. Tenemos la fuerza de la debilidad. Este pueblo es como islote perdido en este desierto de los Monegros, con todo lo que representa de bueno y de malo. No sé. Pero si ellos no saben de nosotros, tampoco nosotros estamos obligados a saber de ellos, ¿no te parece?

Los demás asintieron en silencio. Don Manuel llamó a su hermana que permanecía fuera del bar, hablando animadamente con unas mujeres del pueblo.

Tras despedirse el grupo, cada cual se dirigió hacia sus respectivos quehaceres. Cuando don Conrado entro en la clase, los alumnos ya lo estaban esperando.

— Bueno chicos, continuemos. Ahora vamos a ver como el pueblo puede ejercer su soberanía. El procedimiento consiste en elegir de entre todos los que forman el pueblo, a aquellos que están mejor dotados para desarrollar su función de gobernarlo. En un principio, todos los que forman el pueblo son elegibles, es decir pueden ser nominados para ejercer el poder en nombre del pueblo ¿entendido? —Don Conrado miró a su alrededor en búsqueda de preguntas. Nadie manifestó sombra de duda. ¡Caramba!, pensó.

— Pero en la práctica esto es muy difícil de establecer. Las naciones están formadas por millones de personas. No es posible elegir entre todos esos millones a los mejores. Por ello, y de forma voluntaria, aquellos que lo desean, presentan ante los demás su deseo de optar al nombramiento. Es lo que se denomina presentar la candidatura. Cuando hay varios candidatos que optan al nombramiento, se produce una elección en la que cada cual, mediante una papeleta en la que figura el nombre del candidato elegido, e introducida en una urna, manifiesta su preferencia por uno de los candidatos. Previamente, estos, expondrán ante el pueblo sus proyectos e ideas y les pedirán que les apoyen prestándoles su confianza mediante su voto. El que más votos consiga, será el elegido. Al acto de elegir entre todos los candidatos, recibe el nombre de Comicios o Elecciones. ¿Alguna duda? —Una niña levantó el brazo.

— Dime María. ¿Cuál es tu duda?

— ¿Es obligatorio votar? —dijo

— Más que obligatorio es conveniente. Tened en cuenta que en democracia la participación es esencial. El voto es el instrumento por el que el ciudadano expresa su voluntad y cuanto mayor sea el número de ciudadanos votando, la democracia se fortalece. ¿Creéis que si cien personas tuvieran que elegir entre dos candidatos y tan solo seis ciudadanos ejercieran su derecho al voto, el elegido podría considerarse respaldado por la mayoría? Pensar que legalmente sería el representante de los cien ciudadanos. ¿Pero os parece que esta situación beneficiaría a la democracia? — todos negaron con la cabeza a la vez que un alumno levantaba su brazo

— ¿Sí? ¿Martín? Dime.

— Supongamos que yo me presento ¿puedo votarme a mí mismo? —dijo entre las risas de todos.

— Por supuesto. Piensa en lo que representa el hecho de votar y qué hemos comentado antes: votar es una manifestación de confianza. Así es que si tú no te votas a ti mismo, es decir no expresas tu confianza en ti mismo, ¿cómo vas a pedir a los demás que lo hagan? Por supuesto que los candidatos se votan a sí mismos. El “Pipa” levantó su brazo.

— ¿Y qué pasa si no me gusta ninguno de los candidatos? —preguntó

— Pues en ese caso, tienes una posibilidad que es abstenerse, es decir, depositar tu voto en blanco sin poner ningún nombre. Ojo, atended, que la pregunta de Carlos tiene unos aspectos muy importantes —el maestro prefirió citar al “Pipa” por su nombre de pila y no por su mote— y es que no debéis confundir el votar en blanco con el no ir a votar. Son actitudes completamente distintas. En el primer caso el ciudadano cumple con las reglas de la democracia y en el segundo, el ciudadano

deja que los demás decidan por él. Como veis es sustancialmente diferente.

— ¿Y qué pasa si el que sale elegido no me gusta? —preguntó Margarita, en la primera fila.

— Bueno. Una de las primeras reglas que tiene la democracia es justamente, que el candidato que obtiene la mayoría de votos, es decir, sale elegido, es el representante de todos, tanto si le han votado como si no. Es la llamada regla de las mayorías. Las mayorías mandan, las minorías lo aceptan. Otra regla primordial y fundamental de la democracia es que las mayorías deben respetar absolutamente a las minorías. No es lícito ejercer ningún tipo de presión, discriminación ni violencia contra las minorías, ni por supuesto, contra ningún ciudadano.

— ¿Que es discriminación? —preguntó nuevamente Margarita.

— Discriminar significa seleccionar, separar unas cosas de otras en función de sus características. Cuando utilizamos esta palabra hablando de democracia queremos expresar que a las personas no se les puede discriminar, es decir separar, seleccionar en función de su sexo, religión o color de piel. O sea, que los negros, por el hecho de ser negros, no deben ser discriminados o privados de sus derechos. Recordar que decíamos que en democracia, todos somos iguales ante la ley. ¿Lo has entendido?

— Si —respondió María.

La clase transcurrió con absoluta normalidad durante el resto de la mañana. El viejo maestro estaba absolutamente encantado con la actitud de sus alumnos. Preguntas de todo tipo le fueron hechas y que fueron contestadas con renovada ilusión y paciencia por un

rejuvenecido profesor. Cuando finalmente, se dio por concluida la clase matutina, don Conrado se quedó largo tiempo sentado en su silla, contemplando la vacía clase. Por la tarde, retomarían el pulso normal, volviendo a la gramática y a las matemáticas. Pero aquella mañana permanecería para siempre entre los recuerdos más queridos de un antiguo anarquista que, por encima de todo, valoraba la libertad.

Capítulo 3

Sobre la hora establecida, comenzó a llegar gente a la plaza del Ayuntamiento, donde estaba ubicado el consistorio, en cuyo Salón de Plenos, se iba a celebrar la asamblea para tomar decisiones con respecto al tema, único, que estaba en boca de todos los convecinos. La reunión estaba fijada para las ocho y media de la tarde, hora conveniente, para que todo el mundo hubiera podido concluir sus labores en el campo. La expectación creada era enorme. La noticia sobre la propuesta de Feliciano se había extendido rápidamente por el pueblo, y al parecer, había calado hondo en el ánimo de las gentes. En todo el pueblo, no se hablaba de otra cosa. Hombres, mujeres y hasta los niños más mayores, intercambiaban sus preferencias sobre tal o cual candidato. Cada uno con sus propios puntos de vista.

A las ocho llegaron al ayuntamiento, don Manuel, el secretario y el recién nombrado alcalde y Jefe Local del Movimiento, Feliciano. Don Manuel llegó en su silla de ruedas, empujada como siempre por su hermana, llevando bajo el brazo una voluminosa carpeta. Tras saludar y conversar brevemente con los que estaban en las escalinatas que daban acceso a la entrada principal del ayuntamiento, se introdujeron en el interior del viejo y destartalado edificio. Poco a poco, el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Alberuela del Campo fue llenándose de gente, y a los pocos minutos ya se había completado el aforo. Estaba a punto de dar comienzo una sesión extraordinaria en la vida de este municipio aragonés.

Presidía el Alcalde, don Feliciano y a su derecha se sentaba don Manuel, el Secretario. Además de éstos y a la izquierda del alcalde, se hallaba sentado en una de las sillas de los ediles, don Emilio, el cura, quien a sus 58 años mantenía una vitalidad envidiable, quien por deferencia a la Iglesia Católica, siempre tenía un sitio reservado en las sesiones de la corporación. En la primera fila de butacas, se encontraban, don Conrado, el maestro, don Francisco, abogado ya jubilado, hombre culto y de mente clara, muy apreciado por las gentes del pueblo, don Moisés, el médico, hombre de ideas socialistas, y que mantenía una pugna intelectual con don Emilio, especialmente sobre temas de religión, definiéndose a sí mismo como aconfesional, lo que sacaba de sus casillas al cura, para regocijo de aquel. Junto a ellos, don Santiago, el padre de Lolo, y que era conocido en el pueblo con el apodo “el tieso”, apodo que se aplicaba a todos los hijos mayores de los Castejón desde tiempos inmemoriales, hacendada familia, poseedora de grandes tierras y dueña de la mejor casa del pueblo, en la que no faltaba su blasón sobre el quicio de la entrada principal. Estos ciudadanos, junto con los que ocupaban la presidencia, constituían, lo que se conocía como las fuerzas vivas de Alberuela. Don Feliciano, el alcalde, intercambió unas palabras con el Secretario, y fue éste quien tomó la palabra, levantando la mano rogando a los presentes que guardaran silencio. Poco a poco, fueron cesando los murmullos, haciéndose un absoluto silencio.

— Buenas noches. Veo que estamos casi todos. Mucho mejor. Si me lo permitís, os voy a resumir brevemente, todos los acontecimientos previos ocurridos, y que han dado origen a esta reunión, con el fin de que todos estemos informados por igual. Como ya conocéis de sobras, Alberuela del Campo lleva ya varios años sin alcalde, concretamente, cerca de ocho, desde

que ocurrió el fallecimiento de don Pedro Martín, que en paz descansa, durante la contienda civil. Desde entonces, y a falta del nombramiento de un nuevo alcalde, este que os habla, ha ejercido de forma provisional, las veces del mismo. Hace seis años que terminó la guerra, y hasta hace dos días, no habíamos recibido noticias de ningún tipo, del Gobierno Civil de Zaragoza. El caso es que, como digo, hace dos días que se recibió un escrito de Zaragoza con el nombramiento de don Feliciano García Navarro, conciudadano nuestro, como Alcalde y Jefe Local del Movimiento que ya sabéis que en el nuevo régimen, lo uno lleva emparejado lo otro. Pues bien, por razones que no vienen al caso, don Feliciano, no tiene ningún interés en el nombramiento, por lo que con firme determinación, se desplazó al día siguiente a Zaragoza, con el propósito de presentar su dimisión de forma irrevocable ante el Gobernador Civil. Recibido por éste, no solo no aceptó su dimisión, sino que le dio las razones por las que era absolutamente indispensable que se mantuviera en el cargo para mejor servicio del Caudillo de las Españas. Pero Feliciano, aragonés al fin y al cabo, no quiere aceptar el nombramiento por decreto, y sigue firme en su resolución de no ejercer como tal, por lo que propone a todos los habitantes de Alberuela del Campo, la celebración de unas elecciones, para que entre todos elijamos alcalde entre los vecinos que quieran presentarse como candidatos.

Un nutrido murmullo se extendió por el Salón de Plenos. Tras unos segundos, se restableció de nuevo el silencio.

— A nadie se le escapa lo que supone esa propuesta, dentro del Régimen que actualmente gobierna en España. Ni que decir tiene que, de llegar a conocimiento de Zaragoza esta iniciativa, Alberuela del Campo estaría tomada una hora después por el ejército y

depurados sus promotores. Pero a pesar de ello, en Alberuela tenemos muy claro que apenas existimos para la capital de la provincia, por lo que las posibilidades de que se enteren siguen siendo las mismas que las que nos asfalten las calles o nos construyan un silo. Por otro lado, si don Feliciano no quiere ser Alcalde, está en su derecho a renunciar. Y nosotros tenemos derecho a tener un Alcalde. Como Zaragoza no quiere aceptar la dimisión, y consecuentemente, nombrar a otro vecino como alcalde, la pelota se ha quedado en nuestro tejado. Por tanto, y esta es la cuestión a debatir hoy, es la siguiente: ¿Estaríamos dispuestos a organizar nuestras propias elecciones a Alcalde entre los vecinos que, voluntariamente, se presenten como candidatos? Si la respuesta es sí, entonces deberemos contestar a esta otra. ¿Damos conformidad para que se nombre una Comisión, que se encargue de organizar las elecciones a alcalde, estableciendo, además, las normas que las regulen? Ahora nos vamos a tomar treinta minutos para que podamos comentar entre nosotros nuestros puntos de vista y opiniones, y pasado ese tiempo, someteremos a votación, a mano alzada, la primera propuesta. Si no os importa, como aquí estamos un poco apretados, podemos distribuirnos entre este Salón, los pasillos de fuera o si lo deseáis utilizar la plaza, como hacían en la antigua Grecia.

Los que presidían la mesa, se levantaron, y bajaron los tres escalones para reunirse con el resto de vecinos. Se formaron números grupos que hablaban animadamente entre sí, cuya composición cambiaba rápidamente, intercambiándose constantemente los contertulios. Cada pocos minutos la composición de los mismos, tanto en número como de integrantes difería del momento anterior. De esta forma, cada cual fue informándose de lo que opinaba el resto y a la vez fue tomando posición ante el gran tema. Todo aquel

movimiento y trasiego, se comportaba como los vasos comunicantes, solo que en este experimento, los recipientes eran personas y el ingrediente líquido, la información. Pasada la media hora, todo el mundo volvió a entrar en el Salón de Plenos, donde ya aguardaban don Feliciano y don Manuel.

Nuevamente tomó la palabra el Secretario, quien alzando la mano, espero unos segundos hasta que el silencio quedó restablecido.

— Vamos a proceder sin más preámbulos a la votación a mano alzada. Todos aquellos que NO aprueban celebrar elecciones para elegir alcalde, que levanten la mano. He dicho los que NO estén a favor de las elecciones.

Todo el mundo miró a su alrededor. Pleno total. O casi. Había una mano alzada en la mesa de notables. Pertenecía a don Emilio, el cura. Los integrantes de la mesa que presidía aquella Asamblea, dirigieron su mirada hacia don Emilio. Un rumor generalizado se apoderó del Salón de Plenos.

Don Manuel el secretario, se volvió hacia don Feliciano.

— Me había olvidado de don Emilio. ¡Vaya con el cura! Mala cosa. Vamos a ver por dónde nos sale.

— Pues que quieres que te diga, que sigamos con la Asamblea. Al fin y al cabo, se ha aprobado por mayoría total. No es cuestión de darle más importancia.

— Ya, pero es que es la Iglesia, Feliciano. Si lo piensas, es lo lógico, y lo que no entiendo, es como no caí antes en que el cura no estaría por estas labores.

Don Emilio le hizo un gesto con la mano a don Manuel, indicándole que quería dirigirse a la gente. Don Manuel, levantó su brazo, reclamando un momento de silencio.

— Don Emilio, quiere decir unas palabras. — Don Emilio se levantó, y cuando se hizo el silencio en el local, se dirigió a la asamblea.

— Ya veo que os ha sorprendido mi decisión. Pero quiero aclarar para evitar malentendidos que, mi posición en este mundo, al servicio de Dios y de la Santa Madre Iglesia y de sus fieles, me impide tomar posición a título individual adoptando el que me impone mi voto de obediencia a la Santa Madre Iglesia, que como sabéis no interviene en cuestiones de política. En este momento, vienen a mi mente las palabras que nuestro señor pronunció ante Poncio Pilatos: dad al Cesar lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios. Lo que pretendéis no es materia de la iglesia, y hasta el momento, y como propuesta intrínseca en sí, no alcanzo a ver mal alguno en ello. Sin embargo, creo que mi obligación es la de recomendaros que rechazéis la propuesta, porque las consecuencias podrían ser catastróficas para el pueblo, y para los que en él vivimos. Hijos míos, en estos tiempos revueltos, donde todavía quedan rescoldos de odio y resentimiento de unos para con otros, y donde la razón y lo razonable todavía no se ha podido conciliar, es muy peligroso, lo que desde este lado se os propone, por las consecuencias inimaginables que se pueden producir. Pensad que estáis jugando con fuego. Una vez dicho esto, mi conciencia está tranquila. No debéis temer que de mis labios salga palabra alguna sobre lo que aquí decidáis, pero debéis comprender mi delicada posición en este proceso que queréis realizar. Si bien, como he dicho, no veo intrínsecamente mal alguno en vuestra pretensión, es porque conozco la naturaleza de vuestros corazones y

os conozco como personas y, perdonad que os diga, sé de qué pie cojeáis cada uno de vosotros. Pero esta visión que yo tengo, no la tendrían en el Gobierno Civil de Zaragoza.

Y dicho lo cual, se sentó. Sus palabras fueron escuchadas con silencio total por los asistentes y tranquilizaron a don Feliciano y a don Manuel, que se temían una mayor beligerancia por parte de don Emilio, y que por ende, hiciera inviable el proyecto de elecciones. Más tranquilo, don Manuel, continuó con el orden del día.

— Quiero agradecer las palabras de don Emilio, en las que nos ha explicado las razones que, por su condición de sacerdote le impiden participar en este proceso como un ciudadano más. Aunque no estaba obligado a hacerlo, nos ha parecido muy correcto que así lo hiciera. Volviendo al tema central, ha quedado claro por unanimidad, excepción hecha de don Emilio por las razones expuestas, que Alberuela desea celebrar unas elecciones para elegir a su alcalde. Recordar la segunda cuestión que propuse en mi primera intervención y que estaba vinculada a que en esta primera cuestión respondiéramos que sí, como así ha sido. Repetiré la pregunta para mayor claridad en la exposición de vuestro voto. Lo siguiente es el nombramiento de una Comisión Electoral. Yo os voy a proponer a una serie de personas, para formar esa comisión. Por supuesto, todos y cada uno de vosotros también está en su derecho de hacerlo. Yo propongo a don Conrado, a don Francisco, a don Moisés, a don Anselmo y a don Santiago, si ellos aceptan, además de don Feliciano y yo mismo. ¿Hay alguien que quiera proponer a otras personas, o presentarse el mismo? —nadie levanta la mano. Don Manuel prosiguió, tras guardar unos segundos de silencio. —Ahora os pregunto: ¿Estáis de acuerdo en que las personas que he mencionado, se encarguen de organizar las elecciones a

alcalde, estableciendo las normas que las regulen? Por favor, al igual que en la pregunta anterior, levantar la mano los que NO queráis que estas personas dirijan el proceso electoral. Repito, que NO queráis...

Nuevamente, todo el mundo miró a su alrededor. Y esta vez, pleno total. Quedaba así constituido el Comité Electoral que controlaría los comicios para elegir al nuevo alcalde de Alberuela del Campo.

— Queda pues constituido el Comité Electoral. Este Comité, establecerá la normativa que regule estas Elecciones, recibirá las candidaturas de los vecinos que quieran presentarse a alcalde, y establecerá los periodos de Campaña Electoral y el día en el que celebraremos las elecciones. De todo ello, os pondremos al corriente en una sesión informativa que se convocará oportunamente. Así pues, aquellos que podáis estar interesados en presentar vuestra candidatura, ir pensando en ello y en vuestro programa de propuestas. Ya sabéis que habrá una campaña y en ella debéis de tratar de convencernos a los demás de vuestras bondades.

Sobre las diez de la noche se levantó la sesión y el Alcalde dimisionario, que no había abierto la boca en toda la asamblea, declaró levantada la sesión con lo que cada cual podía marcharse a casa.

Lentamente fueron abandonando el Salón de Plenos. La plaza se pobló nuevamente de grupos en animada charla. La cantina se llenó a rebosar. En todas partes se hablaba de lo mismo. Todo el mundo hacía sus cábalas sobre quien se presentaría. Algunos, los más temerosos, no veían claro que aquello no fuera a traer al pueblo alguna desgracia. Las noticias que se podían leer en los periódicos que, de vez en cuando, llegaban al pueblo, no eran precisamente tranquilizadoras. La situación en Asturias, donde aún actuaban por sus

montes grupos de maquis armados era preocupante. Los maquis asturianos, eran perseguidos por la Guardia Civil y el Ejército, en un intento de acabar con el foco de sedición. Los que no morían en el enfrentamiento y eran detenidos eran fusilados sumariamente en un juicio que duraba media hora. Sin embargo, y a pesar de estas noticias, la gente no temía nada parecido en Alberuela. En el fondo, nadie tenía la sensación de estar cometiendo algo punible. Sabían que lo que iban a hacer no estaba permitido ni bien visto por el Régimen actual, pero sorprendentemente, y he aquí lo extraordinario de la cuestión, tampoco parecía que les preocupara en exceso a ninguno de los vecinos.

Dentro del Salón de Plenos, quedaron solos los miembros del recién nombrado Comité Electoral, quienes ya habían comenzado a deliberar sobre la forma y modo de llevar a cabo las Elecciones a Alcalde de Alberuela del Campo. Entre los presentes estaba también don Emilio, el cura, quien a pesar de lo dicho en sus explicaciones a la Asamblea, sobre no participar en procesos políticos, no quería dejar de pertenecer al Comité, algo que todos los presentes presentían desde el primer momento. Don Manuel, el Secretario, más acostumbrado a manejar documentos y situaciones legales, explicaba a sus compañeros el que a su juicio, debería ser el Plan de trabajo del Comité. Los demás le escuchaban atentamente.

— En primer lugar deberíamos estipular un calendario de todo el proceso donde se determine, primero, el plazo de presentación de Candidaturas y las condiciones que deberá reunir el candidato, si es que queremos poner alguna; segundo, duración de la campaña electoral y tercero, día señalado para las elecciones. Aunque sea rizar el rizo, entre el fin de la Campaña Electoral y el día de las votaciones podemos

dejar un día de meditación. Por otro lado hay que determinar también las condiciones que debe poseer el votante para ejercer su derecho al voto. ¿Queréis debatir esto ahora, o mejor, quedamos para mañana, sábado, aquí mismo a las siete de la tarde?

— Mejor que sea a las ocho — dijo don Emilio— porque tengo misa a las siete. Así me dará tiempo para llegar tranquilamente.

Todos se miraron entre sí, intercambiando sonrisas, pero nadie puso pega alguna. El único que murmuró algo ininteligible fue don Moisés bajo la mirada fulminante del cura.

— Bueno, pues entonces hasta mañana. Si os es posible, pensad y meditaad sobre todo lo que tenemos que hacer para no hacer la reunión muy larga. Señores, ¡a cenar y a dormir, que mañana es día de trabajo!

Con estas palabras de don Manuel se dio por concluida la reunión y todos fueron abandonando el salón. Fuera, en la plaza, la gente continuaba en interminables conversaciones. Cuando vieron que del ayuntamiento salía el Comité Electoral, algunos de los presentes se acercaron hasta ellos para seguir comentando los detalles del suceso que había encandilado a todo un pueblo.

Don Emilio, se encaminó directamente hacia la iglesia que quedaba al final de una corta calle, ligeramente cuesta abajo, que partiendo de la plaza del ayuntamiento desembocaba en otra plaza, la Plaza de la Iglesia, donde estaba ubicada. Había notado las miradas que le dirigían algunos y eso le molestaba. Una cosa es que no pudiera meterse abiertamente en política, y otra muy diferente que no fuera a “vigilar” el proceso. Máxime cuando había un par de elementos que no eran

de su confianza, el maestro y don Moisés, gente de izquierdas, de los que desconfiaba sañudamente. Satisfecho por el cargo de vigilante para el que se había auto designado, entró en la iglesia, y tras mojar las yemas de los dedos en agua bendita de la pila de la entrada, se santiguó y se dirigió hacia el altar, donde se reclinó y oró durante unos segundos. Luego se dirigió por la nave lateral situada a la derecha, hacia el interior de la sacristía desde la que se accedía a la vivienda del párroco. Ordenó a Engracia, su ama de llaves, que le preparara algo de cenar y que le avisara cuando todo estuviera preparado. Luego se dirigió a una pequeña habitación, que denominaba la biblioteca, y que normalmente utilizaba como despacho. El escueto y austero mobiliario, una mesa y dos sillas, junto a otros dos sillones de cuero, junto a la ventana, completado con los estantes que circundaban la sala, repletos de libros, imprimían a la estancia un alto grado de recogimiento y emanaban un ambiente sumamente agradable. Tomó asiento ante la mesa de escritorio, cogió papel y se acercó el plumier, provisto de tinta y plumillas. Cogió su favorita, y con una perfecta letra inglesa, comenzó a escribir:

“Excelencia Reverendísima, hermano en Cristo.....”

Cuando terminó de escribir, hacía ya rato que Engracia le había anunciado que la cena ya estaba servida. Recogió todo, mientras daba tiempo a que la tinta se secara. Finalmente, dobló cuidadosamente la carta, la introdujo en un sobre totalmente en blanco y la dejó encima del escritorio. Se dirigió al comedor, donde estaba Engracia haciendo ganchillo. Encima de la mesa tenía la cena: judías verdes aliñadas con aceite de oliva y jamón serrano. A su lado un vaso y una jarra con vino tinto. Engracia se ofreció para calentarle las judías, pero don Emilio no la oyó. Estaba sumido en sus pensamientos.

Fuera de la iglesia, se oían las voces de los vecinos que se dirigían a sus casas desde la plaza del ayuntamiento, comentando en voz no muy baja todos los pormenores del día. Un poco más lejos, se oían las voces de las madres llamando a sus hijos para que se metieran en casa. En esa época del año, cuando las temperaturas empezaban a ser agradables, los chavales estaban todo el día en la calle o recorriendo el pueblo de punta a punta. Las chicas solían jugar a muñecas, a saltar la comba, a empujar con el pie una piedra a la vez que saltaban sobre unos cuadros dibujados sobre la tierra. Los chicos tenían otro tipo de diversiones. Jugar a la pelota, tirarse piedras, cazar pájaros con tirachinas o pegamento, asolar algún huerto que otro, coger culebras sapos y otros animalillos y en general, no parar en todo el día.

En los días de fiesta, la diversión dominguera de los mozos y mozas, consistía en pasear por la carretera, los chicos por un lado y las chicas por el otro, intercambiándose chanzas, pullas y toda clase de picardías cuando se cruzaban. Se trataba de una cuestión de ingenio y gracia. Los chicos siempre tiraban con segundas intenciones, y las chicas contestaban con terceras o cuartas.

Una vez a la semana, el camión del Servicio de Correos efectuaba la traída y recogida de cartas y paquetes. Paraba en la plaza del ayuntamiento, dejando su cargamento en el interior del mismo, tomando la saca que ya estaba preparada junto a la puerta. La camioneta la conducía un uniformado empleado de Correos.

Normalmente siempre andaba muy justo de tiempo, pero alguna que otra vez, acompañaba a la cantina a Justino, el hombre para todo del Ayuntamiento, pues ejercía las funciones de pregonero, botones, ujier, barrendero, etc., a tomar un vaso de vino

y a recordar sus tiempos de mozos, cuando hicieron la mili en Zaragoza, hacía ya más de treinta años.

Capítulo 4

De camino a casa, Doña Marta, esposa de Santiago, el mayor propietario de Alberuela, poseedor de muchas hectáreas de tierra y otras propiedades, presa de una gran excitación, le iba comentando a su marido los planes que su mente había proyectado.

— He pensado Santiago, que deberías presentarte a esas elecciones a Alcalde. Francamente, no comprendo como el Gobernador Civil, no te ha nombrado a ti y ha preferido a ese inútil de Feliciano, cuyo único mérito consiste, por lo visto, en haber ido a Rusia con la División Azul. Un zafio e inculto, que lo nombran alcalde solo por haber ido, a Dios sabe qué, donde no le llamaban. Y tú, que serviste en las filas nacionales, luchando a brazo partido en Estrecho Quinto, olvidado. —don Santiago se volvió hacia su mujer.

— Pero mujer, no digas tonterías. Yo nunca estuve en Estrecho Quinto.

— Porque cogiste las fiebres de malta y te pusiste a morir. Que si no, bien que habrías estado.

— Además yo siempre hice labores de asistente. Mi padre conocía a un Coronel del Ejército que me tuvo a su servicio durante toda la contienda. Sin embargo Feliciano, sí que estuvo en Estrecho Quinto y en el Ebro y en muchas más. Y luego con la División Azul en Stalingrado, en Vilna, Volgogrado...y muchos sitios que

no sé ni siquiera pronunciar. Otra cosa es que no tenga muchas luces...

— ¡Si otra cosa no me dices....! —recalcó doña Marta

— Pero que gran gesto el suyo, el de renunciar al cargo.

— ¡Bah, tonterías! Como es medio analfabeto, se habrá asustado y lo que quiere es quitarse el muerto de encima ¡no te digo!

— ¡Como eres mujer! De verdad que hay ocasiones en que no te conozco. ¿Cómo te puedes obcecar tanto? — protestó Santiago.

— ¡Hay que ver que pánfilo eres! Los hombres sois todos iguales de crédulos. ¡Descuítate y veras!

Habían llegado ya ante el portalón de su casa. Santiago empujó la pesada puerta que permanecía siempre abierta, sin llave ni cerrojo, según costumbre arraigada en el pueblo. Tan solo por las noches, echaban las llaves. Subieron por las amplias escaleras que daban a las habitaciones de la vivienda, y se dirigieron directamente al salón comedor. Sagrario, la criada, salió a su encuentro al oírlos llegar.

— Hola, ¿ya estáis aquí? ¿Cómo ha ido la reunión? ¿Han decidido finalmente hacer elecciones para la alcaldía?

Sagrario llevaba toda una vida al servicio de sus señores y era una más en la familia. De ahí el trato familiar que utilizaba cuando se dirigía a ellos.

— Si hija —respondió con cierta sorna doña Marta— eso han decidido. Y ahora viniendo, le venía

diciendo a Santiago que tendría que presentarse para alcalde. ¿No te parece?

— Claro. Además, su abuelo, don Francisco, ya lo fue durante muchos años. Sería como seguir la tradición.

— ¡Exacto! Oye, ¿Querrás creer que se me había pasado por alto lo del abuelo? ¿Escuchas Santiago lo que te dice Sagrario?

— Si —dijo Santiago desde la habitación del dormitorio matrimonial, separado del comedor por una espesa cortina que hacía las veces de puerta, al igual que otras cuatro habitaciones, arrastrando la i final dándole un tono de paciencia resignada.

— Está decidido. Te vas a presentar. Pocos podrán aportar tantos méritos como tú. Por de pronto, el lunes nos vamos a Zaragoza a comprarte ropa. Un alcalde no va de cualquier manera por el mundo. Además hace tiempo que tenía que haberte comprado ropa. La que tienes está ya muy rozada. Y el traje de los domingos, se te está quedando pequeño. ¡Y es que no paras de engordar! Te estás poniendo como un cebón.

— ¡Pero mujer! Piensa un poco. Quien salga como alcalde, lo será a título local. No podrá asistir a recepciones, ni recibir a las autoridades que nos visiten, ni podrá ir a parte alguna en representación del pueblo. Eso solo lo podrá hacer Feliciano que es el alcalde oficial a los ojos de Zaragoza. ¿Lo comprendes?

— ¡Bah, bobadas! ¿Quién conoce a Feliciano? Nadie. ¡Te ahogas en un vaso de agua! Ahora lo importante es que empieces a sondear a tus amigos y conocidos, y les pidas que te voten. No creo que sea mucho pedir, después de los muchos favores que les has hecho a todos en este pueblo.

— ¡Pues no será porque tu no refunfuñas cada vez que ayudo a alguien! —protesto Santiago.

— ¡Porque eres tonto y todos abusan de ti! Pero mira, ha llegado el momento de que les recuerdes el favor y se acuerden de ti el día de las votaciones. ¡Ah! y empieza a prepararte un discurso y todas esas cosas que se prometen. La gente solo vota a quién más les ofrece. Luego, si te he visto no me acuerdo. Hay que tener voluntad de hacer cosas... pero luego si no es posible hacerlas ¡qué se le va a hacer! Así es que ya puedes ir dándole al magín. Nosotras ya te ayudaremos dándote alguna idea que otra, ¿verdad Sagrario?

— Sí, seguro —respondió la criada desde la cocina desde donde se disponía a llevar al comedor el perol con la sopa de todas las noches, invierno y verano, que se cenaba en aquella casa.

— ¿Dónde están Lolo y mi padre? —pregunto a Sagrario doña Marta.

— Están en el granero. Lolo ha traído una cardelina y le están preparando una jaula. ¿Quiere que los llame para cenar?

— Sí, llámalos. Oye Sagrario, —empezó a decir doña Marta dirigiéndose hacia la cocina, dejando solo a Santiago en el salón comedor.

Este, se había sentado en un cómodo sofá que junto con otro y un tresillo, ocupaba uno de los rincones del enorme salón, estancia donde giraba toda la actividad de la casa. En el centro del conjunto, formado por los sofás y tresillo, se encontraba una mesa baja de nogal, torneada con esmero y de patas talladas con motivos de caza. Todo ello, conformaba un rincón confortable y acogedor, lugar de tertulias y reuniones. Una lámpara de pie, aportaba la luz necesaria en las tertulias nocturnas.

Una ventana daba a la calle principal, y por el día iluminaba todo el Salón.

Sentado en su sillón favorito, se dejó llevar por sus pensamientos, en la dirección de las consecuencias que podían derivarse de toda aquella locura colectiva, en la que él participaba, al principio de una manera más o menos indiferente, pero que tras la reunión a la que acababa de asistir, se sentía animado a presentarse. Le daba vueltas una y otra vez a lo que había dicho Feliciano: el nombramiento obedecía a la aplicación de una pauta estipulada por el Gobierno Civil y que consistía en colocar en los puestos de mando a gente afín al régimen, donde seguramente, y en la mayoría de los pequeños pueblos, la decisión última la tomaría algún funcionario, siguiendo las pautas marcadas por la superioridad. Eran muchos, los pueblos que, en España debían nombrarse alcaldes leales. Y en el caso de Alberuela, el nombre de un vecino que figura en una lista de Ex Divisionarios Azules, había sido suficiente para resolver el nombramiento. Pero nada más. ¿Conocían acaso algo más que el nombre entresacado de una lista de la persona que acababan de nombrar? Y del pueblo, ¿sabían algo? ¿Dónde estaba ubicado? ¿Cuáles eran sus problemas? Por lo visto y conocido, no. Así es que la locura de Alberuela podía salir bien, simplemente porque nada se sabía en Zaragoza sobre el pueblo y sus vecinos. Y además, si lo importante era el pueblo, ¿qué importaba que en la capital conocieran o no al alcalde, si el trabajo a realizar estaba en el pueblo? Poco a poco, fue superando los temores, y empezó a abrigar con buenos ojos, la propuesta— exigencia de su mujer de presentarse como candidato a la alcaldía. No se le conocían afinidades políticas de ningún tipo, por lo que quedaba libre de sospechas de militancia partidista. Por otro lado, era el vecino con mejor situación económica y estaba bien considerado entre los habitantes del pueblo. Su carácter,

afable y comunicativo, le granjeaban rápidamente el afecto de los demás. Al tratar de sopesar sus posibilidades, llegó a la conclusión, de que las mismas, dependían de quienes fueran los otros candidatos.

Lolo hizo su entrada en el Salón acompañado de su abuelo. Ambos lo hicieron entre grandes risotadas. Los dos se llevaban bastante bien. Don Adolfo Munt Portalet, había nacido en Lérida hacía setenta y cinco años. Sus padres se habían establecido en Alberuela cuando contaba tan solo con tres años. Aunque de origen catalán, se consideraba un aragonés más. El negocio de sus padres, unos almacenes coloniales, donde se vendía toda clase de productos: desde piensos y abonos hasta bordados y encajes traídos desde Holanda, pasando por clavos, tornillos, especias y mil heterogéneas cosas más. En la actualidad, la actividad había bajado bastante con motivo de la guerra, pero permitía mantener con vida la única tienda del pueblo y sus alrededores. Doña Marta atendía personalmente el negocio, ayudada en ocasiones por su padre. Tras el nacimiento de Lolo, don Adolfo, su abuelo, se dedicó en cuerpo y alma al nieto. Era una asignatura afectiva pendiente, que tenía don Adolfo, desde el fallecimiento en trágicas circunstancias, suicidio, de su hijo Manuel, hermano de doña Marta. Jamás logró sobreponerse del todo a aquella desgracia. En el fondo, siempre se consideró un poco culpable sobre la forma de morir elegida por su hijo a los dieciséis años. Así es que cuando nació su primer y único nieto, lo puso bajo su ala y lo acogió como algo personal, al que le dedicaba todas las horas que le era posible. Santiago los miró sonriente, preguntándoles por el motivo de las risas. El abuelo, hizo algún gesto con las manos, como quitando importancia al hecho, aunque mencionando algo sobre melones. Nieto y abuelo, tomaron posesión de sus respectivos asientos en la mesa, ya preparada para la cena.

Sagrario hizo entrada en el salón portando una humeante fuente, seguida de doña Marta. Ambas traían una animada conversación sobre el ropero que doña Marta debería reponer.

— ¿Ah, ya estáis aquí? Muy bien. ¿Os habréis lavado las manos, no? —dijo doña Marta, a lo que nieto y abuelo intercambiaron una mirada de complicidad.

— ¡Claro, mamá! ¡Cómo siempre!

— O sea que no. Venga, a lavarse las manos, ¡a saber las guarradas que habréis tocado allá arriba!

Ambos se levantaron dirigiéndose hacia la jofaina, colocada a un lado de la estancia, utilizando la jarra con agua y el jabón casero para lavarse las manos. Mientras, Santiago, encendió la radio y sintonizó, como todas las noches, un programa de música española donde podían escucharse música regional y donde con machacona repetición, dominaba el flamenco y los pasodobles, géneros ambos, que por decisión del régimen, constituían la quintaesencia de las virtudes patrias. A los sonos de los acordes del Gato Montes, comenzaron a cenar. La cena transcurrió con gran animación como solía acontecer. Lolo y el abuelo eran los encargados de mantener el buen humor de la reunión.

— ¿Otra vez sopa? —dijo Lolo

— ¡Como todas la noches! —replicó Sagrario— Ya sabes que es la norma de esta casa. Sopa todas las noches.

— ¿Que habéis hecho hoy en clase? —pregunto Santiago

— Hoy nos hemos dedicado a hablar de los sistemas de gobierno, pero en especial de la democracia.

— ¿Cómo? — inquirió doña Marta con aire de preocupación. — ¿Que habéis pasado el día hablando de política? ¡Pero bueno! ¿Es que se ha vuelto loco mi primo? Seguro que ha sacado la cara por los rojos.

— No, mamá. Solo hemos hablado de los derechos del pueblo a expresar sus opiniones libres, sin que por ello tenga uno que recibir castigo ni garrotazo.

— Garrote, Lolo, Garrote. Garrote Vil —le corrigió el abuelo.

— ¡Dios mío! Esta locura también en la escuela. Mañana sin falta hablaré con mi primo Conrado, y le cantaré las cuarenta. Ya es mayorcito para hablarles de estas tonterías a los chicos.

— ¡Eso ni se te ocurra! —dijo vivamente Lolo

— ¿Por qué? ¿Acaso os ha prohibido que habléis de eso en casa? —preguntó su madre.

— No. Que va. Es que si tú le vas con follones, me cogerá manía.

— Eso sí que no es verdad. Mi primo no haría eso nunca. Es un poco rojo, pero es decente y amante de la justicia. Pero reconocerás Lolo, que solo sois niños y no se os puede hablar de ciertas cosas.

— Eso son tonterías —medió don Adolfo— A los chicos se les puede hablar de todo. Solo hay que hacerlo de la forma adecuada y ajustada a sus conocimientos. Es un error no hablarles de ciertas cosas, sobre la base de esa memez de que son pequeños.

— Pero papa, en estos tiempos esas ideas son peligrosas.

— No. Las ideas no son peligrosas. ¡Nada más absurdo! Los peligrosos son esos ganapanes y oportunistas que mandan ahora, y que no quieren que el pueblo piense. Conrado hace bien en ampliar las mentes de estos gznápiros. Algún día se lo agradecerán.

— No sé —terminó doña Marta— ¿Y os ha dicho también si se va a presentar a las elecciones?

Santiago miró a su mujer, moviendo la cabeza de arriba a abajo y de un lado a otro.

— No. ¿Es que se va a presentar Conrado? —dijo Lolo

— No sabemos —cortó Santiago.— Ahora come.

El resto de la cena transcurrió en buena armonía, sin que se volviera a hablar del gran tema. La conversación discurrió por otros derroteros y sobre las doce de la noche, cada mochuelo se fue a su olivo. Mañana sería otro día.

Conrado llegó a su casa bien pasadas las once de la noche. Tras la reunión del ayuntamiento, se había juntado con algunos vecinos donde comentaron diversos aspectos sobre los candidatos y las elecciones. Luego, en el bar del pueblo, había tomado un picoteo, consistente en unos pinchos de tortilla de patata con cebolla, morcilla y longaniza, acompañado con dos o tres vasos de buen vino de la tierra. Se sentía contento. Por dentro le bullía una sensación de optimismo que no sabía bien a qué achacar, si a los vasos de vino o al ambiente contagioso que impregnaba el pueblo. La idea de presentarse como candidato le bullía en su mente y el hecho de que en la cantina y en la plaza del ayuntamiento, algunos vecinos le habían animado a presentarse, le estimulaba y le hacía considerar la idea,

con una perspectiva diferente. Tal vez su candidatura fuera bien acogida entre los vecinos de Alberuela.

Trató de imaginarse como alcalde, y en el escorzo, terminó pensando en qué proyectos ofrecer al pueblo, cuáles eran las necesidades más perentorias de las gentes, cuales las prioridades, cuáles... ¡estaba pensando como candidato! Entró en su casa y se sentó sobre un lateral de la cama. Cogió la fotografía que tenía sobre la mesilla. En ella, aparecía Conrado con sus padres, el día que fue a recoger el título de Maestro Nacional. Aquella foto, resumía un poco su vida. Al poco tiempo de aquella instantánea, Conrado abandonó Zaragoza, para dirigirse a Gerona, en su primer destino como maestro. Luego vinieron otras ciudades. Su vida fue un continuo ir y seguir. Nunca paraba lo suficiente en ningún sitio. No arraigaba en lugar alguno. Solo sus recuerdos, confinados en aquella fotografía que llevaba siempre con él, le mantenían unido a aquellas personas que eran sus padres. Pocas veces pudo verlos, pasar con ellos largas temporadas que no fueran algunos días de vacaciones o en alguna Navidad. Poco antes de comenzar la guerra, fallecieron con una diferencia de pocos meses. Fue entonces cuando surgió la oportunidad de elegir entre Alberuela de Monte o Teruel. Por fin tenía la posibilidad de tener la plaza en propiedad, para siempre. Y eligió Alberuela porque estaba más cerca de su Zaragoza, la ciudad que recordaba de su juventud y que mantenía en sus recuerdos congelados en un determinado instante de su vida. Tras la muerte de sus padres, su vida se asentó en Alberuela y por fin, sus raíces se establecieron en la seca tierra y se anclaron para siempre. Y ahora, posiblemente Alberuela necesitara de él para dirigirla. Y estaba dispuesto a hacerlo. Su mente era una vorágine de ideas, sueños y proyectos. La ansiedad no le dejaba descansar. Por primera vez en su vida, estaba sopesando la posibilidad de presentarse como candidato a la

alcaldía de su pueblo. Desde que Feliciano había lanzado su propuesta, en su fuero interno, sentía el deseo de presentarse a las elecciones.

Por un lado, entendía que su labor debería centrarse más en los aspectos que mejor dominaba y a los que él había dedicado su vida, es decir, la enseñanza y la escolarización de los niños. Sabía de los problemas que tenían algunas familias para poder llevar a sus hijos a la escuela, necesitados, como estaban, de la ayuda que sus pequeños podían ofrecerles en las labores cotidianas, aun siendo en pequeñas cosas. Su aportación, aunque naturalmente escasa, les proporcionaba un ahorro de tiempo a los mayores, el cual, dedicaban al trabajo en el campo.

Por otro lado, todo proyecto se sustentaba en unos recursos económicos de los que carecía el Ayuntamiento. Obvió este problema, por irresoluble, y se concentró en concretar y perfilar los conceptos básicos de su proyecto. Más tarde, si fuera necesario, se enfrentaría con el problema económico.

Lo importante ahora, era definir lo que quería proponer a sus conciudadanos. Su experiencia en el terreno docente, le había enseñado que la problemática de la enseñanza era absolutamente diferente cuando se enfrentaba la escolarización de los niños y niñas que vivían en la ciudad, con la escolarización de los niños y niñas que vivían en pueblos y cuyos padres tenían como medio de vida, su dedicación plena al campo y a las tareas agrícolas.

En primer lugar, los medios y las facilidades que tenían los niños de ciudad eran mayores. Las distancias desde sus domicilios hasta los centros de escolarización eran más cortas, con calles asfaltadas o empedradas, que permitían a los niños acudir a las clases,

independientemente de que lloviera o nevara. Por otro lado, las economías de sus padres con unos recursos económicos que se percibían regularmente cada semana o cada mes, producto de sus trabajos en fábricas, oficinas, comercios, etc., permitía a los padres “prescindir” de sus hijos en las tareas domésticas o de otro orden. El padre aportaba los ingresos de su trabajo, la madre llevaba la organización de la casa y de la familia y los hijos asistían al colegio. Este era el modelo asumido y aceptado por todos, como el más natural del mundo.

Sin embargo en el mundo rural, la cosa cambiaba por completo. Empezando por la diseminación de pueblos, que producía situaciones en las que no era posible tener un colegio, en cada lugar donde vivía gente. Solo en los pueblos con mayor número de habitantes, podían permitirse el lujo de tener un colegio con maestro, en los que enseñar a leer y escribir a los niños. Por tanto, a estos colegios debían acudir los escolares, desde los núcleos de población que no tenían escuela. El problema de la distancia y del mal estado de los caminos, dependiendo de la climatología, dificultaba la escolarización de esos niños, ocasionando en numerosas ocasiones, su no presencia en las aulas. Como consecuencia, muchos niños no iban a la escuela y crecían en las garras del analfabetismo que tanto daño hace a las naciones.

La economía rural, se caracterizaba, entre otras cosas, por la irregularidad de los ingresos en las arcas familiares, lo que forzaba a las mismas a desarrollar todo tipo de trabajo, además de las faenas de campo requeridas, dedicándose todos los miembros de la unidad familiar a colaborar en función de su edad, salud y sexo. Como es lógico, todo esto aportaba arena al engranaje de la escolarización, un engranaje que debería funcionar siempre perfectamente engrasado, si se quería

que el progreso y el bienestar presidieran el avance del país.

Los problemas no terminaban ahí. Los niños y niñas que tenían que desplazarse a otra localidad para asistir al colegio, no podían volver al mediodía a sus casas para comer y volver luego otra vez por la tarde. En algunos casos, cuando las distancias lo permitían, así lo hacían, pero en ese caso los niños presentaban síntomas de fatiga y hastío que tarde o temprano tenía como consecuencia el abandono del colegio. Y los que no, se arremolinaban en el recreo o en alguna aula, y sacaban sus tarteras de barro o aluminio donde sus madres les habían puesto la comida. — 57— Este hecho, aportaba una sobrecarga económica importante a las familias, que soportaban con resignación. Era lo que se conocía como la Escuela Única: en cada pueblo una escuela y un maestro. Hasta aquí, pensó, el meollo de la cuestión. Sin embargo en Alberuela del Campo, tenían una situación estable, en cuanto a número de niños asistiendo al colegio.

Al igual que en infinidad de pueblos, solo había un maestro. En tiempos de la II República había también una maestra que atendía a las niñas. Pero tras la finalización de la contienda civil, la maestra se marchó de Alberuela, huyendo de la represión que el gobierno franquista emprendió contra los maestros. Sin embargo, y al igual que durante la guerra, la represión no llegó y Conrado siguió en su puesto, cobrando la miseria que mensualmente le llegaba del Ministerio. Esto hizo que tuviera que desdoblarse y dividir a sus alumnos en varios grupos a los que atendía en diferentes horarios (en bloques de dos horas), independientemente de su género.

Cuando los niños terminaban sus dos horas de escuela, volvían a casa, donde colaboraban hasta donde

podían, en función de su edad y sexo. ¿Qué podía aportar él para mejorar este sistema? Se le ocurrió que tal vez el Ayuntamiento, pudiera contratar algún maestro en Zaragoza, y que estuviera dispuesto a venir a Alberuela, con vivienda y luz gratis, y un pequeño aporte económico. Los tiempos eran muy difíciles, y tal vez hubiera gente dispuesta a ayudar, aunque fuera el sueldo un tanto exiguo. Por otro lado, no se le ocurría nada más que ofrecer a los habitantes de Alberuela. Al fin y al cabo, su profesión era la que era, y tampoco podía ofrecer cosas que desconocía.

Con estos y otros pensamientos, Conrado cayó en los brazos de Morfeo, completamente agotado por el estrés de sensaciones sin fin, que, a cual más intensa, había experimentado en los últimos días.

Al día siguiente se levantó a las cinco de la mañana, y su estado de ánimo se encontraba un tanto alicaído, como resultado de sus cavilaciones nocturnas, dado que había llegado a la conclusión de que poco o nada podía ofrecer a sus convecinos. Después de almorzar un par de huevos fritos con tocino, acompañado de un vaso de vino tinto y café bien cargado, como le gustaba, empezó a animarse paulatinamente, para finalmente, llegar a la conclusión que los demás también lo tendrían difícil, ya que el Ayuntamiento de Alberuela del Campo, no gozaba de grandes ingresos con los que invertir en nuevos proyectos. «Ofreceré la posibilidad de traer un nuevo maestro o maestra para ampliar las horas lectivas de los niños en la Escuela. Además, — pensó, animándose por momentos— , lo importante es que se va a elegir a una persona, no por lo que pueda ofrecer en términos económicos, sino en función de la estima y confianza que generara en los electores, o sea sus vecinos».

Se sentó en una mesa que tenía junto a la ventana, y desde la que se divisaba la calle mayor del pueblo. Durante unos instantes, sus pensamientos se ausentaron, para observar el ir y venir de algunos habitantes que transitaban por la calle, camino de sus campos, dispuestos a iniciar una nueva jornada. Luego, sacó su estilográfica y unos folios, y se dispuso a plasmar sobre ellos, toda su visión sobre los momentos que se vivían y los que quedaban por llegar en Alberuela.

Era sábado y como un día cualquiera, y a su hora, tenía que ir a dar clase a sus alumnos.

Capítulo 5

Sábado, 9 de junio de 1945

Don Francisco Álvarez de la Cruz, ya jubilado, había nacido en Huesca en 1885, el año en el que falleció Alfonso XII, y había pasado su niñez y su juventud viajando de un lugar a otro, en razón de la profesión de su padre, Juez de Mérito, hasta que finalmente le otorgaron el nombramiento de Juez en un juzgado de Zaragoza con plaza en propiedad. Don Francisco hizo la carrera de abogado en la Facultad de Derecho de Zaragoza y fue un alumno brillante.

Emparentado por matrimonio con una de las familias más ricas de Zaragoza, su vida transcurrió entre juzgados y libros de derecho. Mediados los cuarenta, cedió al encanto de la política, participando de forma activa en la vida política de Zaragoza y de España, llegando a tener escaño en las Cortes Españolas durante el periodo 1931— 1934 perteneciendo al Partido Liberal de Alcalá Zamora. De ideas liberales y teniendo siempre presente su condición de aragonés, mantenía frecuentes roces con sus correligionarios de Madrid, propensos a olvidarse del resto de España y tendentes a confundir sus propios deseos, como deseos de los demás.

La imperiosa necesidad de infraestructuras en Aragón, clamorosamente solicitadas por los aragoneses, donde era necesario llevar y distribuir el agua del Ebro a campos que se morían de sed a pocos metros, era fuente

interminable de roces entre el centro y la periferia. Don Francisco no estaba dispuesto a que Madrid dejara de oír las voces airadas de Aragón, reclamando inversiones y atención desde la capital de la nación, por lo que cuando la ocasión lo propiciaba, recordaba a todos los miembros del Congreso, las justas quejas de los hombres de su tierra, que le proporcionaban abundantes enfrentamientos con miembros de su partido y que defendían intereses que en aquellos momentos, se interponían a los defendidos por don Francisco.

Poco a poco, aquello le llevó hacía un hastío que le provocó una especie de fobia hacia la política y los que a ella se dedicaban. Por otro lado, la familia de su esposa, con intereses económicos en muchos sectores de la industria y el campo, intereses partidistas e interesados, y contra los que siempre luchó don Francisco, empezaron a presionarle para que apoyara proyectos en los que la familia tenía importantes intereses. En 1934, estando al frente del gobierno, Alejandro Lerroux, se produjo el nombramiento de tres nuevos ministros, entre ellos el de Agricultura, pertenecientes a la CEDA, lo que motivó una importante revolución en toda España, convocándose una huelga general. El movimiento adquirió un cariz revolucionario, sobre todo en Asturias y Cataluña. Cada cual tiraba de forma descarada para sus intereses, amenazando con fragmentar el estado, haciendo oídos sordos a cualquier argumento que no les sirviera para fundamentar sus propios intereses.

Aquello terminó por consumir sus ya agotadas ilusiones y agobiado por la sinrazón y la locura generalizada, dimitió de todos sus cargos y abandonó la política de estado, no sin antes intuir todos los males que acechaban a la España del momento. La familia de su mujer, acogió la noticia, primero con sorpresa y luego con indignación. Eran momentos en los que peligraban

muchas cosas, pero en especial ciertas hegemonías, objetivo de las iras de los nuevos políticos que pugnaban con hacerse con el poder. Tras un terrible enfrentamiento en la residencia de sus suegros, don Francisco realizó ante ellos un alegato en defensa del interés general reprochándoles la falta de escrúpulos y egoísmo sin fin. Despechado y abandonado por todos, incluidos su esposa e hijos, abandonó la residencia de sus suegros, y se recluyó en la propiedad que había heredado de sus padres, y estos de los suyos, situada en Alberuela. Tenía entonces 49 años.

Se trajo consigo todos sus libros y documentos con los que formó una enorme biblioteca en su nueva residencia. Estaba decidido a recobrar la fe perdida en el ser humano, y nada mejor que recluirse en un lugar alejado, o mejor dicho, olvidado, de todo aquello en lo que había dedicado los últimos años y se propuso escribir sus memorias.

Caminante empedernido, emprendía excursiones de varias horas de duración sin separarse de su bloc de notas en el que anotaba cuanto veía y le llamaba la atención. Tenía en su casa, docenas de estos cuadernillos, perfectamente identificados, consultando sus notas con frecuencia. De vez en cuando, viajaba a Zaragoza o a algún otro lugar en su viejo, pero bien cuidado *Bentley*. Poseía más de doscientas hectáreas dedicadas al cultivo del cereal, que mantenía un vecino de Alberuela, con quien había llegado a un acuerdo. La finca, aportaba los ingresos necesarios para mantener a las dos familias. Don Francisco de hábitos espartanos, seguía un estricto y severo nivel de vida.

Hombre agradable y de mucho mundo, de fácil palabra y verbo fluido, era muy apreciado por sus vecinos, quienes lo consideraban como el hombre más culto del pueblo. Su señorial empaque, impresionaba a

primera vista. Tenía entonces sesenta años y se conservaba extraordinariamente bien de salud.

Aquella mañana le había visitado en su casa, Anselmo, el boticario. Era bastante temprano, no más de las ocho y media. De todos era conocida la afición de don Francisco a madrugar, levantándose durante todo el año a las siete de mañana. Cuando llegó la visita, el aroma de café recién hecho invadía toda la casa. Tras los saludos de rigor, don Francisco invitó a Anselmo a un café y a unos bollos, a lo que accedió gustosamente.

— ¿Cómo ha pasado la noche, don Francisco? — preguntó mientras daba vueltas a la cucharilla en la taza de café.

— Perfectamente. ¿Tenía que haber ocurrido de otra manera? — preguntó, mientras sorbía un poco de café.

— No, por supuesto. Es tan solo por la reunión de ayer, en el ayuntamiento. No pude dormir hasta bien entrada la noche.

— ¿Cómo es eso? ¿Acaso que sus vecinos quieran elegir un alcalde, tiene algo de anormal?

— ¡Hombre, don Francisco! No me diga usted eso. ¡Estamos en la España de Franco! ¿Acaso algo que huela a democracia, tiene algo de normal en esta España actual nuestra?

— Ya. Pero es que la España de Franco esta fuera de Alberuela. Empieza quinientos metros desde la plaza del ayuntamiento en dirección norte y trescientos en dirección sur. Aquí, estamos en otro sitio. Es un oasis en mitad de un desierto. — Anselmo se quedó de una pieza. No se esperaba semejante respuesta de don Francisco. Al

poco, comenzó a entender el alcance de las palabras del viejo político. Don Francisco siguió hablando.

— En el mundo hay situaciones curiosas. Le voy a poner un ejemplo. Considere usted un átomo de nuestro cuerpo. ¿Usted cree que es relevante para él, conocer si está formando parte de un brazo o del cerebro? Pues bien, Alberuela es un átomo dentro de la España de Franco. Aquí, las acciones que podamos realizar no son observadas por nadie, que no seamos nosotros mismos. Somos tan pequeños que dentro de la inmensidad, somos absolutamente libres, eso sí, siempre que seamos conscientes de nuestras propias limitaciones. Esto es fundamental. Somos un átomo, y tenemos unas ventajas y unos inconvenientes. Unas y otros nos definen perfectamente, y nos protegen de ciertos avatares que otros no pueden soslayar. Por otro lado, tenemos inconvenientes insalvables. En la medida que seamos conscientes de nuestra propia realidad y no pretendamos salirnos de ellas, estaremos perfectamente a salvo. Nosotros sabemos que pertenecemos a la España de Franco. Pero la España de Franco no sabe de nuestra existencia. Al menos, por el momento. Del mismo modo que el perro no se percata de que lleva encima a docenas de pulgas, en lo que al peso se refiere, el Estado, con mayúsculas, apenas si siente la presencia de alguno de sus hijos. Esto, se lo aseguro, lo aprendí yo con gran amargura, en mis tiempos en los que me dediqué a la política. Allí no se usan lupas y mucho menos microscopios. Los grandes proyectos obedecen a intereses puntuales, definido por los políticos, como de “interés general” lo que en realidad son intereses de unas minorías para los que se buscan los apoyos económicos y políticos necesarios. Lo cual no implica, que, si por alguna razón, se pasa la oportunidad política del proyecto, este quede en el más absoluto de los olvidos. Nosotros no formamos parte de un proyecto de “interés

general”. Por tanto no somos fuente de problema. Ahí está nuestra fuerza. Es la llamada fuerza del junco. Cualquier niño puede arrancar un junco. Pero ningún tornado es capaz de hacerlo.

Anselmo escuchaba con interés las palabras del ex político. Le había tocado vivir unos tiempos convulsos que dieron luego la oportunidad buscada a Franco para imponer su Dictadura, bajo el argumento de la España ingobernable tutelada por las “hordas comunistas”. Admiraba desde muy niño a don Francisco, porque en su casa, le habían hablado infinidad de veces de él, poniéndolo como ejemplo de hasta dónde podía llegar un hombre dedicado al estudio y a la ciencia. Al principio le molestaba las continuas referencias, pero conforme fue conociendo al — 64— personaje, fue creciendo su fascinación por él. Durante su época de estudiante, siguió con interés las vicisitudes de don Francisco en Madrid, donde tenía una participación activa en multitud de proyectos presentados por el Partido Liberal.

— Don Francisco, ¿ha considerado la posibilidad de presentarse para Alcalde? —le dijo.

Don Francisco se quedó mirando a Anselmo, con cara de circunstancias. Su rostro no manifestaba sorpresa ni rechazo.

— Pues sí. Sí que lo he considerado, no te creas. A lo largo de todos estos años he tenido mucho tiempo para analizar aquellos tiempos en los que estuve dedicado a la política en su más alta expresión, y de los que me quedó un amargo y retorcido recuerdo. Pero tras un análisis exento de emociones y que solo se logra haciéndolo desde la distancia que te proporciona el paso del tiempo, he llegado a la conclusión de que, fueron los intereses tan encontrados los que tiraron por tierra las ilusiones y esperanzas de muchos hombres. El que en un momento

dado, confluyeran una serie de intereses que superaban las capacidades de los mismos que las proponían, hizo imposible el diálogo y la gobernabilidad del estado. Los catalanes, incluso, llegaron a proclamar el Estado Catalán. Los asturianos, asumieron competencias propias del estado, como moneda, control de la producción, ejército. La confrontación de ideas es necesaria porque enriquece las ideas mismas enfrentadas. La existencia de intereses diferentes, es también necesaria porque ejerce como motor que nos mueve a realizar proyectos. Pero cuando la confrontación de intereses, supera las posibilidades que el diálogo y la confrontación de las ideas pueden ofrecer, entonces la ambición desmedida asume aquello de que el fin justifica los medios, y el lobo que cada uno llevamos dentro aparece y la sociedad se destruye. La depredación del hombre por el hombre. Afortunadamente, nada de lo que he mencionado, se produce en estos momentos en Alberuela. Aquí el clima es propicio para la realización de proyectos en beneficio de todo el pueblo. Aquí los grandes intereses no planean sobre nuestras cabezas. Es, en lugares como este, donde el aire es diáfano y transparente, donde puede una persona realizar una labor beneficiosa para el bien de todos. Sí. No te digo que no. Vamos a ver qué sucede esta tarde en el ayuntamiento cuando se reúna el Comité Electoral.

El plato de bollos estaba vacío y en la cafetera apenas si quedaba café. Don Francisco recogió, ayudado por Anselmo, la mesa donde habían desayunado. Cogió un libro, un cuaderno y unos prismáticos que tenía sobre la consola del comedor.

— Siguiendo mi inveterada costumbre, voy a darme un paseo hasta la alameda que hay junto al río. Ayer, en mi paseo diario, me pareció observar movimiento entre el ramaje, y creo que hay algún nido de

perdiz. No es que yo sea cazador ni vaya a capturarlos para hacer algún guiso, pero me gusta observar sus evoluciones desde la distancia.

— Desconocía sus aficiones ornitológicas, don Francisco.

— ¿Quieres acompañarme? Te aseguro que te gustará un paseo por el campo. Es muy agradable.

— Me gustaría. Pero tengo que ir a casa de Casiano a llevarle una medicina. Al parecer está otra vez con ataque de gota y no se puede mover de casa. Y su mujer, a punto de dar a luz.

— O sea, farmacia a domicilio —dijo sonriendo don Francisco— No está mal. Puede que sea una idea novedosa.

— Pues casi. Y luego tengo que preparar unas pomadas y unos sobres para un catarro y una ciática. En fin, que tengo trabajo.

— Pues bien que lo siento. Ya sabes que a mí me gusta conversar con personas inteligentes. Es un placer al que me cuesta renunciar. Y hacerlo en medio del campo, es casi idílico.

Los dos salieron de la casa de don Francisco, y cada uno tomó un camino distinto. Al salir, don Francisco cogió del paragüero una gruesa vara de fresno que le servía como bastón en sus excursiones campestres.

Don Moisés, contra su costumbre, se había despertado temprano, sobre las ocho. Explicaba a todo el que quisiera escucharle, que tenía, en su opinión, dos defectos, uno menor y otro execrable: le gustaba trasnochar y levantarse tarde. Nunca reveló ni aclaró,

cuál era el menor y cual el execrable. Su familia era oriunda de Alberuela desde generaciones que se perdían en el tiempo. La casa familiar estaba situada en la plaza de España, frente por frente al ayuntamiento. Era grande y espaciosa y sus muros albergaban una construcción de tres plantas. La puerta principal, situada en el centro del edificio, estaba flanqueada por otras dos puertas que servían como entrada del servicio, y la otra más grande con dos hojas, estaba destinada para entrada de caballerías y carruajes. La principal tenía sobre el alféizar, el escudo familiar consistente en un panel de cuatro cuartos, con la estrella de David en cada cuarto. Don Moisés era el hijo mayor de Don Moisés Garos Molina y de Doña Engracia Bernstein Muñoz de Zaragoza. El matrimonio tuvo además una hija, María, dos años menor que Moisés. Las actividades de la familia estaban vinculadas a la fabricación de Harinas panificables, poseyendo tres fábricas de harinas en Bujaraloz, Sariñena y Alberuela. Así mismo, tenían grandes fincas dedicadas al cultivo de trigo, no solo en Alberuela, sino también en Sariñena, en la provincia de Huesca. Don Moisés fue enviado a Zaragoza, cuando contaba apenas con ocho años, para realizar sus estudios. Internado en el colegio de los Corazonistas, recibió una educación cristiana en lo ético y de estricta rigidez en lo que a otros aspectos se refiere. Cuando terminó sus estudios de bachiller, comunicó a sus padres su interés por realizar los estudios de Medicina, cosa que contrarió a su padre e hizo inmensamente feliz a su madre. Pero don Moisés padre, al que le hubiera gustado que su hijo hubiera dedicado su intelecto al estudio de las técnicas del Campo y Administración de Explotaciones Agropecuarias, aceptó como inevitable la decisión de su hijo, de dedicar su vida a la salvación de otras. ¡Si al menos hubiera querido ser veterinario!

Realizó sus estudios con éxito y con 26 años ya ejercía de médico en el Hospital de Santa Engracia en la capital maña. Se especializó en traumatología, gozando de un merecido prestigio entre la clase médica por sus innovadores métodos quirúrgicos que acortaban los periodos de convalecencia en muchos días, respecto a otros procedimientos que eran tradicionalmente utilizados por otros colegas. Mientras, su hermana María se había casado con un joven de Grañén, perteneciente a una familia de agricultores con un patrimonio importante, y de gran raigambre en la zona. Esta boda apesadumbró todavía más a Don Moisés, el padre de María, que veía de esta forma agravarse los problemas planteados por la negativa de su hijo a continuar con la tradición y negocio familiar.

En 1924, cuando contaba 30 años contrajo matrimonio con Elena Garzón Veguer de la que tuvo dos hijas: Carola y Eugenia. Cuando en 1936, se produjo el alzamiento nacional, Moisés, republicano hasta la médula, se marchó a Valencia para incorporarse a las tropas fieles al gobierno constitucional. Sin embargo, al año de guerra, el destacamento al que pertenecía y en el que ejercía las labores de médico, fue capturado por los nacionales en una operación sorpresa y trasladado a Teruel y de allí a Zaragoza. Una vez en la ciudad del Ebro, y enterado el Coronel que mandaba el batallón, de la presencia del eminente cirujano entre el grupo de prisioneros que habían puesto bajo su custodia, mandó que lo trajeran de inmediato a su presencia.

Conocía su pericia y le propuso servir al ejército de Franco, dirigiendo el hospital de campaña, que pondría de inmediato, bajo su dirección. Moisés, cuyo primer impulso fue el de mandarlo a escampar, se lo pensó mejor y recordó que su función principal era la de salvar vidas humanas, y en aquel hospital de campaña había un

gran número de heridos a los que podría ayudar a sobrevivir. Además, había podido percibir que la enfermería del hospital estaba magníficamente provista, bien al contrario de la que tenía en el otro bando, en el que apenas había medicamentos, vendas e instrumental quirúrgico. Su labor al frente del hospital de campaña fue calificada de muy brillante, y al finalizar la guerra, sus “antecedentes” fueron olvidados.

Regresó a Alberuela, donde ya residía su mujer y sus hijas desde el comienzo de la guerra civil, con gran contento de todos, en especial de su padre. Fue entonces cuando decidió hacerse cargo de los negocios familiares a la vez que establecía una consulta médica en Alberuela. No tuvo mayores problemas para ponerse al día sobre los negocios familiares. Su padre, un organizador nato, había dotado a cada harinera de responsables de confianza que controlaban la producción y las compras, manteniendo con ellos reuniones semanales en las que supervisaba y daba el visto bueno a los números de las explotaciones. Por un porcentaje de los beneficios, tenía establecidos convenios con agricultores para la explotación y cuidado de las tierras de cultivo. Don Moisés padre, se limitaba a visitarlos regularmente para tener una idea bastante aproximada de la marcha de los cultivos, así como de la producción estimada. De esta forma, padre e hijo comenzaron a trabajar juntos en la administración de la hacienda familiar. Todos cuantos conocían al padre, manifestaban el enorme orgullo y alegría que suponía para don Moisés el tener a su hijo haciéndose cargo de los negocios familiares.

Aquella mañana, Don Moisés acudió a la consulta a la hora acostumbrada, es decir a las once. Ya tenía dos personas esperando. Uno era Feliciano, acompañado de su mujer Rosario. Manejando el arado, le había caído encima de la mano izquierda una de las piezas de la reja.

Al momento, aunque sintió dolor, se le paso pronto, por lo que pudo seguir trabajando. Pero a las pocas horas, la muñeca comenzó a inflamarse produciéndole un intenso dolor al menor movimiento. Llevaba la muñeca con un vendaje que le había hecho su mujer, y su rostro reflejaba el mal momento por el que estaba pasando.

El otro paciente, era una mujer acompañada de su hijo. Rosita, la muchacha que hacía las veces de recepcionista y de enfermera improvisada, ya le tenía preparadas las dos fichas encima de su mesa escritorio. Don Moisés tenía establecido con sus pacientes, un sistema conocido en el vocabulario popular como la “igual”, y que consistía en pagar mensualmente una cantidad, se hubieran o no, utilizado los servicios del médico. A cambio, cuando era necesaria la visita del galeno, este no la cobraba. Simple, pero efectivo y necesario. Como vio la cara de sufrimiento de Feliciano, lo hizo pasar de inmediato a la consulta.

— Pero hombre, Feliciano, ¿cuánto tiempo llevas con la muñeca así? —le pregunto mientras deshacía la venda.

— Desde ayer por la noche. He pasado una noche de perros, y no he podido pegar un ojo.

— Pero, ¿cómo no me has avisado, hombre? Por cierto, Rosario, la venda está muy bien hecha, pero otra vez, no la aprietes tanto, mujer.

— Tenía entendido que se tenía que poner fuerte, para que sujetara los huesos.

— Ya. En estos casos, es mejor poner hielo o agua fría. Es para bajar la inflamación. Y mejor aún, haberme llamado.

Procedió a auscultar la muñeca y el brazo de Feliciano. La inflamación era importante, y podía corresponder a una rotura. La piel, muy tersa y brillante, estaba ligeramente enrojecida y presentaba bastante temperatura.

— Lo que voy a hacer te va a doler. Pero debo comprobar si hay rotura.

Con toda la precaución de la que era capaz, movió la mano de Feliciano con un movimiento rotativo. Este apretaba los dientes con el rostro tenso por el dolor, mientras unas gotas de sudor, comenzaron a aparecer en su frente.

— Lo siento Feliciano. No sé, tengo la impresión de que no hay rotura. Vamos a hacer una cosa. Voy a ponerte una pomada que es antiinflamatoria para ver cómo reacciona tu muñeca. Lo cabal sería hacerte una radiografía. Pero con esta inflamación no nos serviría de nada. Vamos a dejar que actúe la pomada y cuando te rebaje la inflamación, veremos si es necesaria la radiografía. Eso, ya sabes, un viaje a Zaragoza. Y el día perdido. Además te tomarás estas pastillas que son un calmante contra el dolor. Ahora, cuando llegues a casa tómate dos, y luego cada seis horas, solo si te doliera mucho. Si ves que remite el dolor, las vas espaciando, primero a ocho horas y luego a doce.

De la vitrina situada a un lado de la consulta tomó una pomada, y procedió a frotarle la parte afectada con ella.

— Supongo que esto no te impedirá asistir esta tarde a la reunión del Comité —le dijo mientras actuaba.

— No sé. Espero que no. Pero si me duele como hasta ahora, me parece que tendréis que disculparme, porque te aseguro que no estaré para oír letanías.

— Lo comprendo. Pero verás cómo esta pomada te relajará y sentirás un gran alivio. Una cosa, las pastillas que te he dado, tómalas junto con algún alimento, no las tomes a palo seco.

— ¿Puedo tomarlas acompañadas con algún trago?
—dijo Feliciano con una sonrisa maliciosa

— Hombre Feliciano. ¿Cuántas veces no me habrás oído decir, que los medicamentos no pueden tomarse con alcohol? —dijo con fingido malhumor.

— Un millón de veces. Sí hombre, sí. Que ya estamos al tanto. Por cierto que me estás haciendo ver las estrellas a plena luz del día. No me aprietes tanto.

— Es inevitable Feliciano. La pomada debe ser absorbida por la piel. No es cuestión de ponerla por encima y ya está. Bien, ya termino. Ahora te voy a vendar de nuevo. Fíjate, Rosario. Sin apretar mucho. Es tan solo para proteger de algún pequeño roce. Mañana, aunque sea domingo, pásate por aquí a esta misma hora. Te volveré a poner pomada y veré cómo va la muñeca.

Feliciano, terminó de ponerse la chaqueta con ayuda de su mujer, y se despidió hasta la tarde. Don Moisés, les entregó las pastillas contra el dolor, acompañándoles hasta la puerta. Luego indicó a la mujer y a su hijo, que esperaban en la sala, que pasaran a la consulta. Todavía quedaban dos personas más esperando.

Quien más, quien menos, pasó aquella mañana haciendo sus quehaceres de forma habitual, pero con las mentes puestas en la reunión que tendría lugar por la tarde. Los extraordinarios sucesos acaecidos, hacía escasamente 48 horas, habían trastocado totalmente la vida social de Alberuela. Sus habitantes, de natural tranquilo y sosegado, se habían entregado al juego

prohibido, con la ilusión de un niño que, en nada ve maldad o peligro. La sensación de estar haciendo algo prohibido añadía un morbo a la cuestión a la que nadie parecía renunciar. Ciertamente, la elección de un alcalde no era una cuestión sin envidia, pues todos los días se nombraban alcaldes en los numerosos pueblos de España, pero hacerlo a espaldas de las autoridades, y elegirlo de forma democrática era absolutamente otra cosa. Y además podía llegar a ser peligrosa. Pero nada de esto parecía importar a los ciudadanos de Alberuela del Campo: tal era el convencimiento que tenían del abandono del que eran objeto, por parte de las autoridades provinciales.

Así es que se disponían a nombrar, como la cosa más natural del mundo, ignorando los tiempos que les había tocado vivir, al alcalde del pueblo. Poco a poco, se fue acercando la hora en la que tenía señalada su comienzo la reunión de la Comisión Electoral, en la que se iban a determinar las normas por las que se regirían los comicios, y tal vez, se supiera quienes iban a presentar sus candidaturas a la alcaldía del pueblo.

No era una Asamblea General pero a los ojos del pueblo, la reunión era de una importancia extraordinaria. No era de extrañar, por tanto, que una hora antes de la establecida, se fueran congregando en la plaza del ayuntamiento, grupos de personas, formando corros en los que iban tomando conciencia colectiva de lo que opinaban unos y otros. Cada cual, aventuraba sus candidatos con el fin de conocer los de los demás, y de esta forma, hacerse una idea aproximada de por dónde iban las preferencias de los vecinos.

Cuando llegó la hora de la reunión, había una gran expectación entre los numerosos vecinos congregados ante la puerta del Ayuntamiento. No faltaba nadie. Los más pequeños jugaban a diversos juegos y efectuaban

veloces carreras entre ellos, sorteando con habilidad a los presentes en la plaza, y levantando airadas protestas, sobre todo de los más mayores, ante el inminente peligro de llevarse a alguien por delante. Pero pronto acallaban las protestas, y nuevamente se integraban en los corros para seguir con las conversaciones. Los había que estaban dispuestos a oír, unos, y a opinar otros. Pero nadie quería quedar fuera del acontecimiento social más importante, sucedido en Alberuela del Campo en los últimos cien años.

De los más viejos, ninguno se acordaba de un acontecimiento que superara a aquel, en expectación e interés popular.

Capítulo 6

Los componentes de la Comisión Electoral, llegaron casi juntos, en dos grupos. En el primero llegaron Feliciano, el alcalde, Manuel el Secretario, don Francisco y Santiago. Llegaban en animada conversación y tras ellos, a los pocos segundos, Conrado y don Moisés. Los seis, se juntaron ante la puerta del Ayuntamiento, donde rápidamente fueron rodeados por sus convecinos.

Tras un intercambio de pareceres, se decidió que, aunque la reunión era del Comité Electoral, y ante el interés que la misma había despertado entre los vecinos, estos, pudieran acceder al Salón de Plenos, y asistir a sus deliberaciones. Todavía estaban a las puertas del ayuntamiento, cuando sofocado y a la carrera, llegó don Emilio, el cura, quien pidiendo excusas por la tardanza, se adentró directamente en el ayuntamiento, lo que provocó que los demás entraran detrás, dando la impresión, de que todos estaban aguardando su llegada para comenzar la reunión. El hecho no pasó desapercibido para la mayoría de los presentes. Don Moisés, movió la cabeza de un lado para otro, mascullando algunas palabras. ¡Demonio de cura! exclamó, a la vez que cogía del brazo a Conrado para pasar dentro, quien sonreía ante la picardía del sacerdote, provocada intencionadamente.

Cada uno de los siete, tomo asiento alrededor de la mesa, situándose en el mismo lugar que el día anterior. Se les notaba contentos y comentaban en voz baja, al

observar el gran número de personas que se había congregado en el Salón de Plenos y que ruidosamente comenzaban a tomar asiento. En un primer momento, las primeras filas fueron ocupadas inmediatamente por los más jóvenes, en su afán de coger las mejores localidades, antes de que lo hicieran los mayores que accedían al salón de forma más calmada y sosegada. Sin embargo, no les valió de mucho la estratagema, pues enseguida los mayores, reclamaron los asientos que ocupaban los mozalbetes, enviándolos a jugar a la plaza sin permitirles rechistar lo más mínimo.

El alcalde, Feliciano, tomó la palabra y en muy breves palabras hizo la introducción, cediendo inmediatamente la palabra al Secretario, quien sin dilación alguna comenzó a explicar a los miembros de la Comisión, todo lo que tenía preparado para la ocasión. Lo hizo en voz alta, para que los asistentes oyeran claramente sus palabras.

— Aquí tengo preparadas algunas anotaciones sobre cuál puede ser el proceso a seguir. Os lo voy a exponer, y luego, si os parece, lo discutimos y tomamos la decisión que sea. Desde luego, el proceso es muy simple y sencillo — todos asintieron en silencio, por lo que Manuel prosiguió su alocución. —En primer lugar, entiendo que deberíamos establecer las condiciones de los electores. Dado que en el pueblo, nos conocemos todos, únicamente deberíamos establecer la edad mínima. En mi opinión, dieciocho años sería la edad correcta. Luego, fijar el calendario en el que se determine los plazos de presentación y formalización de candidaturas; duración de la campaña electoral y señalar el día de las votaciones. En cuanto al método, el de siempre, una urna en el ayuntamiento y cada votante deposita una papeleta, donde haya escrito, de forma clara, el nombre del elegido. Nombrar una Mesa

Electoral, compuesta por un presidente, un secretario y un vocal, quienes serían los que realizarían el escrutinio y comunicarían el resultado. Por descontento que ninguno de los candidatos podrá formar parte de esa mesa. También podría hacerse a mano alzada, pero me parece más complicado, porque tendríamos que hacerlo en un acto multitudinario y no sé si tenemos local suficiente para albergar a tanta gente. Lo mejor es que se ponga un horario el día de la elección, y que cada cual vote dentro de esas horas, cuando mejor le venga.

Manuel miró a sus contertulios, dando por finalizada su intervención inicial, dando paso a las opiniones de los demás. Conrado se preparó para intervenir.

— A mí me parece perfecto. Breve, claro y conciso. Creo que en lo que ha expuesto Manuel, están perfectamente recogidos todos los pasos que hay que dar. Por mi parte, y en cuanto al plan en general, totalmente de acuerdo.

Todos asintieron, aceptando lo expuesto por el Secretario.

— A ver, ¿dónde hay un calendario? —dijo Manuel, a la vez que se volvía hacia Feliciano quien ya le alcanzaba un calendario de una empresa, que fabricaba gaseosa de las denominadas de “*pito*”. —Vamos a ver, hoy estamos a 9 de Junio, sábado. ¿Cuántos días ponemos para que se presenten los candidatos? Yo propongo una semana. ¿Os parece que el lunes, 18, se reúna esta Comisión para ver las candidaturas presentadas y nombrarlas oficialmente? —comentario generalizado de aceptación. —Luego nos queda la campaña electoral ¿Creéis que debemos hacerla? O pasamos de ella, y damos un tiempo de reflexión a los votantes antes de votar. A ver, opiniones.

— No sé —dijo don Francisco— tal vez parece algo exagerado montar una campaña electoral al estilo que conocemos, pero algo sí que podríamos hacer. Y es que una vez que se sepa el número de candidatos, podríamos determinar que, cada uno de ellos, un día cada uno, o todos en un día, dependiendo del número, a una hora determinada y aquí, en el Salón de Plenos del Ayuntamiento, nos expongan a todos, cuáles van a ser los proyectos que quieren desarrollar. Luego dejamos un día de descanso, y al siguiente se produce la votación.

— Por mí de acuerdo —dijo Conrado

— ¡Pues a mí me gustan más los mítines! —Dijo alguien de entre el público, entre voces de « ¡eso! ¡eso!» y sobre todo si hay enfrentamientos “*dialéticos*”.

— ¿Y no habrá convites en las casas de los candidatos? —dijo otro, animado por la intervención del anterior —Porque digo yo, que el candidato, tendrá que poner algo de su parte para ganar el voto ajeno. Y hombre, unos “vínicos” y unos tacos de jamón o de “*choricico*”, tampoco valen tanto.

Gritos y aplausos acompañaron las palabras finales del interviniente. Se había roto la solemnidad inicial, y cada cual, perdida la vergüenza, participaba y exponía su parecer como mejor le parecía.

— Hombre, eso habrá que dejarlo a la voluntad del candidato —intervino el Secretario— pero no creo que le hiciéramos muchos ascos a la invitación. El problema es el tiempo. No podemos estar enfrascados en este tema mucho tiempo, por las razones que todos sabéis y que no hace falta que os explique. Pero si os parece, tomamos en consideración lo que ha dicho Don Francisco, y el próximo lunes, a la vista de las candidaturas, se determina el día que cada candidato se dirige al pueblo

en este mismo lugar. Hombre, si el candidato quiere traer unos porrones y un picoteo, pues muy bien, se lo agradeceremos todos y a la vez aguantaremos mejor la perorata.

El rumor de voces que se produjo, se apoderó del Salón de Plenos. Comenzaron, de nuevo, a aparecer nombres de los posibles candidatos. Como había ocurrido hacía unos meses, se volvieron a confeccionar las listas de favoritos, pero esta vez, a diferencia de aquellas, el elegido saldría de la decisión mayoritaria de los habitantes de Alberuela. Con la misma vehemencia que entonces, todos comentaban en voz alta sus puntos de vista. Todos manifestaban sus preferencias, tratando de traer hacia su propia opinión, las de los demás. Los que formaban la Comisión, escuchaban sonrientes los animados comentarios que se hacían en la sala. Observaban, no sin regocijo, como todos participaban de buena gana del proceso que estaba a punto de comenzar. Se miraron entre ellos, intercambiando miradas y sonrisas cómplices. ¡Quién podía imaginarse aquello, tan solo hacía tres días!

Mientras que la gente, de forma distendida, hablaban entre sí, sin considerar que su presencia en el Salón de Plenos era en calidad de asistentes a las deliberaciones de la Comisión, los miembros de esta se dedicaron a perfilar y concretar entre aquel estruendo, los plazos del proceso electoral.

Definitivamente éste comenzaría el lunes 11, abriéndose un plazo de siete días para la presentación de candidaturas, el cual terminaría el domingo 17 a las doce de la noche. El lunes 18, a las ocho de la tarde, se procedería a la confirmación y proclamación de las candidaturas. Iniciándose inmediatamente la campaña electoral. En función de los candidatos presentados, cada día, comenzando el martes, a las ocho de la noche, cada

candidato tendría a su disposición el Salón de Plenos, y durante una hora podría, si así lo deseaba, dirigirse a los asistentes para explicar lo que creyera oportuno.

Tras el turno del último candidato, se dejaría un día de reflexión, sin actos, celebrándose la votación al día siguiente, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, momento en que se cerraría la urna y se procedería al recuento de votos. Se decidió que cada candidato, podría organizar si lo deseaba, algún acto o reunión distinta a la del Salón de Plenos, a condición de que el horario de su celebración fuera a partir de las 7,30 de la tarde, con el fin de garantizar a todos los candidatos, igualdad, en la posibilidad de asistencia de los vecinos.

Todos los presentes en el Salón, escuchaban con gran silencio, roto en momentos puntuales para aceptar con satisfacción lo acordado, mientras don Manuel, el Secretario, les resumía lo que, finalmente, había acordado la Comisión. Se aprobó asimismo, que todos los mayores de 16 años pudieran votar. Puesto todo el mundo de acuerdo, satisfechos y felices, comenzaron a abandonar el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Alberuela. La Comisión fue abandonando sus asientos, y se dispusieron a salir, junto a los demás. En medio de este entusiasmo generalizado, nadie pareció caer en la cuenta, sobre la actitud expectante y silenciosa, mantenida durante toda la noche por don Emilio, el párroco, atento observador de todos y cada uno de los detalles producidos, de todas y cada una de las frases dichas, tanto en la mesa de la comisión, como en los asientos del Salón. No pronunció palabra alguna, pero no se le pasó por alto ningún detalle de la reunión. No se dirigió a nadie, ni nadie se dirigió a él. La realidad es que para la mayoría, su presencia pasó absolutamente inadvertida. Por la expresión de su rostro, no podía

deducirse lo que pasaba en el interior de su mente, sobre lo sucedido en el Salón de Plenos. En cualquier caso, nadie extrañó su presencia, si acaso alguien había reparado en ella. Y él tampoco pareció tener intención alguna de hacerse notar. Cuando se levantó la sesión, salió el último del Salón de Plenos sin despedirse de nadie y ya en la calle, pareció recobrar su imagen de siempre. Contestó con amabilidad pero de forma ambigua y evasiva, a todos aquellos que le preguntaron sobre su parecer y sobre si tenía algún candidato. Tal y como había dicho durante la sesión de constitución de la Comisión Electoral, su papel en la misma, era la de simple observador. Y hasta el momento, ese parecía el papel que estaba interpretando. Seguidamente, enfiló la calle que le conducía hasta su casa.

Capítulo 7

Los grupos que se habían formado en la plaza, se mantuvieron hasta pasadas las diez de la noche. Al ser sábado, las comadres, grupo formado por mujeres casadas, o solteras que ya habían renunciado a cambiar de estado, casi definitivamente, estaban reunidas como era su costumbre, bajo los porches, a la diestra del Ayuntamiento. Formaban un nutrido grupo, cuya composición en número variaba de unas reuniones a otras, sentadas en sillas que ellas mismas habían traído de casa, distribuyéndose en un amplio círculo que recordaba a los antiguos griegos cuando se reunían en el Ágora. Comentaban todos los sucesos que ocurrían en el pueblo, haciéndose eco de todos los chismes que circulaban de boca en boca. Mientras, algunas se entretenían en labores de punto o ganchillo, que interrumpían según el interés del tema que trataban en aquel instante, o bien cuando participaban activamente con algún comentario. Naturalmente había temas que les gustaban más que otros. Pero en general, nada se escapaba al comentario mordaz o irónico. Este senado matriarcal, reunido en sesión, no admitía la presencia de hombres ni de jóvenes, ahuyentándolos con grandes voces y veladas amenazas, si acaso alguno, haciendo caso omiso de las reglas, se acercaba demasiado, con el fin de oír lo que hablaban. Únicamente, los niños pequeños que estaban al cuidado de sus madres, podían estar dentro del círculo o en sus inmediaciones. Los hombres, concedores de las reglas que regían y que eran aplicadas

estrictamente por las mujeres, procuraban no exacerbar los ánimos de éstas, manteniéndose apartados del grupo.

En alguna ocasión, cuando alguien deseaba molestarlas, se hacía el somardón y se acercaba al grupo de forma disimulada. Cuando era descubierto, lo que invariablemente ocurría a los pocos segundos de iniciada la maniobra, se armaba la remolina entre el enfado de unas y las risas y chanzas de los otros.

El tema al que estaban dedicadas aquella noche, eran unos comentarios que relacionaban a una mozalbeta del pueblo, con un mozo de Montañana que, según los mencionados rumores, venía una vez al mes, a ver secretamente a la moza. Ambos se veían a hurtadillas en las afueras del pueblo, un lugar que denominaban la alberca, y que por la frondosidad de su arboleda, era un lugar perfecto para pasar desapercibido. Las visitas, por lo secreto de las mismas, eran motivo de escándalo entre las comadres. Secreto era sinónimo de pecado. Máxime, si se tenía en cuenta que la madre de la muchacha, no se encontraba en ese momento presente en el grupo de las reunidas.

La familia aludida, vivía a las afueras de Alberuela, y aunque perfectamente integrada en el pueblo, pertenecía al grupo de los “forasteros”, es decir, personas que aunque residían en el pueblo, no habían nacido en él. Habían llegado al pueblo hacía ya treinta años, con motivo de las obras de acondicionamiento de un camino forestal, y que empleó a un gran número de trabajadores. Eran forasteros por definición, y el apodo les acompañaría un largo e impredecible periodo de tiempo. El tema estrella, el de las elecciones a alcalde, lo ventilaron en un momento, con el comentario despectivo de “son cosas de los hombres, que la tienen juguetona” y así, sin más, se dio por zanjada la cuestión. La verdad es que a la mayoría de ellas, les traía sin cuidado toda la

movida que alteraba al pueblo. Algunas de las mujeres que trataron de volver a introducirlo como tema de conversación, fueron rápidamente acalladas.

Los hombres formaban en varios grupos, sentados unos sobre las aceras, otros directamente en el suelo, algunos en sillas, y otros simplemente de pie. En estos grupos, se tenía como único tema el de las elecciones. Todos estaban de acuerdo en la forma en que se iba a desarrollar el proceso, y se hacían cábalas sobre quienes podrían ser los candidatos. De nuevo se volvían a las listas de siempre, y unos y otros alababan o criticaban aspectos de unos u otros candidatos. Los componentes de la Comisión Electoral, andaban dispersos entre los numerosos grupos. Conrado se hallaba en un grupo de aquellos, y a su lado tenía a su inseparable amigo Manuel, el secretario. Junto a ellos, ocho o diez personas formaban un cambiante grupo.

— Yo creo —decía Manuel— que puede salir todo muy bien. Espero no obstante, que no se presenten muchos candidatos, porque eso sería un lío.

— No creo —le respondía Conrado— que se presenten muchos, a lo sumo tres o cuatro. Pero imagínate que no se presenta ninguno ¿qué hacemos?

— Pues eso no se me había pasado por la cabeza. ¡Mira que si después de todo, se queda todo en agua de borrajas! Pero no lo creo. Yo coincido contigo en que al menos tres o cuatro candidatos se presentaran. —dijo Manuel

— ¿Y quién piensas tu que se puede presentar? —le pregunto un tertuliano

— No sé. Tengo en mente a varias personas. Pero tengo mis dudas sobre si lo harán. —dijo Manuel.

— Ya ¿pero en quienes piensas? —insistió el otro

— Pues hombre, pienso en don Francisco, en don Moisés, en Anselmo...

— ¿Don Moisés? —recalcó el otro

— Sí. Don Moisés. ¿Por qué no? ¿Qué problema les ves? —inquirió Manuel.

— Hombre, pues que si se presenta don Moisés, ya tenemos lío en el pueblo en cuanto se entere don Emilio. ¡Pues bien están las cosas entre los dos! Rápidamente don Emilio se opondría con todas sus fuerzas.

— ¿Y qué pinta don Emilio en todo esto? ¿Qué tiene que ver con la gente que quiera presentarse? Pues estaríamos bien, si ahora dependiéramos de que lo que le guste o no le guste al cura del pueblo —medió Conrado con cierto tono de malhumor.

— Lo que tú quieras Conrado, pero si a don Emilio se le cruza una idea o una persona, ya le conoces, no sé cómo reaccionaría. Igual le daba por contarle todo al Gobernador Civil. ¡Anda y fíate! —dijo otro

— Bueno —medió Manuel— no nos precipitemos y saquemos las cosas del tiesto. Esperemos en primer lugar a ver quién se presenta, y luego ya veremos lo que pasa. De todas formas, ya visteis que don Emilio, dio su conformidad al proceso, y ya habéis visto que esta tarde no ha abierto la boca para decir “esta boca es mía”. Por cierto, y ahora que caigo, ¿Dónde está? ¿Lo habéis visto por algún sitio?

— Si, yo le he visto. Se fue rápidamente hacia su casa. —dijo un mozalbete que asistía a la reunión en silencio pero sin perderse un ripio de lo que allí se decía,

emocionado, por poder aportar una información importante a la reunión.

— Qué raro. Bueno, tendría prisa, porque ya visteis que también llegó tarde. —dijo Conrado.

Don Moisés se encontraba en un grupo cercano al de Conrado, y discutía acaloradamente con un vecino. Decía éste, que le parecía una insensatez toda aquella locura colectiva y que las consecuencias podían ser fatales para todos, “justos por pecadores”, según su expresión. Don Moisés, no estaba por la labor de admitir una baja de miras tan evidente.

— Vamos a ver, Honorio —le decía.— ¿En qué te basas tú para calificar esto de locura colectiva?

— ¿Pero es que hace falta demostrar lo que es evidente? No sé si tú te das cuenta donde estamos. ¿Qué crees que ocurrirá, si se enteran en Zaragoza? Pues que vendrá el ejército con tres o cuatro camiones con soldados, nos montaran a todos los hombres en ellos, y todos para Torrero. Y si hay suerte, espero que no lleguemos al final del paseo (1), y nos quedemos en la “posada” que hay a medio camino.

— ¡Hombre de Dios! Tú sí que te lo tomas por lo tremendo. ¡Qué barbaridad! Es evidente que nadie tenemos asegurado el futuro. De hecho, nadie puede asegurar que va a estar vivo el minuto siguiente. Pero las posibilidades de que esto ocurra no son muchas ¿verdad? Vamos a ver. Haz uso de tu memoria histórica. ¿Cuántas veces has visto tú en tu vida al Gobernador de Zaragoza? ¿De verdad te crees que hay alguien que pueda informarle de lo que ocurre aquí, ya sea sobre esta locura colectiva que tú dices, o de las necesidades perentorias que tenemos en este pueblo? ¿Acaso crees que se enteran de lo que pasa en esta comarca? Cuando hay sequía, ¿se

han interesado alguna vez si puedes alimentar a tu familia? No, claro que no. Por supuesto que si lo supieran, tendríamos problemas. Pero aquí de lo que partimos y valoramos, es sobre el supuesto de que no lleguen a enterarse nunca. Por lo demás, ¿es que ahora te has vuelto franquista y por tanto alérgico a la democracia? –Honorio parecía confundido.

— ¡Claro que no! Pero nunca se sabe con quién te la juegas. Y en estas cosas de la política, y más con Franco por medio, los errores se suelen parar muy caros. – Honorio pareció remitir en sus críticas. Otros tomaron la palabra para plantear otras cuestiones, y nuevamente la conversación dejó de estar polarizada en dos personas.

Todos hablaban a la vez, según la vieja tradición española, y todos lo hacían con el mejor de los propósitos, pero entre estos, no se incluía el escuchar al contertulio, que evidentemente, bajo el punto de vista propio, no estaba en lo cierto.

Feliciano, con el brazo en cabestrillo, departía en un grupo junto a la fuente. Formaban un grupo curioso, pues al parecer todos tenían una parte de su cuerpo lastimada. Cosme, vecino de Feliciano, también tenía su mano izquierda protegida con un vendaje. Según comentaba, mientras movía piedras en su finca, algo le había picado y al poco tiempo, se le había inflamado. El médico le aplicó una pomada y un vendaje de protección. A su lado, Martín, apodado el negro, también presentaba una venda que le cubría el lado derecho de la cara, tapándole un ojo. Se había golpeado la cara con una higuera, y salió mal parado el ojo. El resto, al menos aparentemente, tenían todo en orden. En el grupo se comentaba sobre el gesto de Feliciano al renunciar a su alcaldía.

— La verdad, Feliciano. Lo que has hecho no es normal. Te lo digo yo. Para luego renunciaba yo, si me hubieran nombrado a mí. —dijo Cosme.

— Pero bueno. ¿Tú a que crees que he renunciado? —contestó Feliciano.

— ¿Ah? Yo creía que habías renunciado a la alcaldía. Vamos eso es lo que dice todo el mundo. O sea, que no es así.

— Sí hombre sí. Claro que renuncio. Yo me refiero a lo que en realidad dejo. ¿Cuáles crees que son los beneficios que tiene el cargo? A ver, dime —desafió Feliciano a Cosme.

— Hombre, así de repente... porque, una cosa ¿el Alcalde tiene sueldo del ayuntamiento o del gobierno?

— No. Es honorífico. No se cobra.

— Pero alguna ventaja tendrá. Yo que sé. Algún beneficio que venga de Zaragoza. —dijo preocupado Cosme, al no ser capaz de imaginar alguna ventaja.

— Pues no hijo no. No hay ventajas. A no ser que ventajas sean, que te llamen a las tantas de la madrugada, festivo o no, porque se ha pegado fuego algún pajar, monte o ribazo, o que suceda alguna desgracia y tengas que estar en primera línea, como corresponde al Alcalde. Eso, sin contar con el papeleo que se trajina en el Ayuntamiento, con permisos, Boletines Provinciales, Decretos, Bandos y demás zarandajas de ese estilo. Yo no sé tú. Pero yo no soy muy leído. Y a mí, todas esas cosas, sinceramente te digo que me asustan. No he nacido para ejercer de ilustrado, chico. ¡Qué le voy a hacer! —concluyó Feliciano

— Hombre visto así. Pero yo habría creído que ser alcalde tenía alguna ventaja. —se lamentó Cosme.

— Es posible que ser Alcalde —dijo don Adolfo, que asistía divertido y en silencio a la conversación— de alguna ciudad o pueblo grande, tenga alguna ventaja, aunque solo sea lucir el fajín para las fiestas del pueblo, o si se presenta alguna autoridad de visita. En ese caso, es posible que sea agradable ser el Alcalde, porque tienes garantizado el asiento en primera fila. Porque en lo tocante a las perras, no sé yo que dé mucho de sí el cargo, al menos en este pueblo o similares. Ser alcalde significa representar al pueblo en los actos que sea necesaria su presencia. Ser alcalde, implica trabajar para el pueblo. En todas las actividades se necesita alguien que dirija el rumbo. Los demás a obedecer. Por eso, para ser alcalde, hay que ser solidario y tener ganas de trabajar. Claro que, como bien dice Feliciano, es necesario tener una formación y unas aptitudes propias para el cargo. Por eso, al renunciar por estas causas, crece tu estima en la opinión ajena y te honra más, que aferrarse al cargo por encima de todo. No es nada común lo que ha hecho Feliciano. Bien al contrario, abundan más los casos contrarios al tuyo. Pero claro, en este pueblo todo parece el mundo al revés. Por eso me gusta vivir aquí. Porque te hace sentir vivo. ¿No os parece? —terminó el anciano quien se alejó llevando de la mano a Lolo.

Los demás se limitaron a celebrar los comentarios del anciano, pues don Adolfo estaba considerado en el pueblo como un hombre de juicio recto y clarividente. Conforme fueron pasando los minutos, los grupos fueron perdiendo efectivos, según que los asistentes iban replegando velas y se dirigían a sus casas a cenar y a meterse en la cama después. Poco a poco, la plaza fue quedando desierta y finalmente no quedó un alma en ella. El día había terminado para Alberuela, y sus

habitantes, recogidos en el confort de sus hogares, se aprestaban a dar por concluida la jornada.

Capítulo 8

Lunes, 11 de junio de 1945

No muy lejos de donde vivía Conrado, vivía Santiago, que hacía ya un par de horas que se había levantado a instancias de su mujer, doña Marta, quien había dispuesto viaje a Zaragoza para comprar ropa, pues a ella, lo de las elecciones le venía que ni pintado, para ir de compras a la capital. A las iniciales protestas de Santiago, se opuso la firme y férrea voluntad de su señora, acompañada de los siempre mordaces comentarios de Sagrario, naturalmente a favor de doña Marta, y a quien, le hubiera gustado acompañar a sus señores, pues hacía ya algunos años que no visitaba la capital del Ebro. Cosa que hubiera ocurrido, a no ser por la existencia de don Adolfo y de Lolo, a los cuales había que atender en ausencia de doña Marta, además de hacer las camas, la comida, etc.

— No nos esperéis a comer —le dijo doña Marta a Sagrario— y por la noche cenáis a la hora de costumbre, pues no sé a qué horas llegaremos. Santiago, ¿ya está preparado el coche?

— Sí, mujer. Hace una hora. A este paso llegaremos con las tiendas cerradas.

— ¡Siempre protestando! ¡Señor, que hombres! Claro, vosotros enseguida lo tenéis todo hecho. Ahora mismo nos vamos. Todavía no son las ocho de la mañana.

Aún pasó media hora, hasta que por fin el *Hispano Suiza* de Santiago, emprendió camino hacia Zaragoza. Al paso por las calles de Alberuela, fueron saludados por los pocos vecinos con los que se cruzaron, y doña Marta bajando el cristal, les comunicaba que se marchaban a Zaragoza a comprar algunas cosillas.

Santiago también había tomado la decisión de presentar su candidatura. Se sabía apreciado por las gentes de Alberuela, y había recibido muchos ánimos de sus convecinos para que se presentara a las elecciones. Su condición de pertenencia a una de las familias con más posibles, con gran arraigo en Alberuela, le permitiría jugar con alguna ventaja en la opinión de los votantes. ¿Pero que les podría ofrecer, además de su honradez y empeño en hacer las cosas lo mejor posible? Tras pensarlo largamente, tal vez pudiera hacer algo que agradara a sus convecinos: acondicionar los caminos vecinales que llevaban a las fincas, que en la actualidad presentaban un estado calamitoso, con zonas de profundos baches, pedregosos y con accesos a las fincas peligrosos. Y cuando llovía, el panorama, todavía se volvía más lúgubre. Sabía, porque él también había participado en esas conversaciones, en las que la gente se quejaba precisamente de la situación de estos caminos vecinales que tan descuidados tenía el Gobierno. Pero en los tiempos que corrían, difícilmente se podía aspirar a pasar del estado de queja continuo, y como en el fondo todos lo sabían, pues se calmaban y conformaban con criticar y quejarse continuamente. La crítica incondicional: sabia y legendaria medicina anti estrés practicada por todos los habitantes de la piel de toro.

Mientras conducía, su cabeza iba dando vueltas y más vueltas a los diversos asuntos que podrían ser bien aceptados por sus vecinos. Como “música” de fondo, doña Marta no cesaba de hablar, y si en ese momento le

hubieran preguntado a Santiago sobre lo que decía su mujer, no podría dar respuesta alguna. De vez en cuando, tras un breve silencio, y ante la mirada penetrante de doña Marta a su marido, absorto, con la vista puesta en la carretera, le espetaba un «pero ¿me escuchas?», a lo que Santiago, sobresaltado, contestaba con un simple «¡claro!», a lo que contestaba su mujer con otro simple «¡ya!», y seguía con su perorata.

Los viajes a Zaragoza, siempre se desarrollaban del mismo modo: uno a vueltas con sus propios pensamientos, generalmente relacionados con el campo, sembrados y cosechas, y la otra con los suyos, pero a diferencia de su marido, ella lo hacía en voz alta. La verdad es que doña Marta no esperaba que su marido la escuchara: hacía tiempo que ya lo había deducido de su obstinada mudez, en todos los viajes en coche que realizaban juntos. Tenían perfectamente distribuidos sus papeles: el hacía y deshacía en temas de patrimonio, tierras y cultivos y doña Marta hacía y deshacía en todo lo demás. Y les iba bien. Nadie podía decir que les hubiera podido presenciar u oír una gresca matrimonial, y cuando las tenían, siempre eran por razones nimias, que como mucho producían un par de días de “morro” y aquí paz y allá gloria.

La situación producida en Alberuela, distaba mucho de ser normal, y un alcalde, cualquier alcalde, poco podría desarrollar de cara a dotar de infraestructuras y servicios al pueblo. En los tiempos actuales, solo tenía un papel político que representar: como jefe Local del Movimiento del Pueblo, era el representante del Partido único en el pueblo. La economía de guerra que se practicaba en el país, no permitía hacer apenas nada en las poblaciones rurales. No era prioritario. Tras la guerra, y pasados los primeros momentos, se comenzó la reconstrucción por las grandes

ciudades, para continuar con las medianas y pequeñas, y por último seguir con las poblaciones rurales. Así es que tampoco era cuestión de matarse la cabeza con presentar un programa que evidentemente, no se podría cumplir. Entre estos pensamientos y devaneos, se le fue pasando el tiempo a Santiago, cuando a lo lejos, comenzó a vislumbrar la familiar imagen de las torres del Pilar, recortadas contra un cielo extraordinariamente azul. Doña Marta quería recorrerse palmo a palmo todas las tiendas que había en la Calle Alfonso, así es que tras cruzar el puente de Piedra, desembocaron en el Paseo de Echegaray, y luego, tras un corto recorrido, Santiago pudo aparcar, justo al otro lado de la Plaza del Pilar, muy cerca de la calle Alfonso.

Al mediodía, cuando don Francisco, don Moisés y don Anselmo, se encontraban en el bar del pueblo, dispuestos a tomarse un vermut en condiciones, tal y como acostumbraban a hacer desde tiempos inmemoriales. Como no podía ser de otra forma, y tras los intereses acostumbrados, sobre sus diferentes estados de salud, entraron de lleno en el tema.

— Yo no sé qué pensarás hacer Francisco —dijo don Moisés— pero creo que deberías presentarse. Míralo bien, y piénsatelo. Con franqueza, creo que tú deberías haber sido nombrado alcalde de Alberuela, en vez de Feliciano, aunque tengo que reconocer que con su gesto, se ha ganado a pulso el serlo. Las cosas, como son. Pero los tiempos que corren son así de arbitrarios, y ya puedes ver lo que realmente se valora: la adscripción al Régimen sin fisuras, de forma incondicional. Y eso que me parece a mí, que Feliciano, no es precisamente un incondicional de Franco, por mucho que se alistara en la División Azul. Pero como las referencias que tienen en Zaragoza son las que son, pues ya está, problema resuelto.

— No sé. La cuestión es, ¿y que gana el pueblo eligiendo un nuevo alcalde? Por supuesto que me refiero al aspecto práctico y crematístico del asunto. Vale que toda esta historia, es un gesto y un brindis al sol que hace Alberuela, y que no deja de ser un acto de rebeldía “dentro de un orden”, en el que queremos expresar, como individuos independientes, nuestro rechazo a las cosas impuestas desde arriba. Pero la vida es así. Queremos un alcalde, según nuestro criterio y voluntad. En términos de realidad, ¿Qué puede hacer esa persona por su pueblo? ¿Tiene sentido que alguien se preste a llevar una representatividad que solo tiene alcance dentro de los límites del pueblo? — contestó don Francisco.

— No te veo muy animado hoy. —dijo Don Moisés— Pero de lo que se trata es de, por encima de todo, realizar un gesto, todo lo simbólico que quieras, pero que a la gente le ha calado hasta lo más profundo de su ser. Y en cuanto a qué se puede hacer, yo no estoy de acuerdo contigo. Claro que se pueden hacer cosas. No importa si son muchas o pocas. Grandes o pequeñas. Porque el hacer las cosas, depende de las personas que tienen la responsabilidad de llevarlas a cabo. A diferentes personas, diferentes hechos. Imagina que el nombrado por Zaragoza, hubieras sido tú, en vez de Feliciano. ¿En que cambiarían las posibilidades de hacer algo en el pueblo? ¿Tendríamos más dinero? ¿Nos apoyarían las autoridades de Zaragoza? No, yo creo que no. Pero seguramente, tú propondrías cosas diferentes a las que propondría Feliciano. Y para llevarlas a cabo, pasaría lo de siempre: reunión en el Ayuntamiento para reunir los fondos a escote para hacer las cosas que haya que hacer, esperando a que los tiempos cambien, y el Estado, se haga cargo de las cosas de las que deberá hacerse cargo algún día. O sea, hasta que vuelva a su ser, el funcionamiento normal de la nación. Tú tienes la

experiencia que requiere el cargo, y aunque solo sea un espejismo, el hecho real es que tú podrías realizar las labores de alcalde como si te hubieran designado desde Zaragoza.

— Hombre, esas dudas que ahora te preocupan, son normales –apostilló don Anselmo– pues bien es verdad que, lo que está sucediendo en Alberuela es utópico en grado superlativo. Pero mira la reacción de la gente: ¡está encantada con la posibilidad de poder elegir a su alcalde! Y sobre lo que se pueda o no se pueda hacer, eso está por ver. Las condiciones de todo tipo, en las que se encuentra el ayuntamiento, como todos del resto de España, son las que son, y lo que diferencia a un ayuntamiento de un pueblo con respecto de otro similar, no es otra, que las personas que están al frente de los mismos. Así es que no debes de preguntarse qué podrías hacer, sino, si lo quieres hacer. Como dice don Moisés, imagina que te han elegido desde Zaragoza, y plantéate que hubieras podido hacer. Pues hazlo ahora y fiesta. – terminó don Anselmo.

— Chicos, no sé. Es verdad que hoy me he levantado sin las gafas que llevaba estos días. Y tenéis razón en eso de que en estos tiempos, se puede hacer lo único que se puede hacer: sobrevivir al precio que sea, pero sobrevivir.

Petra, la dueña del bar, trajo las consumiciones y las dejó encima de la mesa. Había preparado unas humeantes y olorosas croquetas de carne, jamón, queso y unos trozos de chorizo que alegraron las caras de los tres ocupantes de la mesa, que como por ensalmo, cambiaron de tema de conversación, para deshacerse en alabanzas de los humeantes y olorosos presentes, que tenían delante de ellos.

— ¡Señores que aproveche! Y dejen de pensar tanto que mañana saldrá el sol por la mañana y por la noche lo hará la luna. —Y dejándoles con una sonrisa en la cara se dirigió a otra mesa.

Don Emilio, se había levantado temprano, cosa que por otro lado hacía todos los días. Pero hoy se había levantado con buen humor. Se dispuso a tomar el desayuno que le había preparado Engracia, consistente en un tazón de leche, manchado con unas gotas de café. En el centro de la mesa, una cesta en la que había unos sabrosos bollos y unas magdalenas recién hechas. Después de desayunar, don Emilio se dirigió a su despacho, para terminar una carta que había comenzado la noche anterior y dirigida al Arzobispado de Zaragoza.

Después de misa de nueve, se iría a dar su acostumbrado paseo por los alrededores del pueblo, hasta la hora de comer. Luego realizaría algunas visitas y tras la misa de las siete de la tarde, se pasaría por el bar, para echar la acostumbrada partida de guiñote o dominó hasta la hora de cenar. Hoy cenaría un poco antes, pues, tocaba tertulia en casa de don Francisco, a la que asistía lo más selecto de la sociedad alberulense. Esperaba con ansiedad la llegada de este momento, pues a don Emilio, como gran conversador, le producía un gran placer la tertulia. Era uno de los pocos placeres que podía darse en este mundo. Pero en esta ocasión, su interés era doble: quería tomar el pulso de los ánimos, y las intenciones de aquellas personas, entre las cuales, pensaba, deberían encontrarse los posibles candidatos.

Con el frescor de la mañana, mientras caminaba por el sendero que, partiendo de la plaza de la iglesia, se dirigía hacia el este, desembocando en plena campiña, dejaba a la vista del paseante, los campos y huertas de sus convecinos. Estas, con perfectos y rectilíneos surcos, exentas de hierbajos, repletos de primorosos y lozanas

lechugas en este, o hermosas y tersas calabazas de brillante piel, en aquel, perfectos enjambres de cañas para soportar las matas de tomates y judías, en el de más allá, y en fin, que la vida y la naturaleza estaban en plena producción.

En algún momento del paseo, su mente le llevó a revivir los sucesos que se habían producido en los días precedentes. Encontradas emociones le ocupaban el alma. Por un lado, la reacción, casi infantil, de las gentes al obviar el orden establecido, ante un acto, que jamás hubiera podido imaginar que podía producirse, y menos, que lo hubiera provocado Feliciano, al que nunca le hubiera imaginado los arrestos necesarios para realizar semejante acción, llevando al pueblo a embarcarse en una peligrosa aventura de consecuencias imprevistas. Pero por otro lado, sentía admiración y un íntimo orgullo por la manera de comportarse de todos ellos, sin excepción, participando de forma colectiva, sin violencia de ningún tipo, de la manera más natural posible, como si lo que querían hacer, fuera la norma en vez de la excepción. Por más que pudiera preocuparle, y le preocupaba, el cariz que los acontecimientos pudieran traer, no lograba que sus íntimas alertas se activasen, y le pusieran sobre aviso de una previsible tragedia. Tenía que admitir, que no solo no sentía preocupación, sino que tenía la íntima sensación de que aquel juego de niños, terminaría como empezó: con normalidad absoluta. Hasta las personas que en un principio, le parecían que podrían llevar al pueblo a una situación de extremo peligro, se comportaban como seres libres y responsables, anteponiendo el bien general a sus propias ideas, conscientes de que en aquellos tiempos, ciertas ideas y credos, estaban más bien fuera de su tiempo, y que lo que había que hacer era guardárselos celosamente en el interior de cada uno, a la espera de tiempos mejores.

Cosa que no deseaba, porque para don Emilio, el anticlericalismo de la república, desmentía de raíz sus postulados de libertad de opinión, excluyendo a la religión de la vida pública y privada, como si las personas no tuvieran derecho a sentir y practicar sus propias creencias y tradiciones. Sentía, como no se había sentido nunca, el pastor de su rebaño, al que debía proteger a toda costa. Como hizo El con su grey.

Pronto se le hizo la hora de regresar al pueblo y seguir con lo que tenía planeado realizar en la jornada. Dio la vuelta, y deshizo el camino realizado hasta llegar de nuevo a la puerta de la Iglesia.

Capítulo 9

Aquella noche, todos los contertulios fueron rabiosamente puntuales. Don Francisco, había preparado convenientemente la mesa de la tertulia, una mesa de grandes dimensiones, redonda y de baja altura, disponiendo las necesarias copas, tazas, cubiertos y servilletas y bien provista de pasteles y frutas en abundancia. También, completando el bodegón, había unas botellas de coñac y anís, y una enorme vasija conteniendo café. Conforme iban llegando los invitados, les recibía con una amplia sonrisa, correspondida de inmediato por el recién llegado, seguido de un cordial apretón de manos. Como si todos estuvieran deseando la llegada de la hora convenida, se habían adelantado unos minutos a la misma. Los primeros en llegar fueron Conrado y don Manuel que venían juntos, y que ya venían hablando del tema central. Don Francisco les franqueó el paso por la puerta, y antes de cerrar, vio como llegaba don Emilio, resoplando como era costumbre —«este hombre debe ir corriendo a todas partes»— pensó para sí don Francisco.

Tras un protocolario apretón de manos, pasaron al interior de la casa, dirigiéndose al estudio— biblioteca, donde ya se hallaban Conrado y Manuel. Luego hicieron su aparición, don Moisés acompañado de don Anselmo, y tras ellos venían don Adolfo y su yerno Santiago. Todos pasaron dentro, y bien pronto la animación y sobre todo, el humo de los cigarros, se hizo patente en aquella espaciosa habitación. Los tertulianos se situaron

alrededor de la mesa redonda, perfectamente acomodados en sus respectivos sillones y dispuestos a comenzar las deliberaciones. Tras los comentarios propios de la ocasión, por parte del anfitrión, cada cual fue llenando su copa, sirviéndose café, y encendiendo cigarrillos. Don Adolfo aprovechando la ausencia de doña Marta, se encendió un habano con gran satisfacción, lanzando hacia el techo unas azuladas volutas de humo, ante las sonrisas de todos, sabedores de las restricciones que doña Marta aplicaba a su padre.

Don Francisco, fue el primero en abrir el diálogo.

— ¿Bueno señores, que les parece lo que estamos a punto de iniciar, o mejor dicho, de continuar? — todos se miraron unos a otros, como invitándose mutuamente a continuar con el debate.

— ¡Una locura! — Dijo don Emilio— Una locura que no sabemos cómo acabará. Saltarse el orden constituido tan gravemente, puede acarrear a este pueblo consecuencias gravísimas para el resto de su existencia — sentenció.

— De eso, ya estamos todos al cabo de la calle, mosén — dijo don Moisés, poniendo más acento en la palabra mosén, sabedor de que esta palabra molestaba al cura— y no se trata de que nos traumaticemos con las posibles consecuencias. Todos sabemos cuáles son, y también sabemos, que si nada de lo que se diga y haga en Alberuela sale del pueblo, la situación seguirá como hasta ahora: tendremos un alcalde elegido por nosotros y no impuesto desde Zaragoza, que actuará como nuestro alcalde de puertas para adentro, aunque el placer de esta pequeña revancha — aquí asomaba el carácter de izquierdas de don Moisés— no lo podamos saborear a gusto, por no poder explicarlo al mundo. ¿Me quiere decir, mi querido don Emilio, donde se rompe la España

de Franco, porque en Alberuela, tengamos un alcalde diferente al que ellos han nombrado? ¿Cree acaso, que el Movimiento se va a parar?

— Claro que no –replicó don Emilio– pero parece mentira que diga usted estas cosas. Sabe usted muy bien, saben todos ustedes, que este asunto tarde o temprano se sabrá. No sé cómo, pero se sabrá. Alguien hablará con alguien fuera de este pueblo, un familiar, un amigo, no sé, y entonces por cualquier casualidad la cosa llegará a las Autoridades, y entonces que Dios los coja confesados. Este engaño puede durar meses, años, muchos años si quieren, pero tarde o temprano se sabrá, y entonces...

— Bueno, no nos pongamos dramáticos –terció Don Francisco– y seamos un poco positivistas. Realmente, si hacemos las cosas bien, mínimamente bien, los riesgos pueden ser mínimos. No olvidemos que aquí, nadie ha destituido por la fuerza al alcalde designado por Zaragoza. Antes al contrario, ha sido el nominado, quien no ha querido seguir en el cargo, por considerarse a sí mismo, sin la preparación, vocación y ganas de ejercer el cargo. Se ha prestado a mantener el engaño, en todas las cuestiones oficiales en las que sea necesaria la presencia física del Alcalde nombrado por Zaragoza. Si la noticia llegara a ellos, y todo el mundo negara los hechos, entre ellos, el propio alcalde, ¿Qué cree que pasaría? Primero, tomarían a broma la noticia. ¡Cómo va a ocurrir una cosa así! ¡Elecciones a alcalde en un pueblo, organizadas por los del pueblo! ¡Y qué pueblo! Si por alguna razón pasaran a considerar la noticia, vendrían directamente a Alberuela a comprobarlo, y ¿que se encontrarían?: a don Manuel en su despacho del Ayuntamiento, al alcalde, Feliciano, en sus campos trabajando y todo absolutamente en orden. Si examinasen la documentación, comprobarían que todos los documentos estarían firmados por el Excmo.

Sr. don Feliciano García Navarro, Alcalde de Alberuela del Campo.

Mientras esto decía don Francisco, en los rostros de los asistentes se iba reflejando una cierta relajación, acompañadas de sonrisas, pues lo que estaban oyendo, les parecía de una lógica absoluta. Gradualmente, el temor anidado en el fondo de sus almas, si es que anidaban alguno, fue desapareciendo. La argumentación expuesta por don Francisco que, si de algo entendía, era precisamente de administración pública y de recovecos legales, transmitía una seguridad contagiosa. Hasta don Emilio, el cura, en su fuero interno, ante los argumentos que esgrimía don Francisco, no le quedaba más remedio que admitir, que eran de una solidez incuestionable. Una leve sonrisa asomó a su rostro. «Es muy posible, — pensó— que algo parecido pudiera suceder».

— Sí. Eso o muy parecido, es lo que ocurriría —dijo don Manuel— porque toda la documentación que se genere en el Ayuntamiento, estará firmada por el Alcalde, don Feliciano, y por mí mismo. Por tanto, bajo ese punto de vista, va a ser difícil que puedan enterarse en Zaragoza de lo que aquí ocurra. Y en una supuesta visita, qué nos puedan hacer, pues lo mismo. «El Sr. Alcalde está trabajando en el campo y ya lo vamos a avisar». Por ese camino, no nos cogerán.

Los demás sonreían aliviados, como quien lo tiene todo planeado, sin dejar ningún cabo suelto.

— En cualquier caso, Feliciano debe de estar al tanto de todo lo que se hace y se dispone en el ayuntamiento, ya que puntualmente le informaré de lo que hay, más que nada por si algún día tiene que hablar con algún preboste, y se vea en la necesidad de explicar algo del pueblo. — terminó don Manuel

— Aparentemente —volvió a la carga don Emilio — puede parecer inocente lo que está ocurriendo en Alberuela, pero no deben ustedes olvidar, señores hechos y derechos, lo que está en juego. Bien es verdad, como dice don Francisco, que realmente aquí no hay en el pueblo ningún intento de sedición ni amotinamiento, y que los efectos reales que esto tendrá sobre el mismo, serán inexistentes. Pero yo creo que conforme vayan pasando los años, finalmente, Alberuela va a estar en el mapa ese que dicen ustedes que no está, y en los desvelos de las autoridades, por lo cual, se tendrá que acabar el “jueguito” este, porque entonces será imposible suplantar al auténtico alcalde.

— Al señor cura, lo que le preocupa, en realidad, es ¿Qué pasaría si al final se descubre esto y resulta que el señor cura no ha dado noticia de lo que ocurría en el pueblo a las autoridades del Estado? ¿Cómo quedaría su imagen y su posición ante las jerarquías del estado y eclesiásticas? —dijo Conrado, hablando calmadamente desde su sillón, mientras miraba de reojo a don Emilio.

— Pues sí, Conrado, sí. ¡Claro que me preocupa, y mucho! ¿Acaso creen ustedes que yo no saldría afrentado si se descubriera esto? ¿Cómo creen que se interpretaría mi silencio? Ya veo que todos ustedes, lo creen un juego baladí, inocente, sin peligros. ¡Por el amor de Dios, no sean niños!

— ¿Baladí? —respondió Conrado— ¿Dice usted baladí? ¿Qué unos ciudadanos quieran elegir a su alcalde, lo considera usted baladí? Le admito que piense que la situación es absurda, impropia de los tiempos que ocurren, dentro de un estado dictatorial y antidemocrático. Y hasta que es peligrosa ¡claro!, pero ¿baladí? Revise usted su escala de valores señor cura.

— Vamos a ver —dijo don Emilio, dando un pequeño sorbo a su copa de moscatel. Se le veía que estaba a gusto, a sus anchas.

— No es que considere baladí la elección de un alcalde o lo que usted quiera. Ni muchos menos. Lo que yo digo, es que ustedes se han tomado esto, como si fuera un juego simple, como quien juega a las canicas. De aquí lo de baladí, señor Conrado, baladí. Y este juego no es baladí, sino peligroso. Supongo que al menos, considerarán que estoy en mi obligación de advertirles. Yo tengo la necesidad y la obligación, de hacerles ver en lo que se están metiendo. Y no me pueden exigir, que colabore entusiásticamente en este “proyecto”. Ciertamente, que lo que he visto y oído hasta el momento, no me han causado ningún tipo de alarma, porque realmente, ustedes lo han dicho antes. ¿Qué es lo que va a cambiar de facto en la situación política del pueblo? Nada. ¿En qué van a notar la diferencia de tener un alcalde u otro los vecinos de Alberuela? En nada. ¿Qué va a poder hacer el nuevo alcalde, el elegido por el pueblo, que no hubiera podido hacer Feliciano? Nada. Por todo ello, no preveo un gran mal para Alberuela, si todo esto se descubriera. No puedo decir lo mismo, para los autores de llevar adelante esta quimera. Pero yo preferiría que no siguieran adelante, porque de saberse, lo crean ustedes o no, a mí se me pedirían infinidad de explicaciones. —terminó, dejándose caer sobre el respaldo del sillón, dando la sensación de que su actuación por aquella noche, sobre el tema, había terminado.

— Es usted muy pesimista, perdone que le diga don Emilio —intervino don Adolfo.— Naturalmente que todos los que estamos aquí, sabemos el riesgo que realmente corremos, y que todos hemos sopesado los pros y contras. Vamos, que se trata de un riesgo

calculado. Pero yo creo, que en estos momentos, y tal y como se han sucedido los acontecimientos, me refiero a la actitud del pueblo, la cuestión es otra, dando por archiconocida y asumida ésta que acabo de mencionar, por lo que creo que definitivamente nos olvidamos de ella. Para mí la cuestión es que, por un hecho afortunado según el punto de vista de algunos, y desafortunado para usted, don Emilio, como fue la renuncia de don Feliciano a su nombramiento, se han puesto de manifiesto de una manera animosa e inesperada, unos sentimientos de disconformidad en todos los habitantes de Alberuela, que nadie podía imaginar y que responden todos a una, ante una audaz propuesta de don Feliciano, del que yo, tengo que reconocer, no le suponía capaz de realizar, evidentemente, y como suele suceder generalmente, por desconocimiento por mi parte de las virtudes que adornan a esta persona, y al que tendré que pedirle perdón, por esta falta de consideración. —don Adolfo, era persona sumamente respetuosa— Lo de menos es, en mi opinión, lo que va a poder o no va a poder hacer el alcalde que salga elegido, o evaluar comparaciones entre este o aquel, porque efectivamente como usted dice, don Emilio, va a ser desgraciadamente poca la diferencia, dadas las circunstancias actuales. Lo importante es la actitud de la gente, de todos nosotros, incluido usted, mal que le pese, que sabe sobrevivir dentro de un país gobernado con mano férrea, y conserva dentro de sí mismo, las esencias más propias de todo ser humano libre: la defensa de su derecho a decidir, a tomar sus propias decisiones. Vamos, lo que ustedes conocen con el libre albedrío con el que dotó Dios a los seres humanos. Es decir, la semilla de la libertad está protegida dentro de nosotros, hasta que los tiempos cambien, y sea posible plantarla de nuevo en nuestras vidas. Yo, estoy viviendo estos días como algo extraordinario. Me siento un privilegiado al poder asistir en primera persona a estos acontecimientos. Y le hago también una observación don

Emilio: ¿ha observado la actitud de la gente? ¿Ha visto alguna traza de violencia, en cualquier aspecto, en alguien de Alberuela por esta cuestión? ¿No le tranquiliza a usted este sosiego, y este saber estar? ¿Cree, de verdad, que de esta forma puede ocurrir algo malo?

— Eso espero, don Adolfo, eso espero. Por eso decía antes, que estoy preocupado, aunque no alarmado ni escandalizado. De otra forma, yo no estaría hoy, aquí, en este momento. Y mi actitud sería otra. —contestó don Emilio.

Tras unos breves segundos de silencio, don Francisco, animó a los presentes a que se sirvieran de los platos situados en la mesa, donde podía verse fruta y pasteles de tipo variado. La sugerencia fue acogida unánimemente, y todos los presentes tomaron lo que les apeteció, con lo que la tensión se relajó bastante, mientras daban buena cuenta de los pasteles y fruta.

— Bueno, Francisco, ¿te animas y te presentas? — preguntó directamente don Moisés.

— Pues me lo estoy pensando. Por momentos, me pregunto si es que estoy ya un poco fuera de mis cabales y no razono con claridad, dejándome llevar por esta ilusión general. Y en otros, me embarga un deseo enorme por participar en esta locura general —haciendo un inciso, le dirigió una sonrisa a don Emilio, quien se la devolvió junto con un movimiento de vaivén de la cabeza— lo que me produce una satisfacción doble: ejercer un acto democrático que es un derecho inherente a la persona, y por otro, el morbo de burlar, aunque sea inocentemente y en secreto, a esta maquinaria fagocitadora de libertades, que es el actual Estado. Es como una pequeña e inocente revancha. Realmente, sí que me apetece participar en esta locura general, casi esperpéntica, que se va a representar en las entrañas de

un Estado totalitario, que no se cree que algo así, pueda llevarse a cabo dentro de sus estructuras. Solo por esta última razón, ya me parece fascinante el participar. Así es que probablemente yo me presente a la elección.

— ¡Bravo, muy bien! —Exclamó don Moisés— no sabes lo que me alegro yo. Y ahora me pregunto: ¿hay alguien más aquí que se quiera o lleve idea de presentarse?

Todos los asistentes, se miraron unos a otros, como animándose a tomar la palabra y revelar delante de todos la presentación de su candidatura. Tras unos segundos de incertidumbre y miradas de aquí para allá, Santiago tomó la palabra, ante la amplia sonrisa de su suegro don Adolfo.

— Pues yo mismo. Lo decidió mi mujer el día de la asamblea en el Ayuntamiento.

Numerosos fueron los comentarios jocosos que se escucharon en el salón. El carácter de doña Marta, era de todos conocido, y a nadie pudo extrañar semejante declaración.

— Bueno, aparte de bromas, debo decir que realmente, tras pensarlo durante estos días, me he decidido hace unos minutos, oyendo las intervenciones de todos vosotros. Creo que es importante oír a personas que tenéis una gran experiencia, estudios y conocimientos, y que aportáis una percepción que nos ayuda a los demás a ampliar nuestra propia visión de las cosas. Unos estando a favor, y otros estando en contra. De todos se aprende. Luego, efectivamente, mi señora, ha insistido lo suyo durante estos días. Hasta he tenido que ir a Zaragoza a comprar ropa, aunque salvo unos pantalones para mí, el resto ha sido para ella y para el niño.

La noticia fue celebrada por todos, unos con un abrazo, y otros con un apretón de manos. Pasados unos minutos, don Moisés volvió a la carga. Tenía buen ojo, pues hasta el momento, había encontrado a dos candidatos.

— Qué ¿nadie más? Me cuesta creerlo. Conrado, ¿tú no dices nada?

Todos se volvieron hacia Conrado, quien sentado en su sillón, no había participado tanto como otras noches de tertulia. Quienes lo conocían, sabían que guardaba algo, pues no era precisamente tímido a la hora de hablar o expresar sus opiniones. Cuando todas las miradas se posaron sobre él, se reincorporó sobre el sillón, y sonrió ampliamente.

— Pues qué queréis que os diga... pues que sí, que me presento yo también. Hay que dar opciones al pueblo para que pueda elegir. De verdad que para mí, tal y como dice don Adolfo, es un privilegio poder asistir a un hecho, que nuestros nietos, cuando se lo contemos, no terminarán de creérselo, porque espero que nuestros nietos, vivan ya bajo un régimen de libertades y todas estas cosas, les suenen a chino, y se rían mucho de nuestras aventuras, como dice don Emilio. Para mí, participar en unas elecciones, en estas elecciones, supone un momento de felicidad, es como vivir un momento de éxtasis, en lo que poco importa lo que venga después. Se trata de vivir ese momento, EL MOMENTO, con mayúsculas. No me lo perdería por nada del mundo. Como alguno de aquí ha dicho, las posibilidades reales de llevar a cabo proyectos sobre diversas cuestiones que interesan a nuestros convecinos, son nulas o prácticamente imposibles. La situación económica actual, economía de guerra, solo permitirá una lenta, muy lenta recuperación. Y el Estado marcará sus prioridades. Y el mundo rural, estará, como siempre, en

los últimos puestos de la lista. Pero ello, no invalida que, por un hecho extraordinario, en Alberuela, se haya producido un milagro, uno entre mil millones, y que en este árido desierto que es España en materia democrática, haya surgido un oasis minúsculo, pero floreciente y tan pequeño que no puede ser visto si no se está dentro de él.

— Conrado, siempre tan filósofo —dijo don Emilio.— Todo esto está muy bien, ¡un milagro!, decís, pero ojito, que todo lo que se dice que es milagro, luego no resulta tal. Tenemos que tener los pies en el suelo y no divagar tanto — terminó.

— No sea usted así, don Emilio, —terció don Moisés, que hasta el momento había permanecido en silencio— comparta con nosotros esta inmensa alegría que, aunque pueda parecer infantil, si usted lo analiza bien, indica lo especial de la materia de la que están hechos los hombres. Viendo, como veo a las personas aquí presentes, hombres hechos y derechos, algunos que ya peinan canas, con una formación académica y de mundo considerable, debatir con énfasis, y sobre todo ilusión, haciendo abstracción de todo y todas las cosas que no formen parte de este momento, es como poco, emocionante. Yo le pediría, don Emilio, como ejercicio mental, que dejará de pensar usted en los sucesos que nos han llevado a este punto, y se centrara en el hecho en sí: en vivir un proceso democrático tan básico y tan elemental como elegir a uno de entre nosotros, habitantes de Alberuela, para representarnos como pueblo. Es la democracia directa. La que emana y se administra del y por el pueblo. Seguramente estaremos de acuerdo en que en una democracia también se pueden dar situaciones poco democráticas. Pero lo que va a ocurrir en Alberuela, no tiene nada que ver con esas situaciones a las que me refiero.

La reunión continuó hasta altas horas de la madrugada, produciéndose momentos de más tensión junto con otros de relajación. En esta ocasión, se produjo de forma imperceptible un acercamiento personal entre los contertulios, tal vez porque cada cual expuso de verdad, lo que llevaba dentro, no dejándose nada dentro. Todos y cada uno, se enriqueció como persona aquella noche.

Hubo que reponer en varias ocasiones, las botellas y los pasteles. Lourdes, la criada de don Francisco, les tenía preparados en la cocina, una serie de platos en los que había dispuesto jamón, queso, longaniza y toda clase de embutido, así como bollería y un puchero de café. Sobre la una de la madrugada se despidió de los presentes y se fue a acostar, no sin renegar de los humos de los cigarros que invadían a aquellas horas la totalidad de la casa.

— ¡Abran las ventanas, por amor de Dios, se van a ahogar con tanto humo! —fue su recomendación antes de marchar hacia su habitación a descansar.

Cuando la reunión terminó, alguno de los presentes iba un tanto achispado. Hasta don Emilio, que jamás pasaba de las once de la noche en las tertulias a las que acudía, aguantó hasta que terminó, cosa que ocurrió cerca de las tres de la mañana.

Capítulo 10

Lunes, 18 de junio de 1945

La semana había transcurrido con normalidad. Nadie que no fuera del pueblo, podría imaginar la que allí se había fraguado y que tendría su culminación el próximo domingo, fecha en la que se celebrarían las elecciones. Todo el mundo realizaba las labores de su quehacer diario, discurriendo el día a día como lo había hecho en los últimos años. A ello contribuyó el hecho de que, rápidamente llegó a conocimiento del pueblo, los nombres de los tres candidatos, por lo que las quinielas sobre quien se presentaría quedaron anuladas, centrándolas en quien ganaría.

Y aquí había disparidad de criterios. Una vez que cada ciudadano había elegido a su candidato, se convirtió en vendedor de imagen, presentando ante sus convecinos lo que en su opinión era lo mejor de su personaje, y las ventajas que podría aportar al pueblo su elección. Pero más de esto, no les quitó pensamiento alguno. Seguían trabajando en las labores del campo, en las de casa. Parecía que al conocerse los candidatos, el tema pasaba a segundo lugar, quedando aparcado de momento en sus temas de conversación.

Hoy era el día en el que se iban a conocer oficialmente a los candidatos, y cuando llegó el momento de realizar la presentación de candidaturas, apenas veinte personas se habían concentrado en el

ayuntamiento. Lógicamente, don Manuel y sus compañeros de Comisión, se lo esperaban, porque eran conocedores de que todo el mundo ya sabía quiénes iban a presentarse a las elecciones. Una vez declarados oficialmente las tres candidaturas, don Manuel, en su papel de Secretario, comunicó, que el día 22, Viernes, a las veinte horas, los tres candidatos se dirigirían al pueblo para explicarles los motivos y argumentos de su candidatura, y que el Domingo, 24 se celebrarían las elecciones en el Ayuntamiento, para lo cual se habilitaría una urna que estaría abierta desde las seis de la tarde hasta las ocho, momento en el que se efectuaría el recuento de votos y proclamación del vencedor. Dicho lo cual, abandonaron el ayuntamiento y cada cual se dirigió a su casa.

Conrado, había descubierto la fechoría de Lolo y compañía, simplemente porque le llamo la atención, las veces que le preguntaron en clase, sobre la marcha de los melones que tenía plantados en su huerta. A la segunda vez que le preguntaron, tuvo la sospecha de que algo pasaba con los melones. Pero cuando, el “Pipa” le preguntó por tercera vez, la sospecha pasó a ser certeza: aquellos “atilas” le habían hecho una barrabasada.

— Pues no, no he visto cómo van, pero hoy por la tarde, a las ocho, me acercaré a ver cómo siguen. Me han dicho que son de una clase muy buena y que se hacen unos melones enormes.

Conrado, se fijó en la rápida mirada que intercambiaron Lolo, Pedro, César y el “Pipa”. Benditos inocentes. Desde luego presintió, que este año no tendría melones por culpa de aquellos monstruos, pero ya se encargaría él de que pagasen por ello.

Don Emilio, continuó con su labor sacerdotal como todos los días: misa de 9 por la mañana y misa de 7 por la

tarde. Durante el día, atendía a las visitas que realizaba a los ancianos con los que mantenía largas conversaciones. De vez en cuando, recibía correo del Arzobispado, al que contestaba de inmediato, escribiendo unas largas cartas. No estaba excesivamente preocupado por lo que estaba desarrollándose en Alberuela, pero esta tranquilidad se fundamentaba a su vez, en la tranquilidad que manifestaban todos los vecinos. Al fin y al cabo, aquello, se parecía más a un juego que a otra cosa. Recordó, que tenía que visitar a Feliciano, y con excusa de ver como estaba de su brazo, le echaría un rapapolvo en condiciones por dar origen a la polvareda que se había organizado.

Santiago y su mujer doña Marta, mantenían de vez en cuando, pequeñas disensiones, sobre lo que debía o no debía decir el viernes en el Ayuntamiento. Aquel, que desde que había decidido presentarse, había dejado de pensar en el asunto, le molestaba la insistencia de su mujer con el tema. Pero doña Marta, insistía una y otra vez en dirigirle la campaña electoral. Hasta don Adolfo, salía en defensa de su yerno, porque comprendía que su hija empezaba a ser pesada con tanto ferrete.

Feliciano, con su brazo en cabestrillo, apenas si podía hacer nada en el campo. De todos modos, poco había que hacer, pero acostumbrado como estaba a trabajar a lomo caliente desde el punto de la mañana, se sentía mal consigo mismo. Como todos, tenía su candidato predilecto. Y este no era otro que don Francisco. No albergaba ninguna duda sobre que él sería el ganador. «Personas como don Francisco son las que hay que poner al frente de los ayuntamientos», — pensaba— «gentes con estudios y mundo, y no como yo, que apenas me manejo con los papeles, cuanto menos con un Ayuntamiento. Desde luego los de Zaragoza, deben de tener muchas cosas en que pensar, porque mira

que han pensado poco en este caso». No estaba arrepentido de lo que había hecho, aunque sí sorprendido, por haber tenido la audacia de proponer lo que había propuesto. Él no se consideraba listo ni con preparación suficiente. Pero tenía claro lo que no quería hacer. Y una de esas cosas era ser Alcalde. Aquella experiencia suya en Rusia, le marcó más de lo que pudo suponer en aquellos momentos. El siempre respetaba a las personas, y no podía soportar que alguien abusase de otro, aprovechándose de su debilidad o falta de conocimientos. Y eso lo vio muchas veces en Rusia. Vio cómo se abusaba de aquellos pobres analfabetos, acostumbrados a obedecer sin rechistar, ni a preguntar el porqué de las cosas. Simplemente se limitaban a agachar la cabeza y a obedecer. Y todo, por no saber leer en su propio idioma una carta, donde se explicaba la clase de colaboración que debían prestar a los portadores de aquellas misivas. Todavía permanecían nítidas en su mente, las imágenes de aquellos campesinos, que cuando se acercaba alguien a ellos, enseguida se quitaban el *ushanka*, y se inclinaban hacia el desconocido, mientras lo retorcían nerviosamente con las manos, en actitud, claramente servil. Aquello le producía asco, y de haber podido, habría cubierto de cadenas a aquel capitán que abusaba de las carencias de aquellas gentes. Por eso, no se lo pensó un segundo. A él no le pasaría aquello. Él no estaba preparado para realizar aquella labor. Eso le correspondía a otro. Y eso lo tenían que saber los que dan las órdenes.

Don Francisco continuó con su vida de siempre. También él se había olvidado del asunto, al menos como asunto prioritario. Ahora, hasta el viernes, en el que se escenificaría el penúltimo acto de esta obra en varios actos, tocaba dedicarse a sus libros y escritos. Recordaba los tiempos en los que estaba en activo, y sus rifirrafes políticos en las Cortes. Había lidiado con personajes de

todo pelo y condición. Enseguida detectaba a los que estaban en política para medrar y obtener una posición acomodada. Se conocían, porque jamás emitían una opinión de ida o de vuelta. Siempre eran de ida y vuelta, de forma que según se orientaba la brújula, la podían ajustar al sentido que conviniera. Participaban en todos los foros, eran partidarios de todas las ideas y de ninguna, y jamás hacían ascos a una invitación, fuera del signo que fuera. Los había que, vivían en una utopía permanente. Con estos, era imposible dialogar. Sus objetivos estaban fuera de las imperfecciones humanas. Lo que era bueno para una cosa, era malo para otra. Por tanto no se podía aceptar. Un político utópico, es incapaz de determinar el escenario en el que se movería sin reparos, simplemente porque por definición ese escenario no existía. Un político de esta clase, es capaz de decir, que hay que poner farolas para que alumbre por las noches y mejorar la seguridad ciudadana, y a continuación, decir que las farolas pueden molestar a los vecinos por la noche o que son peligrosas en los días de lluvia porque te puedes electrocutar. Pero en general, recordaba con agrado los años vividos en las Cortes, aportando su granito de arena a la Historia de España.

También había vivido momentos de tensión, pero recordaba con especial desagrado los vividos por culpa de su familia política, no de partido, sino la familia de su mujer. Habían pretendido, aprovecharse de su situación, para influir en determinadas decisiones, que chocaban con sus propias convicciones, y que se basaban, precisamente en que un servidor público, no puede aprovechar de su situación para beneficiarse, o beneficiar a sus amigos o familiares. Fueron días de verdadera presión, con enfrentamientos duros, de los que crean situaciones sin retorno, los que son capaces de marcar indeleblemente un antes y un después de aquello. La situación que le tocó sufrir en sus propias carnes, en su

propio domicilio, terminó por hastiarlo, y bastó, con un decreto injusto a todas luces de un Ministro, para que le sirviera de excusa, y se retirara a su casa solariega de Alberuela.

Ahora se sentía feliz, como hacía muchos años que no lo era. Y justamente, cuando menos lo esperaba, cayó del cielo un meteorito de cuyo impacto, surgió un destello de luz, en un rincón del mundo, en Alberuela, su Alberuela, y a modo de ideal resumen de su vida pública, le permitiría realizar su último acto público, el más íntimo, el más puro, una elección directa en la que solo participaban sus gentes, las que sentía como suyas, las de Alberuela.

Cercanas las ocho, cuatro sombras silenciosas se aproximaron cautelosamente a la huerta de Conrado. Todo parecía tranquilo. La caseta donde éste guardaba los aperos que utilizaba, estaba cerrada con las cadenas que la protegían del acceso de personas ajenas a la finca. Eran Lolo, Pedro, César y el “Pipa” que querían ver la cara de Conrado cuando acudiese al huerto a comprobar cómo andaban sus melones.

Se ocultaron tras uno de los muretes que delimitaban la finca, a salvo de ser vistos desde el camino que daba acceso a la huerta, y por el que esperaban que de un momento a otro, apareciera el maestro. No podían contener unas risitas nerviosas, anticipando el momento sublime en que su maestro empezara a jurar en hebreo a la vista del desastre. Sus corazones latían a ritmo desenfrenado, y todos a la vez se recomendaban callar y no hacer ruido. Poco tuvieron que esperar, pues pasados unos minutos de las ocho, comenzó a vislumbrarse la figura de Conrado que venía empujando una silla de ruedas, con lo que dedujeron que el que acompañaba a su maestro era don Manuel, el Secretario. Se miraron unos a otros, pues no esperaban la compañía, pero

pronto se dieron cuenta que la situación sería todavía mucho más divertida.

Conrado venía ataviado con su invariable vestimenta: un mono azul de una sola pieza, abarcas, y un enorme sombrero de paja, de grandes alas que al caer por su propio peso, protegían la cara de los rayos de sol. Entraron en la finca, y Conrado retiró la cadena entrando en la caseta. Al poco, salió al huerto armado con una azada mediana, a la vez que dirigiéndose a don Manuel, le indicaba donde tenía todo para hacer fuego y asar las costillas que habían traído consigo. Luego se dirigió hacia los bancales donde estaban plantados los melones.

Los corazones de los “jinetes del apocalipsis” latían a todo galope, amenazando con salirseles por la boca. Se incorporaron un poco, para asomar las cabezas y no perderse detalle de lo que estaba a punto de suceder. En efecto, Conrado había llegado ante el bancal donde tenía los melones, y agachándose, escarbo un poco. Luego se incorporó izando en su mano derecha una mata marchita. Los cuatro mozalbetes, apenas podían contener la risa, cosa que era de todo punto necesario para evitar que los descubrieran. Movidos por el mismo resorte, se sentaron en el suelo apoyando sus espaldas en el murete, moviendo con grandes aspavientos las manos, y llevándoselas a la boca para apagar cualquier ruido inadecuado que saliera por ella, cuando vieron a Conrado, de frente a ellos, brazos en jarra y con cara de pocos amigos.

— ¡Vaya a quien tenemos aquí! ¡Los cuatro Jinetes del Apocalipsis! ¿Qué, contemplando vuestra fechoría?

¿Cómo había podido ocurrir aquello? Los cuatro miraron hacia atrás, hacia donde creían, hacía un momento, que estaba Conrado. Y a quien vieron fue a Justino, quien ya se acercaba hacia el grupo, con una

sonrisa de oreja a oreja. ¡Su maestro les había tendido una trampa!

— Ya os podéis preparar, vándalos, “atilas”. Y empezar a pensar que es lo que vais a decir en casa, a vuestros padres, cuando yo les cuente lo que habéis hecho.

Los cuatro temblaban de miedo, y no acababan de entender bien que es lo que había ocurrido. Se habían puesto en pie, y mantenían la cabeza agachada. De vez en cuando, se miraban unos a otros por el rabillo del ojo.

— Ya podéis marchar a vuestras casas sin deteneros en lugar alguno. ¡Ah!, y cuando hable con vuestros padres, me gustaría que ellos ya estuvieran al corriente de esto. Sería un atenuante al castigo que os impondré.

Los cuatro, comenzaron a andar en dirección al pueblo. Primero lentamente, y luego a toda velocidad. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Conrado estalló en una carcajada acompañado de Justino que ya había llegado a su altura.

— ¡Buena lección don Conrado! No creo que vuelvan a hacer otra fechoría más.

— Bueno, solo por unos días. Mientras les dure el susto.

Minutos después, todavía se oían las carcajadas de los dos hombres, en su regreso hacia el pueblo.

Capítulo

11 Martes, 19 de junio de 1945

El camino que llevaba hacia donde vivía Feliciano, era paso de cabañera, muy utilizado por todos los ganaderos de la zona. No quedaba muy lejos, pero a paso tranquilo, se empleaba en recorrerlo sus veinte minutos. Aprovechando que el día no había aparecido muy caluroso, debido a unas nubes que tapaban al sol, don Emilio se decidió hacer la visita a a Feliciano y que llevaba varios días deseando realizar. Así es que aprovechando, que Elías, un vecino de Alberuela, estaba enfermo, le pidió prestado el asno, con el fin de que la caminata no se le hiciera más pesada de lo acostumbrado. Cuando se presentó en casa de Elías, lo recibió su señora, que rápidamente le beso la mano en señal de respeto, tal y como le habían enseñado de niña, las monjas ursulinas en Zaragoza. Pregunto por el enfermo, el cual estaba sentado a la fresca en la parte de atrás de la casa.

— ¡Hombre don Emilio, usted por aquí! ¿Qué hay de bueno?

— Pues casi nada. Pero vengo por dos motivos: uno para ver como andas de tu enfermedad, tal y como me exige mi condición de sacerdote y la amistad que te tengo, y otra el de pedirte prestado el asno, pues tengo que hacer una visita a Feliciano para interesarme por su brazo, y la verdad, a mi edad, los años ya se notan, y no

estamos ya para hacer muchas veredas. Eso, si no tienes inconveniente.

— Hombre, como no nos va a parecer bien — terció rápidamente María, que así se llamaba su mujer, temerosa de que Elías le soltara alguna barbaridad a don Emilio.— inaturalmente! don Emilio. Ya se lo voy a preparar yo ahora mismo.

— No mujer, que eso lo sé hacer yo, y no quisiera molestar más de la cuenta.

— ¡Quiá de ser molestia! —dijo desde dentro María

— Bueno, ¿y qué dice el enfermo? Por cierto, que no te he visto por la iglesia estos dos últimos domingos. — le pregunto don Emilio a Elías.

— Pues el enfermo dice eso, que estoy enfermo, desde hace un mes. Y claro, no tengo muchas ganas de salir de casa.

— Bueno, pero para ir un rato a Misa, digo yo que no es mucha molestia, que vives a un paso de la iglesia, tunante.

— Usted, como no se pone malo nunca, no sabe lo que se siente con estos achaques. ¿Ve usted como estoy sentado? Pues para moverme, necesito a María, porque si no, no puedo dar un paso. Así que me paso los días de la cama a la silla y de la silla a la cama. ¡No se puede *usté* imaginar lo que es esto!

— Ya, ya. ¿Pero has llamado al Médico?, porque el médico acostumbra a visitar a los enfermos.

— Sí, claro, y me ha recetado un “porrón” de *medecinas*. Y saben a ratas.

— Bah, esas son las buenas, las que curan.

Doña María llegó con un hatillo en la mano.

— Ya está preparado el burro, don Emilio. Y aquí le he traído estos buñuelos que hacemos para estas fechas, preparando ya las próximas fiestas. *Pa* que los pruebe. Ya verá como le gustan.

Don Emilio, se levantó de la silla, extendiendo su mano a María, y absteniéndose de hacerlo con Elías, pues conocía su actitud un tanto rebelde hacia la iglesia. Sin embargo, era un buen hombre que solía cumplir con los preceptos religiosos, aunque fuera a regañadientes.

— Bueno, Elías. Cuídate, y tómate las medicinas, que así podrás curarte pronto, y yo podré verte en la iglesia los domingos.

Acompañado por María, salió a la calle, donde esperaba el asno, perfectamente enjaezado y preparado para su montura. Don Emilio, se remango la sotana, y con una ligereza sorprendente se encaramó encima del burro.

— Gracias María. Te lo traeré antes de las nueve

— No se preocupe, don Emilio. A la hora que usted quiera. Aquí les estaré esperando a los dos.

Manejando las riendas y las piernas, don Emilio emprendió camino de la casa de Feliciano, bajo la atenta mirada de María y de Elías, este, asomado a la ventana.

— *Mía* que si se *estozola*....lo tendrás en tu conciencia *toa* la vida— dijo Elías desde la ventana.

— Calla animal y siéntate bien, no vaya a ser que el que se *estozole* seas tú.

El camino hacia la casa de Feliciano, trascurría entre viñas y campos de labranza. A los lados del mismo,

empeltres y almendros. El camino era de tierra, y a pesar del empeño de los vecinos, cada vez que llovía se llenaba de agujeros y zanjas que había que volver a rellenar de tierra. Pasaba también junto a una alberca que se encontraba en muy mal estado, y que estaba necesitada de una reparación a conciencia: con cemento y ladrillo y no con piedra y yeso que era lo que había a mano. El yeso al contacto con el agua, se deshacía cada poco tiempo, y el agua se escapaba por grietas, poros y por el fondo resquebrajado. Se necesitaba una auténtica reparación. Santiago había propuesto varias veces su reparación en serio, pero la economía de las gentes no estaba para hacer frente a una obra relativamente cara. Pero la alberca, era imprescindible, pues con ella se podían regar cerca de cien hectáreas, dando vida a aquellos campos y huertas.

El aljibe quedó atrás, y al poco rato, don Emilio divisó la casa de Feliciano, al que le pareció ver cortando leña, junto con su mujer. Él manejaba el hacha con una mano, mientras que su mujer ponía el tronco vertical. Luego se retiraba y Feliciano, con una gran destreza partía el tronco.

Feliciano, era buen feligrés. Era un hombre sencillo, al que le agradaban las cosas sencillas. Extrovertido de carácter, generalmente era afable y divertido en ocasiones especiales. Y trabajador. No sabía estarse quieto. Cuando estalló la guerra, estaba haciendo la mili en Zaragoza, mientras sus padres vivían en Alberuela. Un día recibieron una carta de su hijo, comunicándoles que se encontraba luchando en el bando nacional. Regularmente les fue escribiendo hasta que en una de ellas, les decía que se había apuntado en la División Azul, y que por eso, ellos recibirían una parte del salario que le iban a pagar y otra parte la recibiría el, tal y como había acordado cuando se alistó. Grande fue la

pena de sus padres, pero recibieron puntualmente la parte de paga que su hijo les había dicho que recibirían, hasta el día en que se presentó en casa, y que les sirvió para sobrellevar mejor, las penurias económicas que la guerra imponía a todos los ciudadanos. Durante el tiempo que anduvo en la División Azul, falleció su madre. En 1943, una vez repatriado, volvió a Alberuela condecorado y con un diploma de reconocimiento de su heroísmo que le entregaron los alemanes. Tenía veintiocho años, y seis meses más tarde fallecía también su padre. Luego, al año siguiente se casó con Rosario, una buena chica de Alberuela. La pareja no tenía todavía descendencia, y eran personas muy apreciadas por todos.

Cuando repararon en la presencia de un jinete en el camino que llevaba a la casa, prestaron atención al desconocido. Al fin, reconocieron en la negra figura a lomos de un asno, a don Emilio, y dejando lo que estaban haciendo se dirigieron, hacia el recién llegado, al que ayudaron a bajar del animal.

— Buenas tardes hijos míos, —les dijo— ya no estoy para estos trotes, los años ya empiezan a pasarme factura.

— Buenas tardes don Emilio —contestó Feliciano — Rosario, saca algo de beber y comer, para que don Emilio se recupere un poco.

— Don Emilio ¿quiere un *vasico* de agua fresca? — preguntó solícita Rosario.

— Te le agradezco de veras, hija mía. No hay mejor manjar que el agua cuando se tiene sed —le respondió

— Pero sin olvidar el vino, padre, sin olvidar el vino ¿no? — terció Feliciano

— Bueno, también. Pero primero el agua, que es lo propio para combatir la sed. Luego, el vino va bien para acompañar, no para quitar la sed. —replico el cura

— ¿Y qué le trae por aquí, don Emilio? — preguntó Rosario que venía con una jarra de agua cristalina. Don Emilio, se sirvió un vaso de agua hasta arriba y la bebió de un trago, a la vez que le hacía señas a Rosario, para que esperara la respuesta.

— Perdona hija, pero la sed me apremiaba. El motivo de mi visita no es otro que saber de vosotros y ver cómo le va el brazo a Feliciano. Ya he visto, viniendo, que te desenvuelves perfectamente con el hacha con un solo brazo. Pero ¿no deberías guardar reposo y no dedicarte a estas faenas?

— Pues eso me dice don Moisés, pero que quiere, no me se estar quieto. Es cosa de la persona.

Mientras, Rosario se había metido en la casa, a preparar una merienda-cena.

— Bien, hombre, bien, Feliciano. ¡Bien que las has montado! — don Emilio fue directamente al grano, lo que mostró a Feliciano, el motivo real de la visita, sonriendo de oreja a oreja.

— Que quiere don Emilio. La verdad es que hasta yo me sorprendo. ¡Cómo se me pudo ocurrir semejante propuesta! A veces lo hablamos Rosario y yo, y no lo entendemos. Pero no me dirá que el pueblo no la ha acogido con entusiasmo.

— Demasiado, diría yo —matizó el cura— y lo que es peor, puede traer consecuencias graves, si esto trascendiera a Zaragoza.

— Pero, don Emilio, ¿usted cree que eso va a ocurrir? ¿Quién les va a informar? Nadie. Fíjese, ocho años sin alcalde, y no pasó nada. Y de repente se acuerdan de mí, simplemente porque estaba en una lista. ¿Cree usted acaso que saben algo más de mí, o de Alberuela? Si usted hubiera estado allí, en el Gobierno Civil, lo hubiera visto con sus propios ojos. No sabían de lo que les estaba hablando, hasta que vino un señor con la camisa azul y una gorrilla roja en la hombrera, trayendo una carpeta. Nada, se lo digo yo. No pasa nada. Y por otro lado, don Emilio, seamos realistas. ¿Acaso me ve usted capacitado para manejar todos los papeles del Ayuntamiento? Yo llevo trabajando desde los catorce años, que es cuando pude dejar la escuela. Las letras y los números no es lo mío. Lo mío es el campo. De esto sí que entiendo, don Emilio, pero de lo otro, nada.

Rosario había regresado y había depositado una jarra de vino junto con unos platos con jamón, queso, embutido, rosquillas de vino, fruta y tomate junto con una panera donde estaba una hogaza de pan que la propia Rosario hacía en el horno de casa. Luego, se sentó y escucho la conversación.

— Sí, eso que dices, puede que sea así. Pero hijo, te designaron a ti. Con la ayuda de don Manuel, hubieras podido desarrollar tu papel, sin vértelas con todo el lio del papeleo oficial y todo eso. Tu renuncia y tu humildad, dice todo sobre ti. Mucho y bueno. Jesucristo, salvando las distancias, hizo algo parecido. Pero, Feliciano, créeme, por el bien del pueblo, deberías recapacitar y aceptar el nombramiento. Si acaso, pides ayuda a otros. Por ejemplo a Don Francisco. Seguro que él te ayudaría con agrado.

— No le dé más vuelta don Emilio. Aunque no lo parezca, yo tengo mucho orgullo, y por nada del mundo, querría pasar por una humillación de no saber estar a la

altura en ciertos actos, o cómo afrontar problemas que superen mi capacidad. No, don Emilio, bajo ningún concepto.

— Yo creo que te ahogas en un vaso de agua, Feliciano. Por más que lo pienso, no se me ocurre ninguna situación de esas que tú dices.

— Mire, don Emilio. Ahora, digo durante unos años, es posible que permanezcamos en el olvido para Zaragoza, pero esto cambiará alguna vez. Y en ese momento, hará falta una persona competente al frente del Ayuntamiento.

— Sí, claro, ¿y lo va a elegir las gentes de Alberuela? Además, ¿Quién te dice que para entonces, nombran a otro?

— Mire, yo bastante tengo con ir de vez en cuando al Ayuntamiento y firmar lo que haya que firmar. Y si un día aparece por aquí el Gobernador en persona, pues no me quedará más remedio que ir a saludarlo y a acompañarlo. ¡Y ya le digo yo, que jamás me las habré visto más gordas!

— Don Emilio, tome un *poquico* de jamón, y sírvase de lo que le guste, no me haga desprecio – medió Rosario

— ¡Eso nunca mujer! ¡Pues sí que has preparado en poco rato! Desde luego, que hoy ya no cenaré. ¿Y tú qué piensas de lo ha hecho tu marido?

— Yo *deso* no entiendo, don Emilio, pero me parece bien. Nosotros no somos muy instruidos. No somos analfabetos ni mucho menos, usted bien lo sabe, pero de ahí a lo otro, va un mundo. Cada cual está en el mundo, *pa* lo que Dios nos ha puesto ¿no le parece, don Emilio? Además, Feliciano fue a Zaragoza a renunciar, y

ni caso le hicieron. Yo creo que eso fue lo que más le enfadó. Ya sabe usted cómo es Feliciano, bueno como un trozo de pan, pero si algo no le gusta, no olvida, no. Y terco, más que una mula. Nosotros a lo nuestro, a trabajar y a sacar los hijos adelante, por cierto don Emilio, le tengo que comunicar que estoy embarazada de cuatro meses.

— ¡Caramba! Esa sí que es una noticia importante, hija mía. ¡Cuánto me alegro! Un niño o niña más en Alberuela. ¿Y ha habéis pensado como se va a llamar el niño o la niña? —

— Si es niño, José y si es niña Adela.

La conversación tomo otros derroteros, y sobre las nueve de la noche, cuando don Emilio comenzaba el viaje de regreso a Alberuela.

— ¿Quiere que lo acompañe don Emilio? Mire que está un poco oscuro. — dijo Feliciano

— No. No hace falta. Paso a paso, llegaremos el asno y yo a su casa. Además hace una temperatura muy agradable. Me vendrá bien para despejar.

Lo de “despejar” bien se podía referir a rebajar los frecuentes tientos al porrón que don Emilio había realizado, o bien a otro tipo de relajación.

Capítulo 12

Viernes, 22 de junio de 1945

Por fin, el día en que los candidatos debían presentarse al pueblo, había llegado. A la hora convenida, las 8 de la tarde, todo el mundo estaba en el Ayuntamiento. Fuera, en la plaza, los niños y jóvenes jugaban y se entretenían en mil variados juegos de todo tipo. Parecía que fuera un día de fiesta. Dentro del consistorio, el bullicio era enorme. El humo comenzaba a invadirlo todo, así es que por decisión general, sin que hubiera propuesta alguna, se decidió que el que quisiera fumar se saliera a la plaza.

Cinco minutos más tarde de la hora señalada, el alcalde Feliciano y don Manuel el secretario, flanqueados por el maestro, don Francisco y Santiago, se sentaron en la amplia mesa que ocupaba el escenario de la Sala de Plenos del ayuntamiento. Los cinco se sentaron de cara a la gente que abarrotaba el salón. Este, contaba con cinco filas de bancos, ocupadas por los más madrugadores y que asistirían al acto sentados, mientras que los demás lo harían detrás y de pie.

Justino, hacía guardia fuera, por “si las moscas” no se le ocurriera aparecer a alguien ajeno al pueblo, momento en el que quedaría suspendido el acto. La gente ya tenía instrucciones sobre lo que había que hacer, que no era otro que salir tranquilamente del salón, y dirigirse a sus casas o al bar, o simplemente a pasear, y hacerlo

conversando de cosas nimias y normales en una conversación entre agricultores. En fin, que todo estaba preparado para iniciar el principio del fin de todo aquel asunto que mantenía en suspenso a Alberuela, donde se iba a producir un hecho que, de saberlo el mundo, hubiera sido digno de figurar en los anales de la humanidad. Pero por desgracia, aquello no era posible y se tendrían que contentar, como mucho, con contárselo a los nietos o biznietos. Pero la historia es así. Grandes hechos magnificados que en realidad no lo fueron tanto, y otros que duermen en el olvido y desconocimiento que realmente serían los que habría que estudiar.

Don Emilio, tomó asiento en el extremo del primer banco. Tenía interés y curiosidad sobre lo que iban a proponer los tres hombres que iban a esculpir aquel alocado y desdichado monumento a la locura. El resto, don Moisés, don Adolfo y don Anselmo, estaban sentados en el extremo contrario. Doña Marta, ocupó el asiento central de la primera fila, dispuesta a fiscalizar cuanto allí se dijera. Iba acompañada de Sagrario quien no había querido perderse el acto, “por nada del mundo”. A su lado, Rosario, la mujer de Feliciano, quien ya le había comunicado a doña Marta la buena nueva de su próxima maternidad, lo cual equivalía como publicarlo por bando al pueblo.

Tomó la palabra Feliciano, quien dio las gracias a los presentes, y tras un breve comentario sobre como se había llegado a aquel punto, cedió la palabra al secretario, quien presentó a los candidatos. Según dijo, se había realizado un sorteo para establecer el orden de intervención, determinando el mismo, que en primer lugar, hablaría Don Conrado Martín Gómez, luego seguiría don Santiago Castejón Loren y finalmente don Francisco Álvarez de la Cruz.

Conrado, carraspeó un par de veces. Bebió del vaso de agua que tenía delante, ordeno un par de cuartillas donde podían verse garabateadas unas líneas y por fin se dirigió al público, coincidiendo con el momento en que desde el fondo, alguien gritó un ¡animo Conrado!

— Estimados amigos y convecinos. Este momento, es un momento para mí, imponente. No por el resultado, que será importante, porque lo decidiréis vosotros, sino por el hecho en sí. Me dispongo a explicaros brevemente, cual es mi punto de vista de cómo deberían ser las cosas, si yo fuera vuestro elegido, y si la situación actual, lo permitiera. Yo, como sabéis, soy un simple Maestro de Escuela, pero a mis 58 años, me ha tocado vivir situaciones complicadas, y ahora en los últimos años de mi vida como docente, se me ofrece la posibilidad de realizar un último servicio a mi comunidad. No debe de extrañaros, por tanto, que mi propuesta se encamine hacia la enseñanza. Como sabéis por experiencia, solo existe una escuela, o por mejor decir, una única aula, donde se juntan nuestros hijos independientemente de la edad que tengan. Lógicamente, cada edad, exige un aprendizaje diferente, cuya dificultad debe ir creciendo con la misma. No es de recibo, que en una misma aula, convivan niños y niñas de diferente edad, y por tanto en diferente nivel de aprendizaje. Sin embargo, eso es lo que nos toca vivir. Un solo maestro para atender a niños en diferentes momentos en su aprendizaje, es una barbaridad que nuestros gobernantes tendrán que acometer algún día. Sin embargo, si a mí me fuera dada la posibilidad de hacer algo, lo primero que haría, sería contratar a un nuevo maestro o maestra que ayudara en las tareas de enseñar, y al menos, y con organización, hacer más eficaz el aprendizaje, simplemente porque podríamos agruparlos en función de la edad, y su presencia en el aula, estaría mucho mas aprovechada, que es lo que quiere todo docente que se precie. Con un

nuevo maestro, deberíamos rehabilitar otra aula en la escuela, y con la ayuda de todos no nos sería nada difícil conseguirlo. Esta sería mi principal y básica propuesta, porque proponer aquí otro tipo de cosas, no sería adecuado que yo lo hiciera, y proponer otras cosas en materia de enseñanza y docencia, de más calado, estaría tan fuera de lugar, que sería hablar por no callar, e incluso la que os acabo de presentar, resultará difícil de conseguir, pero entre todos, tal vez, lo podríamos lograr. Quiero daros las gracias por haberme proporcionado esta posibilidad de dirigirme a vosotros, que aunque ya sabéis mi forma de pensar, el hacerlo desde una plataforma, y someterme a vuestro juicio, cobra una dimensión que a mí, me emociona y embarga. Muchas gracias.

Muchos aplausos inundaron el salón. Junto a los vítores, se unieron los silbidos de sus alumnos que, desde el fondo, asistían en masa a la alocución de su maestro. Los aplausos duraron unos minutos, y tras hacerse con el control de la asamblea, don Manuel dio paso al segundo candidato.

Santiago, por su parte, no llevaba ningún papel de ayuda. Una vez que el silencio se apoderó de la sala, bebió un sorbo de agua. Se le notaba un tanto tenso y nervioso. Tras un prolongado silencio, que mostraba su estado de nervios, se dirigió, finalmente, a sus convecinos.

— Buenas noches, alberulenses. Es un gran honor para mí, poder dirigirme a vosotros desde este estrado, con motivo de la presentación de mis propuestas a vuestra consideración. Yo, al igual que mi amigo Conrado, que ha optado por hacer propuestas relacionadas con su actividad, voy a hacer propuestas que se encaminan a resolver los problemas que se nos presentan cada día en nuestra tarea de trabajar los campos. Como sabéis, muchas son las cosas que

tendríamos que hacer, o están pendientes de hacer en nuestro pueblo. Yo me centraré en dos: la alberca y el camino que lleva hasta la Pinada, y que es el que usamos cotidianamente para ir a realizar nuestras faenas agrícolas. La alberca, tan necesaria para nosotros, requiere que la reparemos en profundidad, o bien hacerla nueva. Tal y como está en la actualidad, produce más gasto que provecho, y yo propondría hacerla nueva. Yo estaría dispuesto a correr con los gastos de los materiales, si cuento con el apoyo de las gentes de Alberuela, tal y como ya ha ocurrido en incontables ocasiones. Es necesario reparar también gran parte del recorrido, el cauce que la alimenta y el de desagüe. Yo estoy dispuesto a afrontar de una vez por todas este proyecto, y si me acompañáis lo lograremos.

Numerosos murmullos de aceptación se oyeron entre los asistentes. Hubo asentimiento general y miradas cómplices de aceptación de unos con otros, por la propuesta de contribuir con una parte importante del coste, como los materiales. Eso era un problema grande a la hora de afrontar ciertas reparaciones. Santiago siguió hablando.

— También, otro punto importante, es que deberíamos reparar el camino viejo, el que lleva a la Pinada. Cuando llueve se pone intransitable, y las ballestas de nuestros remolques y carros, se rompen cada dos por tres. Y no es nada barato reparar esas ballestas, como todos sabéis. Ahora lo que estamos haciendo es rellenar de tierra y apisonar los agujeros que se producen por el paso de las caballerías y de los carros, cuando la tierra esta mojada por las lluvias. Yo propongo que adquiramos piedra molturada y cubramos con ella el camino. Lo he visto en otros sitios y da un resultado mejor que lo que estamos haciendo por aquí. Consiste en extender la piedra molida y apisonar. Luego hay que

mantener periódicamente el camino, pero a medio y largo plazo nos resultará rentable.

Esta vez la idea no entusiasmó tanto, tal vez porque Santiago no había pronunciado las frases adecuadas, es decir, lo referente a la financiación de la obra. Pero también se extendió un rumor aprobatorio entre los asistentes.

— Cabría mencionar mil cosas más, pero como ha dicho Conrado, no se trata de hacer una lista de las innumerables cosas que nos faltan, sino de intentar resolver las más acuciantes. Ya sabéis que siempre nos hemos apañado en Alberuela con lo que hemos podido, pero estas dos cosas que os propongo, nos las deberíamos tomar muy en serio. Todos juntos, seguro que podemos. Eso es todo. Gracias por escucharme.

Nuevamente, grandes vítores y aplausos se dejaron escuchar dentro y fuera del Salón de Plenos. Algunos curiosos, ante el estrapalucio, entraron preguntando a sus vecinos por lo que estaba ocurriendo dentro.

Mientras, en el bar, algunos vecinos, a los que les interesaban más otro tipo de cosas, menos serias, comentaban sobre la recién acabada Vuelta a España de Ciclismo, primera disputada desde que se inició la guerra, y que había constituido un paseo para Delio Rodríguez, que se subió al liderato en la segunda etapa y no lo dejó ya hasta el final. Había quienes, hablaban sobre la cantidad de caza que se observaba en los terrenos vecinales. Sería una buena temporada la de este año. Otros, estos, sí, comentaban sobre lo que estaba ocurriendo en el Ayuntamiento. Las propuestas que se habían presentado, ya habían llegado a los contertulios del bar, y estaban en pleno debate, del cómo, cuándo y porqué. Eso sí, todo el mundo estaba de acuerdo, en que lo que se proponía era lo más importante. Dentro del

Ayuntamiento, don Francisco estaba a punto de tomar la palabra, cosa que hizo, en cuanto el silencio fue total.

— Buenas noches, amigos todos. He escuchado con suma atención lo que han comentado mis compañeros oponentes de candidatura. Y mientras hablaban, no he podido evitar el considerar a Alberuela como una burbuja dentro de otra burbuja, mucho más grande, más compleja y más convulsa, que se llama España. A nuestra nación le espera un largo invierno en el campo de las libertades. La situación actual mejorará progresivamente, no podría ser de otra forma, pero las libertades reales, tardarán en regresar. No sé si sabéis que están a punto de aprobarse un par de leyes nuevas, de las denominadas Leyes Fundamentales del Movimiento. Se trata de Los Fueros de los Españoles, donde se detallan los derechos y obligaciones de los españoles, y la otra es la Ley de Referéndum, donde se establecen las condiciones para que se puedan celebrar consultas a los españoles. Es decir, se están poniendo en marcha leyes que aparentando garantizar derechos, más bien los normalizan y dirigen. Pero esto es circunstancial, y debemos resistir, porque los gobiernos y los regímenes pasan, pero el pueblo, el pueblo llano, queda. Y aquí estaremos cuando las libertades nos sean retornadas. Seguramente, todos os estaréis preguntando, ¿a cuento de qué viene todo esto que nos está contando? Y he aquí la explicación. Quería poner juntos, los devaneos nacionales de construcción de una nación y los nuestros. Como podéis observar, nada que ver. No se parecen en nada. Leyes y más leyes, que ahora se publican y que otros, en su día derogarán. Y mientras tanto, aquí, en Alberuela, pensamos en cómo resolver los problemas cotidianos que se presenten. Por eso, comparaba la complejidad de esa burbuja que nos contiene, con la nuestra. En aquella, todas las cuestiones tienen varias aristas, tantas como observadores, y en la nuestra tienen

una y, lo que es mejor, todos la vemos. Por eso, mis compañeros, os han presentado justo lo que creen que es más importante para el pueblo. Justo aquellas necesidades que se pueden palpar, que se pueden ver, que las sufrimos a diario, y que si las resolvemos, nos permitirá disfrutar rápidamente de sus beneficiosos efectos. Exactamente problemas con los que peleamos todos, todos los días del año. Y en este entorno, ¿qué os puedo ofrecer yo? Mis estudios y conocimientos, adquiridos tras largos años de participar en la política del Estado, de poco sirven hoy, aquí y ahora, en las perentorias necesidades de Alberuela. Veo con absoluta claridad, que en nuestras circunstancias actuales, las de Alberuela, lo que prima y debe primar, es solucionar problemas reales de la gente, los vuestros, los del pueblo, no quimeras ideológicas que se montan en los grandes escenarios de la política, donde los intereses de los particulares, priman por encima de los intereses generales. ¿Qué os puede aportar mi experiencia en administración pública, en derecho, que solucione vuestros problemas reales? Un silencio absoluto se extendía sobre el Salón de Plenos. Las miradas de la gente, tensas, fijas y absortas, estaban posadas en don Francisco, en sus gestos en sus palabras. — Si Alberuela fuera una población como Zaragoza, Madrid, Barcelona, Sevilla o Bilbao, donde los problemas no poseen la concreción y claridad que tienen los problemas de Alberuela, y en los que la participación, el interés, el beneficio y la declaración de bien de interés público, hay que pactarlo antes que considerar la realización del proyecto, independientemente de su necesidad o no, entonces, en ese proceloso mar de intereses, mi experiencia sí que podría aportar soluciones. Es muy típico que en estos Ayuntamientos, y por extensión, en cualquier foro político donde se legisle o tome decisiones, los problemas se creen para la ocasión, con el único fin de que algunos se beneficien de su solución. Si se ponen

de acuerdo las partes, se dirá que el proyecto es de interés público para la población. Si no hay acuerdo, la cosa no es tan importante ni tan vital. En un Ayuntamiento así, tal vez yo pudiera ser útil, dada mi experiencia. Pero en Alberuela, a Dios gracias, todos vemos lo mismo: un problema tangible que hay que resolver. No es cuestión de colores o formas de pensar. Es más simple que todo eso. Se trata de pensar el cuándo y cómo lo vamos a hacer y de donde va a salir el dinero: hay un problema perfectamente definido que hay que resolver. Tras mi exposición, que a buen seguro no esperabais, os estaréis preguntando entonces, por las razones por las que me presento ante vosotros para solicitar vuestro voto. Y yo simplemente os digo, que porque para mí, es un honor ofrecerme a vuestra consideración, y ponerme, si así lo decidís, a vuestro servicio, porque ¿hay alguna distinción más hermosa e importante, que ser el alcalde del pueblo del que emergen tus raíces? A mi modo de ver y de pensar, ninguna. Esto era cuanto deseaba deciros. Gracias por vuestra presencia. Muchas gracias.

Ovación cerrada. Todos los asistentes aplaudían con entusiasmo las palabras de don Francisco. Agradecían su sinceridad y la claridad de su exposición. Los tres candidatos habían expuesto sus puntos de vista, y todos habían estado a la altura de lo que se esperaba de ellos. Nadie había quedado defraudado por lo visto, y todo el mundo se felicitaba, como si se tratara de la celebración de una boda o un bautizo. Realmente, cualquiera de los tres, podía hacerlo perfectamente.

Don Manuel, hacía todos los posibles por atraer la atención del público, pero no había forma. Nadie le hacía el menor caso. Al final, logro imponerse. Una vez restablecido el silencio, más o menos, tomo la palabra dirigiéndose a todos.

— ¿Quiere alguien hacer alguna pregunta a algún candidato?

Sorprendentemente, nadie levanto la mano. Se había entendido el discurso de los tres candidatos, en el sentido de que lo que proponían, no eran nada más que deseos con visos de realidad. Y que en definitiva, las cosas podían hacerse, pero con la participación de todos, como habían hecho siempre. Preguntarles por otras cosas, hubiera sido no entender la situación.

— Bueno. Pues cerramos este acto. El domingo, a votar en este mismo lugar. La urna se abrirá a las seis de la tarde hasta las ocho. Hasta el domingo.

Todo el mundo comenzó a desfilarse. Unos minutos después, el salón estaba vacío. Tan solo quedaban en él, los miembros de la presidencia y don Emilio que se unió a ellos. Conversaron durante unos minutos, y también ellos abandonaron el Salón de Plenos del ayuntamiento. Justino apagó las luces y cerró la puerta. Ya solo quedaba un acto para terminar la representación.

Capítulo 13

Domingo, 24 de junio de 1945

El domingo había aparecido radiante y caluroso. Sobre las ocho de la mañana el bar de Alberuela, registraba bastante animación, porque ese día, los cazadores de la localidad y los de otros pueblos de los alrededores, se reunían en él, para tomar los últimos “refuerzos” antes de emprender la jornada. Tres vehículos, de color negro y con el portaestandarte cubierto, aparcaron en la plaza, frente al bar. De ellos se bajaron, siete personas, con atuendo cazador, dirigiéndose hacia la puerta de entrada. Una vez dentro, ocuparon un par de mesas que juntaron previamente. Petra, la dueña, se acercó para limpiar la mesa.

— ¿Qué desean los señores? –preguntó

— ¿Tiene huevos y jamón? –pregunto uno, que portaba una camisa azul y pantalones de camuflaje.

— Sí. ¿Quieren huevos fritos con jamón?

— Sí. A ver, ¿todos queremos huevos fritos? –pregunto el que había hablado antes, dirigiéndose al resto, quienes contestaron afirmativamente.

— Pues siete raciones de dos huevos fritos con jamón. Y vino para beber. Y si nos pone una ensalada con tomate y lechuga, perfecto.

Petra, terminó de componer la mesa. Luego se fue a la cocina, mientras, José, su marido, ponía sobre la mesa los cubiertos, las servilletas de tela, vasos, un cestillo con pan y dos jarras de vino, una en cada mesa. Los recién llegados, hablaban animadamente, observando los detalles del bar, mientras eran observados por los restantes clientes, cosa de la que se dieron perfecta cuenta. Uno de los forasteros, único que llevaba bigote, se dirigió a los que estaban en el mostrador.

— ¿Qué tal está la zona de caza? ¿Hay conejos y perdices en abundancia?

— Bastantes, sobre todo conejos. Lo que pasa es que hay que tener buenos perros, porque si no se agazapan muy bien, y no salen. Tienen mucha “mili” los conejos y perdices de esta zona.

— ¿Qué, les enseñan todos los días, o qué? — contesto el hombre del bigote, en alusión a que todos los días iban de caza.

— No, señor. Es que son más listos que “*Brijan*” — concluyó

— ¿Y qué zona es buena para encontrar conejo? — preguntó uno de los visitantes

— Pues pasada la Pinada, se han visto muchos.

— ¿Y por donde se va?

El que había contestado, le indico el camino a seguir, señalándole la ruta que conducía a la alberca y llevaba hasta la Pinada.

— ¿Vienen de la capital? —pregunto otro

— ¿Cómo lo sabe? —le contesto con una sonrisa el del bigote

— Hombre lo digo por el “cacharro” ese del coche, donde se ponen las insignias.

— ¡Ah! Si venimos desde Zaragoza. ¿Y qué tal por el pueblo? ¿Hay mucho movimiento? —dijo

— ¿Qué movimiento *quíé* usted que haya? ¿En Alberuela?

— Claro, donde si no. Lo digo por las próximas fiestas patronales.

— Bueno, aun es pronto. *Pa* eso faltan todavía casi dos meses.

— ¿Y qué tal está don Feliciano, el alcalde? —preguntó el cliente de bigote.

— ¿Lo conoce usted? —pregunto José el dueño.

— ¡Vaya que si lo conozco! ¡Ya lo creo! Tengo entendido que fue nombrado alcalde hace poco. Un buen chaval. ¡Si señor! Y que, ¿Le gusta el cargo? Porque no a todos les gusta ser alcaldes. Se asustan.

— ¿Qué si le gusta? ¡Más que un palico a un tonto! —mintió José— *Encantadico*, esta. Esperemos que no se le suba a la *caeza* el cargo. Y qué, ¿vienen *pa tol* día? —pregunto José, cambiando de tema.

— No, solo por la mañana. Si no, nuestras señoras se enfadarán. —dijo el del bigote sonriendo.— Pues ya me gustaría verlo. Igual me paso por la tarde para recordar viejos tiempos. Aunque se enfade la mujer.

— ¡*Quiá*, no haga *usté* eso! Las mujeres lo primero. Que cuando se ponen de morro, no hay quien las

aguante. Al menos la mía. Y me paice que se llevan toas poco. Además, tengo entendido que Feliciano, se ha ido al pueblo de la mujer, a visitar a los parientes. Porque van a tener un niño. —dijo agobiado José.

Petra llegó en aquel momento con tres platos humeantes de huevos fritos y los fue situando sobre la mesa. Luego volvió con el resto de platos.

— ¡Que aproveche!

— Bueno, pues lo tendré que dejar para otro día. — terminó con una sonrisa el del bigote.

Los forasteros comieron con gana, y luego, a los cafés, uno de ellos saco una botella de coñac para los carajillos. Pagaron y se fueron, bajo la atenta mirada del resto de clientes.

— ¿Qué te parece? — le dijo uno a otro

— ¡Qué casualidad! ¿No? Hoy precisamente aparecen unos señoritos de Zaragoza. ¡Y preguntar por Feliciano. Y menos mal, que José ha estao fino. Aunque, la verdad, no creo yo que.... Más que nada por su forma de conducirse. No obstante, se lo voy a comentar a don Manuel.

El resto del día, transcurrió con normalidad, y de los forasteros no se supo más, aunque un cierto sobresalto sí que se produjo cuando se corrió la noticia por el pueblo. Pero con el paso de las horas y al no hacer su aparición en el pueblo, la cosa se calmó totalmente.

Lentamente, se fue acercando la hora fijada para las votaciones, y la gente, como si disimulara, se fue aproximando a la plaza del Ayuntamiento. A las seis en punto, se abrieron las puertas, y mientras unos vigilaban, otros iban pasando al interior y votaban con unas

papeletas que don Manuel había realizado y que podían cogerse dentro de una caja grande, donde se encontraban las papeletas con los nombres de los tres candidatos. Así fue transcurriendo el tiempo de votación, de forma que a las siete y media, casi todo el pueblo con derecho a voto había pasado. Se esperó a que se hicieran las ocho, y en ese momento, se cerraron las puertas del Ayuntamiento. Dentro, el Comité Electoral, formado por Feliciano, don Manuel, don Adolfo y don Moisés, comenzó el recuento de votos, ante la presencia, además, de los tres candidatos.

Media hora después, el escrutinio estaba realizado y don Manuel, dio orden a Justino para que volviera a abrir las puertas del Salón de Plenos, y dejara entrar a la gente. Una vez que estuvo al completo, y se restableciera el silencio, don Manuel comenzó a leer el acta del escrutinio.

“Resultado de las elecciones a alcalde en Alberuela del Campo: total votos 511, votos válidos 511 que se distribuyen de la siguiente manera, Don Francisco Álvarez de la Cruz, 280 votos, Don Santiago Castejón Loren, 126 votos y Don Conrado Martín Gómez 105 votos. Queda proclamado Alcalde de Alberuela por votación popular, Don Francisco Álvarez de la Cruz. Alberuela, 24 de Junio de 1945. Firmado la Comisión Electoral”.

Don Manuel mostro el documento a los asistentes presentes, y todos felicitaron a los candidatos. Luego don Manuel, pidió silencio pues el alcalde electo les iba a dirigir la palabra.

— Quisiera daros las gracias por haber depositado vuestra confianza en mí. Esto supone un final inesperado de mi vida pública, pero precisamente por ello, lo estimo como la distinción más importante que haya podido

recibir nunca, precisamente, por haberme sido otorgada por vosotros, mis convecinos. Lástima que los tiempos por los que nos toca vivir no permitan que esta elección vuestra, pueda ser comunicada a los cuatro vientos, para conocimiento universal. De cualquier modo, estoy a vuestra entera disposición. Gracias a todos por vuestra confianza que aprecio en lo que vale.

Fuertes aplausos ahogaron las últimas palabras de don Francisco, quien sin poder impedirlo, se emocionó, no pudiendo impedir que un par de lágrimas asomaran a sus ojos. Lo mismo le pasaba a Conrado que también lloraba. Los tres candidatos se fundieron en un abrazo, al que atrajeron a Feliciano, emocionado, incapaz de articular palabra alguna. Hasta don Emilio, notó como se le hacía un nudo en la garganta, y contemplando la escena, no pudo menos que esbozar una ligera y enigmática sonrisa que pasó desapercibida para todos, concentrados en vivir la emoción del momento.

Y así fue como Alberuela del Campo, en un hecho sin precedentes, en pleno desierto monegrino, se había convertido por unos días en un oasis de libertades. Si un caminante hubiera tenido noticia de lo acaecido, pensaría que se trataba de un Espejismo, una irrealidad con formas de realidad, producido por el bochorno aplastante, imperante en la nación por la falta de libertades. Sin ninguna duda, continuaría su camino sin reparar que, dejaba atrás una ilusión en forma de pueblo.

Epílogo

Miércoles, 27 de junio de 1945

El sol se encontraba en el apogeo, marcando implacablemente las doce del mediodía. Un motorista del Gobierno Civil, detenía su moto ante el Ayuntamiento de Alberuela del Campo, se quitaba su casco blanco y los guantes y se adentraba en el ayuntamiento. Traía tres cartas, de las cuales dos las entregó a don Manuel, secretario del ayuntamiento y la tercera se la llevó a don Emilio.

Las dos entregadas en el ayuntamiento, iban dirigidas al muy ilustre, Ilmo. Sr. Don Feliciano García Navarro. Alcalde de Alberuela del Campo y don Manuel, sintió un estremecimiento cuando vio los membretes de procedencia de las dos cartas: una procedía del Gobierno Civil y la otra de la Delegación en Zaragoza del Ministerio de Obras Públicas. Conteniendo la respiración, y con el corazón latiéndole de forma brutal, llamó a Justino, para que de inmediato, fuera a llamar al Sr. Alcalde, con el ruego de presentarse en el Ayuntamiento.

— Dile que han llegado dos cartas a su nombre y que las debe abrir él —le dijo

En realidad no era así, pero algo le decía en su interior que aquellas cartas las tenía que abrir Feliciano. Media hora más tarde, Feliciano entraba por la puerta del despacho de don Manuel, todo sudoroso, en ropa de faena y con la respiración alterada.

— ¿Qué pasa? No sé que me ha dicho Justino de unas cartas importantes. Chico, me ha metido el miedo en el cuerpo.

— Aquí están. Del Gobierno Civil y de Obras Públicas.

— Bueno, vamos a abrir primero, la del Gobierno Civil.

Con manos trémulas, abrió Feliciano, ayudándose de un abridor de cartas la carta del Gobierno Civil, leyendo en voz alta.

Ilmo. Sr. Alcalde de Alberuela del Campo Don Feliciano García Navarro Con fecha de hoy, 27 de Junio de 1945, le comunicamos que este Gobierno Civil, da por presentada y aceptada su carta de dimisión como Alcalde de Alberuela del Campo. También, y con la misma fecha, comunicamos a esa Corporación que ha sido elegido como nuevo Alcalde de Alberuela del Campo, don Francisco Álvarez de la Cruz, al que se le deberá notificar este nombramiento, y su aceptación, siguiendo la normativa vigente. Agradeciéndole los servicios prestados a la Patria, Viva España, Viva Franco Fdo. Ilmo. Sr. Eduardo Baeza Alegría, Gobernador Civil de Zaragoza.

Feliciano miró a don Manuel. Los dos se miraban sin hablarse, atónitos, sin saber que pensar, ni que decir. Aquello rozaba la frontera de lo irracional. Como un autómatas, don Manuel le tendió la carta del Ministerio de Obras Públicas a Feliciano, quien no pudo reprimir un cierto temblor en sus manos, producto de la tensión del momento. Este la abrió, no sin dificultad, sin decir palabra, y volvió a leer en voz alta:

Ilmo. Sr. Alcalde de Alberuela del Campo Don Feliciano García Navarro Con fecha de hoy, 27 de Junio

de 1945, le comunicamos que esta Delegación en Zaragoza del Ministerio de Obras Públicas, ha tomado la decisión de ejecutar el Proyecto N° 234/Junio/45 por el que la Alberca situada en el Camino Rural C234 va a ser reconstruida, con cargo al presupuesto de esta Delegación. Lo que le comunico a los oportunos efectos de que provean alojamiento y alimentación para una brigada de cuatro personas que en breve se personaran en Alberuela del Campo, con el fin de proceder a la ejecución de la citada obra. Lo que le comunicamos, para que sirva de general conocimiento Viva España, Viva Franco Fdo. Ilmo. Sr. Carlos Miranda Ortiz, Delegado del Ministerio de Obras Públicas en Zaragoza.

Feliciano y don Manuel, estaban en suspenso total. Sus caras reflejaban una blanca palidez. ¿Pero qué estaba pasando? O mejor, ¿Qué había ocurrido? En estas estaban, cuando llegó al Ayuntamiento don Emilio. Traía una carta en la mano. Venía con una gran sonrisa en la cara.

— ¿Pero qué os pasa? ¿Habéis visto fantasmas?

— Fantasmas no, don Emilio –dijo Feliciano– pero milagros sí que se podía decir que hemos visto, o mejor dicho, leído.

— ¿Pues qué pasa? –preguntó el cura

— Agárrese. Hemos recibido dos cartas: una del Gobierno Civil y otra de la Delegación del Ministerio de Obras Públicas de Zaragoza. En la del Gobierno Civil, aceptan la dimisión de Feliciano como alcalde, y nombran nuevo Alcalde. ¿Y a que no sabe a quién han nombrado?

— Pues no. ¿Cómo lo voy a saber?

— ¡A don Francisco!

— ¡No me digas! ¡Esto es un milagro! —dijo don Emilio

— Y en la de Obras Públicas, nos comunican que nos van a hacer nueva, la alberca, y que preparemos alojamiento y manutención para la brigada que ha de venir a realizar las obras.

— Bueno, esto es para mear y no echar gota, y perdone la expresión don Emilio —dijo Feliciano

— Usted, veo que viene también con una carta. — dijo don Manuel

— Si hijo mío. Del Arzobispo de Zaragoza. Como es sabido, nuestro Arzobispo Rigoberto es un entusiasta impulsor de Acción Católica, y por tanto, se ha impuesto como labor prioritaria y dentro de su tarea de difundir las virtudes cristianas, la de que en todos nuestros pueblos haya un Grupo de Acción Católica. Así es que me comunica que nos va a enviar una Señorita para que organice un grupo de Acción Católica en Alberuela, y que además nos ayude en la Escuela, pues es Maestra nacional, y me pide que le suministremos un lugar donde pueda vivir. Por supuesto, el Arzobispado correrá con su retribución. Así pues, hijos míos, por lo que veo, un Ángel de la Guardia ha velado por Alberuela, y ha resuelto la situación peliaguda en la que os habíais metido. ¡Ya podéis dar gracias a Dios por todos los parabienes que habéis recibido! De momento, el domingo haré una misa solemne a las 12 para dar gracias por todos estos dones. Espero que cuando se conozcan todas estas nuevas, el pueblo, empezando por el Ayuntamiento se vuelque en dar las gracias.

— Oiga don Emilio —pregunto don Manuel, mirando fijamente a don Emilio— Usted, debe de tener mano en las alturas, ¿no?

- ¿Por qué lo dices? –respondió don Emilio
- Por nada, por nada. Pero de todas formas, gracias.
- De nada.

Epílogo II

Lunes, 9 de junio de 1945

Cuando con puntualidad militar, don Rigoberto Domenech Valls, llegó a su despacho del Arzobispado a las 8 de la mañana, tenía esperando a su secretario con una carta en la mano. Este parecía ostensiblemente nervioso.

— ¿Qué le pasa padre Ángel? Le veo nervioso. ¿Alguna mala noticia?

— Malísima. Lea Vuestra Ilustrísima. Es una carta de don Emilio Vidal, cura de Alberuela del Campo.

— ¿Alberuela? ¿Dónde queda eso? —preguntó el Arzobispo

— Es un pueblo de la provincia de Zaragoza. Queda por los Monegros. Hasta que no he mirado un mapa, no he podido localizarlo.

— Veamos lo que dice nuestro párroco —El Arzobispo comenzó su lectura, y conforme lo hacía, su cara iba adoptando un aire de extrañeza admirativa

— ¡Virgen Santa! Pero ¿cómo es posible una cosa así?

— ¿No le dije? —terció el secretario

— ¡Pero esto es extraordinario! Nuestro curita, además, los defiende. Dice que me comunica lo que ocurre, porque cree que en conciencia debe de informarme de lo que está sucediendo, pero que en modo alguno, y desde su punto de vista, hay ningún peligro de rebelión ni sedición. Que está vigilante y que me informará diariamente de cómo vayan sucediendo las cosas. ¡Quieren elegir un Alcalde, porque el que ha nombrado el Gobernador Civil, no quiere aceptar el puesto! ¡Y se ha creado una Comisión Electoral! ¡Válgame el cielo, en mis 75 años de vida, no había visto una cosa así! ¿Te cabe algo así en la cabeza?

— No, ni por lo más sagrado. ¿En qué cabeza cabe?

— Pues fíjate lo que dice. Que entre los personajes de todo esto, se encuentra don Francisco Álvarez de la Cruz. Tú seguramente no lo recordarás, pero yo lo recuerdo perfectamente, cuando se dedicaba a la política. Fue una persona de cierto peso, con gran prestigio como jurista, hombre íntegro, y que a mi juicio, pecaba de idealista. Su integridad, tarde o temprano le tenía que hacer abandonar el proceloso mundo de la política, cosa que finalmente ocurrió. Francamente, si un personaje así está metido en esto, tengo que convenir con don Emilio, en que lo que está ocurriendo en Alberuela, puede ser calificado como un sarpullido de recuerdo de tiempos pasados.

— ¿Qué hacemos? —preguntó el Secretario.

— Voy a seguir este asunto a diario. Si se sigue adelante, hablaré con Eduardo del asunto. Pero por el momento, vamos a ver qué pasa.

— ¿Cree, vuestra Ilustrísima, que es lo correcto? ¿No deberíamos abortar todo eso?

— No. Voy a seguir el consejo de don Emilio. Que Dios me perdone, pero ¿querrás creer que esta gente me ha caído en gracia? Vamos a seguirlo atentamente. Quiero que tan pronto lleguen las cartas de don Emilio, se me entreguen inmediatamente.

— Lo que su Ilustrísima disponga.

Y desde aquel día, en el Arzobispado se recibía diariamente información sobre lo que sucedía en Alberuela. Y de todas aquellas cartas, se emanaba un inmenso amor y admiración de su autor, por aquellas gentes, que al fin, formaban su rebaño. Y el Arzobispo de Zaragoza, se encariñaba cada día más con la gente de Alberuela. Cuando recibió el informe del día 22, el de la presentación de proyectos de los candidatos, llamó por teléfono al Gobernador Civil de Zaragoza, y quedaron en verse al día siguiente para hablar de un tema que quería comentarle personalmente.

Don Eduardo Baeza Alegría, alucinaba cuando escuchaba la voz sosegada y admirada del Arzobispo de Zaragoza, relatándole los hechos que acaecían en Alberuela del Campo, un pueblecito aragonés, olvidados de todo y de todos, que nunca pasaba nada, incluida la guerra. Cuando el arzobispo terminó de contarle la historia, se miraron fijamente unos segundos, para terminar con una abierta sonrisa.

— Vaya, vaya. Así que en Alberuela son todos unos nostálgicos de la democracia. Y quieren elegir a su alcalde —dijo mientras se atusaba el bigote—. La verdad es que ahora que me cuenta esto su Ilustrísima, creo recordar que efectivamente, hace unos días me apareció en el despacho un hombre que quería renunciar a su nombramiento de alcalde. El caso es que me pilló en mal momento, y no le hice mucho caso. ¡Vaya con el soldadito de la División Azul! La verdad es que en todo

este asunto, y por lo que me cuenta, no parece que exista ningún intento subversivo. Es más bien, como dice su cura, un juego de niños grandes. ¿Y qué me recomienda su Ilustrísima que haga?

— Bueno, ¿Qué le parece a su excelencia, si nombrara al que ellos elijan? Total, ¿en qué cambiaría la situación? Debemos convenir que tal vez, si el alcalde elegido no quiere serlo, porque se considera incapaz de desenvolverse en el cargo, seguramente será mejor alcalde el que si lo quiera ser, siempre y cuando, como es natural, no suponga un elemento discordante ni contrario a los Principios Fundamentales del Movimiento. Pero por lo que me dice en sus informes diarios don Emilio, esto, no se da ni en los candidatos, ni en la gente de Alberuela.

— La verdad es que me gustaría ver la cara que pondrían, si vieran que cesamos al actual y nombramos al que acaban de elegir. Sería un momento gracioso.

— En efecto. ¿Y sobre lo que me informa del estado de la alberca? Me ha agradado eso de que todos se junten para resolver unidos un problema. Debería cundir más en España esta forma de pensar y actuar. Creo que esta actitud nos demuestra que, en efecto, en Alberuela no existe ningún riesgo de nada. Parece ser gente trabajadora y que no esperan a que les llegue ayuda de fuera para resolver sus problemas comunes. Gentes así son las que necesitamos en estos momentos en España. Pueblos que ayuden a crecer y a superar los obstáculos. Creo que también moveré algún hilo para resolverles ese asunto de la alberca. ¿Y su Ilustrísima, va a ayudarles de algún modo?

— Por supuesto. Les voy a enviar a una persona para que cree en Alberuela un grupo de Acción Católica,

y a la vez que colabore con el maestro en la educación de los niños.

— Pues les va a salir la jugada perfecta.

— Eso parece.

— ¿Cuándo me ha dicho que es el día de las elecciones?

— El domingo, 24, por la tarde. De 6 a 8.

— Pues igual les hago una visita, para ver como es el pueblo este. Francamente, me han intrigado. ¡Ah! y lo voy a poner en el mapa con una chincheta. A este pueblo habrá que tenerlo muy presente a partir de ahora.

Nota del Autor

(1) En Zaragoza, el Paseo de Torrero, termina en el Cementerio de Zaragoza, denominado, Cementerio de Torrero, o simplemente, Torrero, en el lenguaje coloquial de los zaragozanos. En este mismo paseo, y antes de llegar al cementerio, estaba ubicada la cárcel y que también se denominaba la Cárcel de Torrero.

José Manuel Surroca Laguardia

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).